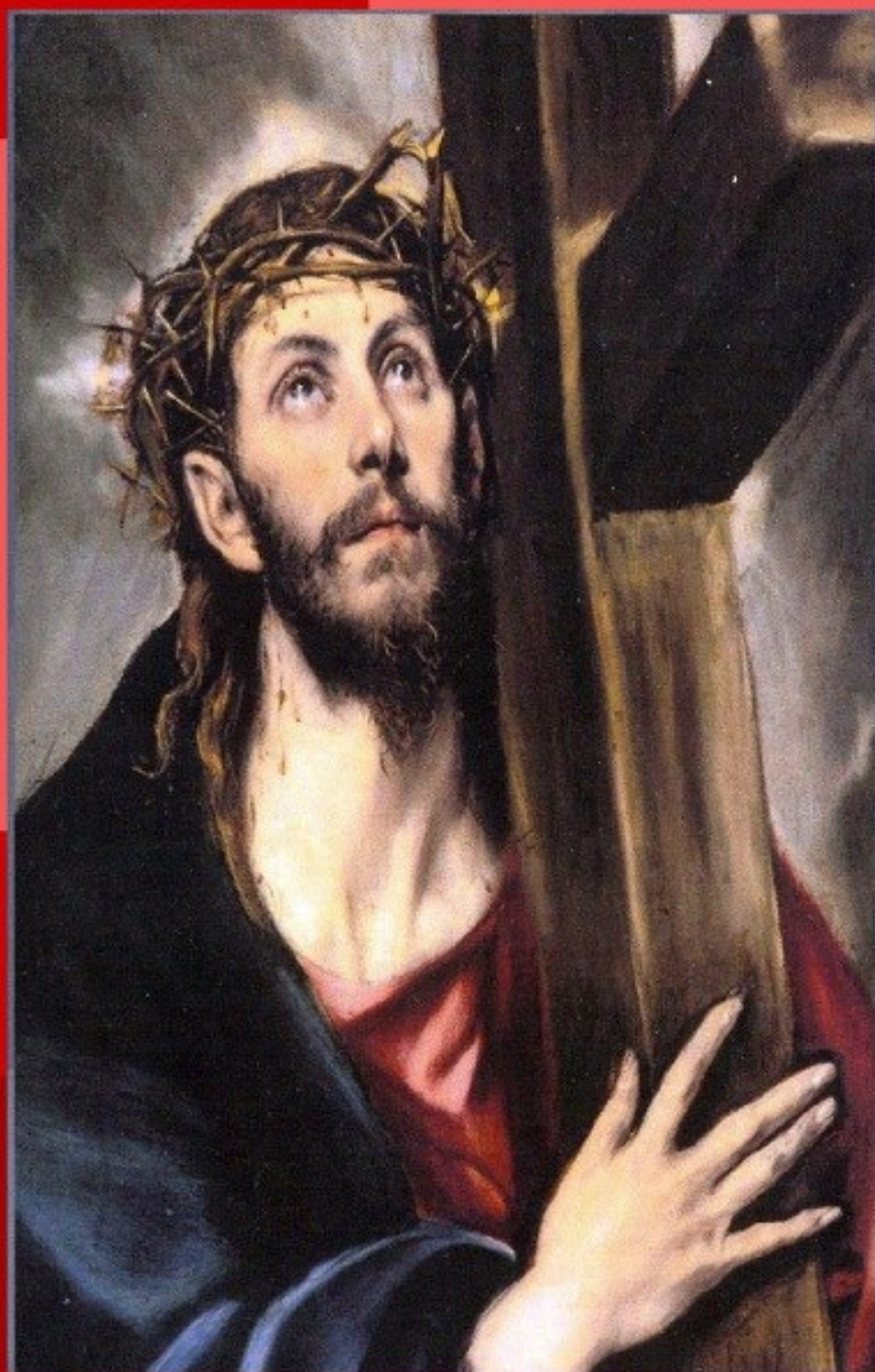


San Alfonso María de Ligorio



**Práctica del amor
a Jesucristo**

SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO

PRÁCTICA
DEL
AMOR A JESUCRISTO

Texto reducido

ÍNDICE

AL LECTOR.....	6
CAPÍTULO 1.....	9
CUÁNTO MERECE SER AMADO JESUCRISTO POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ EN SU PASIÓN	9
CAPÍTULO 2.....	19
CUÁNTO MERECE SER AMADO JESUCRISTO POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ AL INSTITUIR EL DIVINO SACRAMENTO DEL ALTAR.....	19
CAPÍTULO 3.....	26
LA CONFIANZA QUE DEBEMOS TENER EN EL AMOR QUE JESUCRISTO NOS HA MANIFESTADO EN TODO LO QUE HA HECHO POR NOSOTROS.....	26
CAPÍTULO 4.....	33
LO OBLIGADOS QUE ESTAMOS A AMAR A JESUCRISTO.....	33
CAPÍTULO 5.....	40
QUIEN AMA A JESUCRISTO SUFRE CON GUSTO LOS TRABAJOS DE LA VIDA.....	40
CAPÍTULO 6.....	47
EL QUE AMA A JESUCRISTO PRACTICA LA MANSEDUMBRE.....	47
CAPÍTULO 7.....	52
EL QUE AMA A JESUCRISTO SOLAMENTE ENVIDIA A LOS QUE AMAN MÁS A ESTE SEÑOR Y NO A LOS GRANDES DEL MUNDO.....	52
CAPÍTULO 8.....	57
EL QUE AMA A JESUCRISTO EVITA LA TIBIEZA Y PONE LOS MEDIOS PARA ALCANZAR LA PERFECCION, YA SEA CON: 1º EL DESEO, 2º LA RESOLUCIÓN, 3º LA MEDITACIÓN, 4º LA COMUNION, 5º LA ORACION.....	57
CAPÍTULO 9.....	70
EL QUE AMA A JESUCRISTO NO SE ENSOBERBECE CON SUS BUENAS CUALIDADES, SINO QUE SE HUMILLA Y SE COMPLACE EN VERSE DE LOS DEMÁS HUMILLADO.....	70

CAPÍTULO 10.....	74
EL QUE AMA A JESUCRISTO SÓLO AMBICIONA POSEER A JESUCRISTO	
.....	74
CAPÍTULO 11.....	77
EL QUE AMA A JESUCRISTO DESPRENDE SU CORAZÓN DE TODO LO	
CREADO.....	77
CAPÍTULO 12.....	83
EL QUE AMA A JESUCRISTO NO SE IRRITA CONTRA EL PRÓJIMO....	83
CAPÍTULO 13.....	87
EL QUE AMA A JESUCRISTO SÓLO QUIERE LO QUE QUIERE	
JESUCRISTO.....	87
CAPÍTULO 14.....	92
EL QUE AMA A JESUCRISTO TODO LO SUFRE POR SU AMOR,	
ESPECIALMENTE LAS ENFERMEDADES, LA POBREZA Y LOS	
DESPRECIOS.....	92
CAPÍTULO 15.....	98
EL QUE AMA A JESUCRISTO CREE TODO LO QUE ÉL NOS HA	
ENSEÑADO.....	98
CAPÍTULO 16.....	102
EL QUE AMA A DIOS LO ESPERA TODO DE ÉL.....	102
CAPÍTULO 17.....	105
EL QUE AMA A JESUCRISTO ARDIENTEMENTE NO DEJA DE AMARLO	
EN MEDIO DE LAS TENTACIONES Y LAS DESOLACIONES DE ESPÍRITU	
.....	105
RESUMEN	113
VIRTUDES DECLARADAS EN ESTA OBRA, QUE DEBE PRACTICAR EL	
QUE AMA A JESUCRISTO.....	113

CITAS BÍBLICAS

Ap	Apocalipsis
Co	Corintios
Col	Colosenses
Ct	Cantar de los Cantares
Dt	Deuteronomio
Ef	Efesios
Ez	Ezequiel
Flp	Filipenses
Ga	Gálatas
Gn	Génesis
Hb	Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jn	Juan
Jr	Jeremías
Lc	Lucas
Mc	Marcos
Mt	Mateo
Os	Oseas
P	Pedro
Pr	Proverbios
R	Reyes
Rm	Romanos
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Eclesiástico Sirácida
St	Santiago
Tb	Tobías
Tm	Timoteo
Ts	Tesalonicenses

Cruel enfermedad acometió a San Alfonso en los comienzos de 1768. La artritis que lo martirizaba se fijó en las vértebras del cuello, encorvándolo de tal suerte que el mentón se le quedó clavado en el pecho, abriéndole una llaga profunda y dolorosa.

Mientras postrado en el lecho del dolor practicaba en grado heroico el amor a Jesucristo, en los intervalos de alivio que le dejaba la enfermedad, dio el último retoque a su obra *PRÁCTICA DEL AMOR A JESUCRISTO*.

La compuso a los setenta y dos años de edad, en la plenitud de todo su genio, poniendo al servicio de esta obra incomparable cuanto había aprendido en su larga carrera de misionero, de fundador y de obispo, y lo que más vale, cuanto le dictaba su corazón de santo, abrasado en el amor de Jesucristo.

Rápidamente la obra fue traducida a varias lenguas. «En Nápoles —escribía el santo a una religiosa— ha sido muy alabada esta obra; pero poco o nada me importan a mí los aplausos de los hombres; mi único deseo es hacer amar a Jesucristo en estos tiempos, en los cuales parece que vive de todos olvidado. Si el mundo no lo ama, amémoslo a lo menos nosotros con todo nuestro corazón, pues a Él nos hemos consagrado».

El santo dedica los cuatro primeros capítulos a probarnos de mil diversas maneras la necesidad que tenemos de amar a Jesucristo. Él bien sabía que de la caridad proceden todas las

demás virtudes y que es el amor el que conduce al alma hasta el monte santo de la perfección. Un texto de San Pablo le servirá de prueba y de tema al mismo tiempo en la exposición de las virtudes:

La caridad es sufrida, es suave y bienhechora, la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensorbece ni es ambiciosa; no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie; no disfruta con la injusticia, se complace con la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta.

Cada una de estas cualidades del amor servirán de título a un capítulo de esta obra. El santo trata sucesivamente de la paciencia, de la dulzura, de la humildad, del menosprecio de la gloria vana, del amor al prójimo, de la conformidad con la voluntad de Dios, del amor a la cruz, de la fe, de la esperanza y, finalmente, de la fortaleza en las tentaciones y desolaciones espirituales.

San Alfonso pinta con mano maestra cada una de estas virtudes, junto con los vicios y defectos que a ella se oponen. Toda su doctrina va apoyada en la Sagrada Escritura y en los ejemplos y palabras de los grandes santos. ¿Quién les ha hecho mansos y humildes de corazón? El amor —responde San Alfonso—. ¿Quién les ha sostenido en sus luchas contra las tentaciones? El amor. ¿Quién les ha dado tan viva fe y tan firme esperanza en medio de los peligros del mundo? El amor. ¿Quién les ha hecho abrazarse con la cruz de Cristo y hacer de la voluntad de Dios su propia voluntad? El amor a Jesucristo, el ansía y sed ardiente de imitarlo perfectamente y, sobre todo, la voluntad firmísima de devolverle amor por amor.

En la era tecnológica que nos ha tocado vivir, tan deshumanizada con frecuencia, los escritos de San Alfonso

conservan palpitante actualidad, pues están sólidamente fundamentados en la esencia del Evangelio, el cual es siempre *buena nueva*. Conscientes de la riqueza que encierran, ponemos a disposición del gran público la presente edición abreviada de esta obra clásica.

CUÁNTO MERECE SER AMADO JESUCRISTO POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ EN SU PASIÓN

Si alguno no ama al Señor, sea anatema (1 Cor 16, 22)

¿No merece Dios todo nuestro amor?

Toda la santidad y perfección del alma consiste en amar a Jesucristo, nuestro Dios, Bien soberano y Salvador nuestro. *El Padre* —dice el propio Jesús— *os ama porque vosotros me habéis amado* (Jn 16,27). «Algunos, —expone San Francis Sales— cifran la perfección en la austeridad de vida, otros en la oración, otros en la frecuencia de sacramentos, y otros en el reparto de limosnas; mas todos se engañan, porque la perfección estriba en amar a Dios de todo corazón». Ya lo decía el Apóstol: *Sobre todas las cosas tened caridad, que es el vínculo de la perfección* (Col 3, 4). La caridad es aquella virtud que une entre sí y conserva todas las virtudes que hacen al hombre perfecto. Por esto decía San Agustín: «Ama a Dios y haz lo que quieras», porque cuando un alma está enamorada de Dios, el mismo amor le inclina a no hacer cosa que le desagrade y a hacer cuanto esté de su agrado.

¿Por ventura no merece Dios todo nuestro amor? Él nos ha amado desde la eternidad. *Con amor perfecto te amé* (Jr 31,3). Mira, ¡oh hombre! —dice el Señor—, que yo fui el primero en amarte; aun no habías nacido, todavía el mundo no existía, y yo ya te amaba. Te amo desde que soy Dios; desde que me ame a mí, te amé a ti. Sobrada razón tenía la virgen Santa Inés cuando al pretenderla por esposa un joven que la amaba y reclamaba su amor, le contestó: «Dejad de pretender mi amor, amadores de este mundo, pues Dios me ha amado antes que vosotros, amándome desde toda la eternidad; justo es que a Él consagre todos mis afectos y a Él sólo le entregue mi corazón».

Viendo Dios que los hombres se dejan atraer por los beneficios que se les hacen, quiso, mediante sus regalos, cautivarlos a su amor, y por eso dijo: *Los atraeré a Mí con lazos propios de hombres y con cadenas de amor* (Os 11,4), es decir, atraeré a los hombres a mi amor con aquellos mismos lazos de que se dejan prender; con cadenas y lazos de amor, que no otra cosa son cuantos beneficios ha hecho Dios al hombre. Después de haberle dotado de un alma, reflejo de su perfección, y de haberle enriquecido con tres potencias —memoria, entendimiento y voluntad—, y de haberle dado un cuerpo hermoseado con los sentidos, creó para él el cielo y la tierra y cuanto en ellos hay: las estrellas y los planetas, los mares, los ríos, las fuentes, los montes y los valles, los metales y los frutos y tanta diversidad de animales, a fin de que, sirviendo al hombre, amase éste a Dios en agradecimiento por tantos beneficios. «El cielo y la tierra me están diciendo que te ame», decía San Agustín. Dios y Señor mío, proseguía, cuántas cosas veo en la tierra, y por encima de ella, todas me dan voces y me convidan a que te ame, porque todas a su manera me dicen que por amor mío las has creado.

Cuando desde su eremitorio el abad Rancé, fundador de la Trapa, se detenía a contemplar las colinas y las fuentes, las avechillas y las flores del campo, las estrellas y la bóveda azul del cielo, sentía su alma inflamarse en amor a Dios, al considerar que por su amor les había dado el ser. Lo mismo le ocurría cuando a Santa María Magdalena de Pazzis, cuando cogía una hermosa flor, y así decía: «¿Es posible que desde toda la eternidad haya Dios pensado en crear esta florecilla por amor mío?»; así que la tal florecilla se trocaba para ella en amoroso dardo que le hería suavemente y la unía más con Dios. A su vez, Santa Teresa decía que cuando miraba los árboles, las praderas, los riachuelos y las fuentes, que tan bellas criaturas le recordaban su ingratitud para con Dios, por el poco amor con que amaba a su Creador, que con tanto amor las había creado para ella. También a un solitario que paseaba por el campo, le parecía que las flores que a su paso hallaba le echaban en cara su ingratitud para con Dios, por lo que acariciándolas suavemente con su bastón les decía: «Callad, os lo ruego; me llamáis ingrato y me decís que Dios os creó por amor mío y que yo no le amo; ya os entiendo; callad y no me echéis más en cara mi ingratitud».

Se nos dio todo entero

Mas no se contentó Dios con habernos dado tan hermosas criaturas, sino que para granjearse todo nuestro amor, Él mismo se nos dio todo entero: *Porque de tal manera amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito* (Jn 3,16). Viendo el Eterno Padre que estábamos muertos por el pecado y privados de su gracia, ¿qué hizo? Por el excesivo amor que nos tenía, envió a su queridísimo Hijo para satisfacer por nosotros y devolvernos la vida de la gracia que el pecado nos había arrebatado: *Pero Dios, que es rico en*

misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por el pecado, nos dio vida juntamente con Cristo (Ef 2, 4-5).

Y dándonos a su Hijo —no perdonándolo para perdonarnos a nosotros—, nos lo ha dado todo con Él: su gracia, su amor, el cielo, puesto que todos estos bienes son sin comparación de más ínfimo precio que su Hijo. *El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó a muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas? (Rm 8,32).*

Movido además el Hijo por el amor que nos tenía, se nos dio también por entero. *Nos amó y por nosotros se entregó a la muerte (Ga 2,20).* Y para redimirnos de la condenación eterna y devolvernos la gracia divina y el paraíso perdido, se hizo hombre y se vistió de carne como nosotros. *Y el Verbo se hizo carne (Flp 2,8).* Y vimos a la Majestad infinita como anonadada. *Se anonadó a Sí mismo tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres (Flp 2,7).* He aquí el Señor del universo que se rebaja a tomar la forma de esclavo y que se sujeta a todas las miserias que los demás hombres padecen.

Pero lo que más debemos admirar es que, pudiendo muy bien habernos podido salvar sin padecer ni morir, escogió una vida de humillaciones y trabajos y una muerte cruel e ignominiosa, hasta morir en cruz, patíbulo infame reservado a los malhechores. *Se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz (Flp 2,8).* Y ¿por qué pudiendo redimirnos sin padecer escogió una muerte de cruz? Para darnos a entender el amor que nos tenía. *Nos amó y se entregó a la muerte por nosotros (Ef 5,2).* Porque nos amaba se abrazó con los dolores, se ofreció a toda

suerte de ignominias y se entregó a la muerte más amarga y afrentosa que hombre alguno padeció sobre la tierra.

Razón, pues, tenía aquel gran amador de Jesucristo, San Pablo, para exclamar: *El amor de Cristo nos apremia* (2 Co 5,14), dándonos a entender que el amor con que Jesucristo en el padecer nos había mostrado, que le obligaba y le forzaba a amarlo. Comentando San Francisco de Sales esta cita, decía: «Sabed que Jesucristo, nuestro verdadero Dios, nos amó hasta querer sufrir la más afrentosa muerte de cruz; ¿no sentimos por ello como prensados nuestros corazones y apretados con fuerza, para exprimir de ellos el amor con una violencia que cuanto más fuerte, tanto más deleitosa?» Y luego añade: «¿Por qué no nos abrazamos a Jesús crucificado, para morir con Él en la cruz, ya que en ella por nuestro amor quiso morir?... Un mismo fuego consumirá al Creador y a su miserable criatura; mi Jesús es todo mío y yo todo suyo. Viviré y moriré sobre su pecho, y ni la muerte ni la vida serán poderosas para separarme de Él. ¡Oh amor eterno!, mi alma te busca y te elige para siempre. Ven, Espíritu Santo e inflama nuestros corazones en tu amor. ¡O amar o morir! ¡Morir y amar! ¡Morir a todo otro amor para vivir en el de Jesús y así no morir eternamente y viviendo en nuestro amor eterno, ¡oh Salvador de las almas!, cantaremos eternamente: ¡Viva Jesús! ¡Yo amo a Jesús! ¡Viva Jesús, a quien amo! ¡Yo amo a Jesús, que vive y reina por lo siglos de los siglos! Amén.»

Era tan inmenso el amor de Jesucristo hacia los hombres, que con ansías suspiraba por el momento de la muerte, para poner de manifiesto el tierno amor que nos tenía, y por eso repetía: *Tengo que recibir un bautismo, ¡y qué angustias las mías hasta que se cumpla!* (Lc 12,50). Tengo que ser bautizado con mi propia sangre,

y ¡cómo me aprieta el deseo que llegue presto la hora de mi Pasión, a fin de que el hombre comprenda el amor que le tengo! De ahí que San Juan, hablando de aquella noche en la que Jesucristo comenzó su Pasión, escribiera: *Sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* (Jn 13,1). El Redentor llamaba aquella hora *la suya*, porque el tiempo de su muerte siempre había sido la hora por Él deseada, en la cual quería dar a los hombres el postrer testimonio de su amor, muriendo por ellos en una cruz, acabado y consumido de dolores.

Hízolo el amor

Mas, ¿quién fue tan poderoso que movió a un Dios a morir ajusticiado en un patíbulo en medio de dos criminales? Hízolo el amor —dice San Bernardo— que no entiende puntos de honra. Que cuando el amor quiere darse a conocer no tiene cuenta lo que importa a la dignidad del amante, sino que busca el modo de darse a conocer a la persona amada. Así nosotros, al ver a Jesucristo crucificado, debiéramos exclamar abrasados por el amor: ¡Oh amor, oh amor!

Si la fe no nos lo asegurará ¿quién nos podría persuadir que un Dios omnipotente, felicísimo y señor de todo cuanto existe, llegara a amar de tal modo al hombre que pareciera como fuera de sí? «Hemos visto a la Sabiduría misma —dice San Lorenzo Justiniano—, al Verbo eterno, como enloquecido por el excesivo amor que tiene a los hombres». Santa Magdalena de Pazzis tomó un día el crucifijo en sus manos y exclamó: «En verdad, Jesús mío, que estás loco de amor; lo digo y lo diré siempre: Eres loco de amor, Jesús mío». Mas no —responde San Dionisio Areopagita—, no es locura, sino natural efecto del divino amor; que hace al amante salir de sí para darse enteramente al amado.

¡Oh si los hombres se detuvieran a considerar, cuando ven a Jesús crucificado, el amor que les tuvo a cada uno de ellos! «Y ¿cómo no quedaríamos abrasados de ardiente celo —exclama San

Francisco de Sales— a la vista de las llagas que abrasan al Redentor? Llamaba San Buenaventura a las llagas de Cristo, «llagas que hieren los más duros corazones y que inflaman en amor a las almas más frías que el hielo». ¡Qué flechas de amor salen de esas llagas para herir los más endurecidos corazones, qué llamas para abrasar los corazones más helados, qué lazos tiende desde ese corazón abierto para cautivar los corazones más rebeldes!

San Juan de Avila andaba tan enamorado de Jesucristo que no sabía predicar sin hablar del amor incomprensible que Jesús nos tiene:

«¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y tornaste a Dios! Porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios; y en tanta manera lo amaste que quien considera este amor no puede esconderse de tu amor, porque haces fuerza a los corazones, como dice tu Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza*. Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si hay alguno que lo quiera saber. Porque no es causa de este amor la virtud, la bondad, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significaban aquellas palabras tuyas, que dijo el jueves de la Cena: *Para que conozca el mundo cuánto yo amo a mi Padre, levantaos y vamos de aquí* (Jn 14,31). ¿Adónde? A morir por los hombres en la Cruz.

»Porque si así como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor. Y si como estuvo aquellas tres horas padeciendo en la Cruz, fuera menester estar allí hasta el día del Juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera, que Jesús mucho más amó, que padeció... Porque tantas heridas, y tantas llagas y azotes, sin duda nos predicen gran amor, más no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor se haya por dentro de lo que parece por fuera... Ésta es la mayor señal que puede tener el amor, dar la vida por sus amigos.

»Esto es lo que hace salir de sí y quedar atónitos (a los verdaderos hijos y amigos), cuando recogidos en el secreto de su corazón, les descubre estos secretos y se los da a sentir. De aquí nace el deshacerse y desear los martirios; de aquí el gozarse con

las tribulaciones y el desear los tormentos, holgarse de lo que todo el mundo teme y abrazar lo que el mundo aborrece... El alma — dice San Ambrosio— que está desposada con Jesucristo y voluntariamente se junta con Él en la cama de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las insignias del Crucificado. Pues ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Que la sangre se recompensa con sangre. Por esto dice el Apóstol: *Moriste para ser Señor de vivos y muertos, no con amenazas y castigos, sino con obras de amor* (Rm 14,9).

»¡Oh robador de corazones!, la fuerza de tu amor ha quebrantado la dureza de nuestros corazones; Tú has inflamado todo el mundo en tu amor... ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Acudí a Ti para que me curases, y me has herido.

¡Oh amado Señor!, embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego, hiérellos con esa flecha de tu amor. No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente al amor: la cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de amor; los brazos tienes tendidos para abrazarnos, las manos agujereadas para darnos tus bienes, el costado abierto para recibirnos en tus entrañas, los pies clavados para esperarnos y para nunca poder apartarte de nosotros. De manera que, mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto ven mis ojos convida a amarnos: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo, y sobre todo el amor interior que me da voces que te ame y que nunca te olvide mi corazón.» (Tratado del amor de Dios).

Pero para alcanzar el perfecto amor de Jesucristo es necesario emplear los medios que a ello conducen. He aquí lo que nos propone Santo Tomás de Aquino:

1º Tener continua memoria de los beneficios de Dios, tanto generales como particulares. 2º Tener siempre presente la infinita bondad de Dios, que a cada instante nos llena de favores, y al mismo tiempo que nos está amando, reclama también en correspondencia nuestro amor. 3º Evitar con suma diligencia todo cuanto Él reprueba, aun lo más mínimo. 4º Despegar el corazón de los bienes terrenos, de las riquezas y de los placeres de los sentidos.

Otro modo muy excelente para alcanzar el perfecto amor de Jesucristo consiste en meditar en la sagrada Pasión. Entre todas las devociones, la Pasión de Jesucristo es la devoción de las devociones, la más útil, la más querida de Dios, la que más consuela a los pecadores y la que mejor inflama las almas amantes. Y ¿por dónde nos vienen más gracias que por la pasión de Jesucristo? Ella es bálsamo de consuelo para los pobres pecadores y la que derrite en ardores de caridad los corazones enamorados. ¿Dónde funda nuestra esperanza el perdón, la fortaleza contra las tentaciones, la confianza en alcanzar la salvación? ¿Dónde tienen su fuente tantas sobrenaturales inspiraciones, esos silbos amorosos, esos impulsos de cambiar de vida y tantos deseos de darnos a Dios, sino en la Pasión de Jesucristo? Sobrada razón tenía el Apóstol cuando lanzaba maldición contra quien no amase a Jesucristo: *Si alguno no ama a Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema* (Co 16,22).

Dice San Buenaventura que no conoce devoción más eficaz para hacerse santo que la meditación de la Pasión de Cristo; y por esto aconseja a todos los que quieren avanzar en el amor de Dios que mediten diariamente en ella. Y ya antes San Agustín había dicho «que más vale una lágrima derramada en memoria de la Pasión de Cristo que ayunar a pan y agua durante una semana». De ahí que los santos siempre estuviesen meditando los dolores de Jesucristo.

Un caballero encontró cierto día a San Francisco llorando y lamentándose a grandes voces, y preguntándole el motivo, respondió: «Lloro los dolores y las ignominias de mi Señor; y lo que más pena me da es ver que los hombres, por los cuales tantas injurias ha sufrido, viven olvidados de Él». Y a continuación redobló las lágrimas, hasta el extremo de que el caballero prorrumpió también en sollozos. Cuando el santo oía balar a un corderillo o veía cualquier cosa que le recordara los padecimientos de Cristo, bastaba para que rompiese en amargas lágrimas y suspiros. Aquejado cierto día de grave enfermedad, le insinuaron que le leyese un libro de piedad: «Mi libro es Jesús crucificado», respondió. Y por esto no hacía otra cosa que exhortar a sus hermanos a que pensasen siempre en la Pasión del Salvador.

Quién de Dios no se enamora contemplando a Jesús crucificado, no se enamorará jamás.

Afectos y peticiones

¡Oh Verbo eterno!, has pasado treinta y tres años de trabajos, sudores y penas; has dado toda tu sangre y tu vida por nuestro rescate; en suma, nada has perdonado para hacerte amar del hombre. Y ¿cómo puede haber hombres que sabiendo todo esto todavía no te aman? ¡Ah, Dios mío, que entre estos ingratos me cuento yo! Confieso, Jesús mío, mi ingratitud, ten piedad de mí; te ofrezco mi pobre corazón, ingrato, es verdad, pero arrepentido. Sobre todo mal me arrepiento, Redentor mío, de haberte menospreciado; me arrepiento y te amo con todo mi corazón.

Alma mía, ama a un Dios hecho prisionero por ti, a manera de criminal; a un Dios azotado como esclavo por ti; a un Dios hecho rey de burlas por ti, a un Dios finalmente, muerto en cruz como un malhechor por ti.

Sí, te amo, Dios y Salvador mío, te amo. Recuérdame sin cesar cuánto has sufrido por mí, para que jamás me olvide de amarte.

Cordeles que atasteis a Jesús, atadme también con Él; espinas que coronasteis a Jesús, heridme de amor a El; clavos que clavasteis a Jesús, clavadme en la cruz con tu Él, para que con El viva y muera.

Sangre de Jesús, embriágame en su santo amor; muerte de Jesús, hazme morir a todo afecto terreno; pies traspasados de mi Señor, a ti me abrazo para que me libréis del merecido infierno, porque allí en el infierno no podría amarte, y yo quiero amarte siempre. Amado Salvador mío, salvadme, estrechadme contra Ti y no permitáis que vuelva jamás a perderos.

¡Oh María, Madre de mi Salvador y refugio de pecadores! ayudad a este pecador que quiere amar a Dios y que a ti se encomienda: por el amor que tenéis a Dios, venid en mi socorro.

CUÁNTO MERECE SER AMADO JESUCRISTO POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ AL INSTITUIR EL DIVINO SACRAMENTO DEL ALTAR

Así no dudaréis jamás de lo que os amo

Sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, que estaban en el mundo, al fin los amó hasta el extremo (Jn 13,1). Antes de entregarse a la muerte por nosotros quiso dejarnos la mejor prenda de amor que podía, el don del Santísimo Sacramento. «Entre todas las señales de amistad —dice San Bernardino de Sena—, las que se hacen en el riguroso trance de la muerte quedan en la memoria impresas con más indelebles caracteres y son más deleitables al corazón». Por lo cual es costumbre entre los hombres dejar al morir a las personas que más hayan amado en la vida algún presente como recuerdo del amor que les han tenido. Pero tú, Jesús mío, al partir de este mundo ¿qué nos has dejado en testimonio de tu amor? No ya un vestido o un anillo, sino tu cuerpo y tu sangre, tu alma, tu divinidad, todo lo que eres, sin reservarte nada. «Se te ha dado por entero —dice San Juan Crisóstomo—, no reservándose nada para sí». Es sentencia del Concilio de Trento que en este don que Jesucristo nos hizo, instituyendo la Eucaristía, quiso como derramar sobre los hombres todos los tesoros y riquezas que para ellos tenía reservados. Cuando los hombres trataban de quitar a Cristo la vida, tomó el pan y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo (I Co 11,23).

Por esto Santo Tomás tenía sobrada razón en llamar a este *sacramento de amor, prenda de caridad*. *Sacramento de amor*, porque sólo el amor movió a Jesucristo a darse por completo; y *prenda de caridad*, a fin de que si alguna vez dudáramos de su amor, halláramos de él una garantía en este sacramento. Como si hubiera dicho nuestro Redentor al dejarnos este don: Si por ventura dudáis del amor que os tengo, he aquí que me entrego a vosotros en este sacramento; con tal prenda a vuestra disposición, ya no podréis dudar de mi amor, y de mi amor extraordinario.

San Bernardo llama a este sacramento *amor de los amores*, porque este don es suma y compendio de todos los demás que Dios nos ha hecho, la creación, la redención, la predestinación a la gloria, porque, como canta la Iglesia, la Eucaristía no sólo es prenda del amor que Jesucristo nos tiene, sino también prenda del paraíso que quiere darnos. Por esto San Felipe Neri no acertaba a llamar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento sino con el nombre de *amor*, y al final de su vida, cuando le llevaron el Viático, exclamó: «¡He aquí el amor mío, dadme a mi amor».

¿Quién lo hubiese imaginado?

Quería el profeta Isaías que por todas partes se pregonasen las amorosas invenciones de nuestro Dios para hacerse amar de los hombres; pero ¿quién jamás se hubiese imaginado, si Dios no lo hubiera hecho, que el Verbo encarnado se ocultase bajo las especies de pan para hacerse nuestro alimento? Porque, «¿no suena a locura —dice San Agustín—decir: Comed mi carne y bebed mi sangre?»

Cuando Jesucristo reveló a los discípulos este sacramento que nos quería dejar, resistíanse a creerlo y se apartaban de Él, diciendo: *¿Cómo puede éste darnos a comer su propia sangre? Duro es este lenguaje; ¿quién puede oírlo?* (Jn 6, 53-61). Pero lo que los hombres no podían pensar ni creer, lo pensó y ejecutó el grande amor de Jesucristo. *Tomad y comed*, dijo a los discípulos antes de salir a su pasión, y en los ellos nos lo decía a nosotros. Pero, ¡oh Salvador del mundo, y ¿cuál es el alimento que antes de morir nos queréis dar? *Tomad y comed* —me respondéis—, *éste*

es mi cuerpo; no es éste alimento terrenal, sino que soy yo mismo quien me doy todo a vosotros.

¡Qué ansias tiene Jesucristo de unirse a nuestras almas en la sagrada comunión! *Ardientemente he deseado comer este Cordero Pascual con vosotros* (Lc 22,15). Así le hizo exclamar el inmenso amor que nos tenía. Y para que con mayor facilidad pudiéramos recibirlo, quiso ocultarse bajo las especies de pan. Si se hubiera ocultado bajo las apariencias de algún alimento raro o de subido precio, los pobres quedarían privados de él. Pero no, Jesucristo quiso quedarse bajo las especies de pan, que está barato y todos lo pueden hallar, para que todos, y en todos los países lo puedan hallar y recibir.

Para que nos decidiésemos a recibirlo en la Comunión, no sólo nos exhorta a ello, con repetidas invitaciones —*Venid a comer de mi pan y bebed del vino que he mezclado* (Prob. 9,5). *Comed, amigos; bebed y embriagaos, queridos* (Cant 5, 1)—, sino que nos lo impone como precepto: *Tomad y comed, este es mi cuerpo* (I Co 11,35). Y para inclinarnos a recibirlo nos alienta con las promesas del cielo: *El que come este pan vivirá eternamente* (Jn 6,54). En suma, al que no quiere recibirlo, le amenaza con el infierno, cerrándole las puertas del cielo: *En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros* (Jn 6,53). Estas amorosas invitaciones, estas promesas y amenazas nacen del gran deseo que tiene de unirse con nosotros en este Sacramento.

Mas, ¿por qué desea tanto Jesucristo que vayamos a recibirlo en la santa Comunión? El amor siempre aspira y busca la unión, y como dice Santo Tomás, «los amigos que se aman de corazón quisieran estar de tan modo unidos que no formarían más que uno solo». Esto ha pasado con el inmenso amor de Dios a los hombres, que no esperó a la otra vida para darse todo por entero, sino que en este mundo se deja gozar de ellos con la unión más íntima y estrecha que darse puede, entregándose por completo en la Eucaristía ocultándose bajo apariencias de pan. Allí está como tras de un muro, y desde allí nos mira como a través de celosías. Aun cuando nosotros no lo veamos, él nos mira desde allí, y allí se halla realmente presente, para que le poseamos, si bien se oculta para que lo deseemos. Y hasta que no lleguemos a la patria celestial,

Jesús quiere de este modo entregarse completamente a nosotros y vivir así unido con nosotros.

A fin de unirse a cada uno

No bastó a satisfacer su amor el haberse dado todo entero al género humano por su encarnación, y el haber muerto por todos por su Pasión, sino que inventó el modo de darse del todo a cada uno de nosotros. Y por eso instituyó el sacramento del altar, a fin de unirse a cada uno de nosotros, como Él mismo dijo: *Quien come mi carne, mora en Mí y Yo en él* (Jn 6,57).

En la sagrada comunión Jesús se une al alma y el alma se une a Jesús; y esta unión no es de mero afecto, sino muy real y verdadera. «En ninguna otra acción –dice San Francisco de Sales– puede considerarse a nuestro Salvador ni más tierno ni más amante que en ésta, en la cual se aniquila, por decirlo así, y se convierte en manjar nuestro deleitoso, a fin de entrar en nuestra almas y unirse estrechamente al corazón y hasta al cuerpo de sus hijos». Dice San Juan Crisóstomo que Jesucristo, por el ardiente amor que nos profesaba, que quiso de tal manera unirse con nosotros que no fuéramos más que una sola y misma cosa.

Hablando San Lorenzo Justiniano con Jesús le dice: «¡Oh Dios, enamorado de nuestras almas!, por medio de este sacramento dispusiste que tu corazón y el nuestro fueran un solo corazón inseparablemente unido». Y San Bernardino añade que «el dárseos Jesucristo en alimento fue el último grado de amor, porque unión más completa en el mundo no puede darse, cual es la unión que hay entre el manjar y quien lo come». Cuánto se complace Jesucristo en estar unido con nuestra alma. Él mismo lo dio a entender cierto día a su fiel sierva Margarita de Iprés: «Ya ves, hija mía –le dijo un día después de comulgar–, la hermosa unión que entre los dos existe; àmame, y en adelante permanezcamos siempre unidos en el amor y no nos separemos ya más».

Siendo esto así, habíamos de confesar que el alma no puede hacer ni pensar cosa más grata a Jesucristo como hospedar en su corazón, con las debidas disposiciones, a huésped de tanta majestad, porque de esta manera se une a Jesucristo, que tal es el

deseo de tan enamorado Señor. He dicho que hay que recibir a Jesús, *no con las disposiciones dignas*, sino *con las disposiciones requeridas*. Porque si fuese menester ser digno de este Sacramento, ¿quién jamás pudiera comulgar? Sólo un Dios podría ser digno de recibir a un Dios. Por disposiciones *requeridas* o necesarias entiendo vivir en gracia de Dios y con encendidos deseos de crecer en el amor de Jesucristo. «Sólo por amor debe recibirse a Jesucristo en la sagrada comunión, ya que sólo por amor se nos da Él todo entero», dice San Francisco de Sales.

Por lo demás, con qué frecuencia hay que comulgar, asunto es este que debe resolverse según el prudente dictamen del director espiritual. Debe saberse, sin embargo, que ningún estado o empleo, ni aun el de casado o comerciante, es obstáculo para la comunión frecuente cuando el director la juzga oportuna. No hay cosa que más aproveche que la sagrada comunión; porque *habiendo el Padre eterno puesto el tesoro de sus riquezas en manos de Jesús*, es muy natural que cuando entra en el alma por la comunión lluevan sobre ella inmensos tesoros de gracia, pudiendo entonces el que comulga decir verdaderamente: *Todos los bienes me vinieron juntos con ella* (Sab 7,11). Dice San Dionisio que el sacramento de la Eucaristía tiene, sobre todos los demás medios espirituales, enorme virtud para santificar las almas. Y San Vicente Ferrer aseguraba que más aprovecha el alma con una sola comunión que con una semana de ayuno a pan y agua.

Llama de amor

Primeramente, según enseña el Concilio de Trento, la Comunión es el gran remedio que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales. Nos libra de los pecados veniales porque, en sentir de Santo Tomás, este Sacramento inclina al hombre a hacer actos de amor, con los que se borran estas pequeñas manchas; y nos preserva de los mortales porque aumenta la gracia, que nos preserva de las culpas graves, razón por la cual Inocencio III escribía que «si Jesucristo nos libró con su pasión de la esclavitud del pecado, con la Eucaristía nos libra de la voluntad de pecar».

Además, este sacramento inflama principalmente a las almas en el amor divino. *Dios es caridad* (I Jn 6,8) y es también *fuego consumidor*, que consume en nuestros corazones los afectos terrenos. Pues este fuego de amor vino el Hijo del hombre a encender en la tierra: *Yo he venido a prender fuego a la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda?* (Lc 12, 49). ¡Qué llamas de amor divino enciende Jesucristo en cuantos lo reciben con devoción en este sacramento! Santa Catalina de Siena vio cierto día en manos de un sacerdote a Jesucristo en forma de globo de fuego, y quedó admirada la santa al ver cómo aquellas llamas no inflamaban y consumían en amor todos los corazones de los hombres. Santa Rosa de Lima, después de comulgar, despedía tales rayos del rostro, que deslumbraba la vista; y desprendía tal calor de su boca, que parecía abrasar la mano de quien se la acercaba. Según San Juan Crisóstomo, «la Eucaristía es una hoguera que de tal manera inflama a los que a ella se acercan, que como leones que echan fuego por la boca debemos levantarnos de aquella mesa, hechos fuertes y terribles contra los demonios».

San Gregorio Niseno, comentando aquellas palabras de la esposa de los Cantares: *Me condujo dentro de la bodega secreta del vino, enarbolando sobre mí la bandera del amor* (Cant 2,4), dice que la santa Comunión es la bodega donde el alma, de tal manera queda embriagada de amor, que la hace como enloquecer y perder de vista todas las cosas criadas; que esto significa aquel languidecer de amor del que a continuación nos habla la Esposa: *Reanimadme con manzanas, porque estoy enferma de amor*.

Pero dirá alguno: si no comulgo con más frecuencia, es porque me siento frío en el amor de Dios. ¡Menuda manera de pensar! Y porque te sientes frío, ¿por eso te separas del fuego? Ciertamente, porque sientes helado tu corazón, con mayor motivo debes acercarte a este Sacramento, siempre que alimentes sincero deseo de amar a Jesucristo. «Acércate al sagrado banquete —te dice San Buenaventura—, aun cuando te sientas tibio, fiándolo todo en la misericordia divina; porque cuanto más enfermo se halla uno, tanta mayor necesidad tiene del médico». «Dos clases de personas —dice San Francisco de Sales— deben comulgar: los perfectos, por hallarse bien dispuestos y para conservarse en la perfección, y los imperfectos, para que puedan alcanzarla». Pero

no hay que olvidar que para comulgar con frecuencia se necesita tener grandes deseos de santificarse y crecer en amor Jesucristo. El Señor dijo en cierta ocasión a Santa Matilde: «Cuando te acerques a comulgar, desea tener en tu corazón todo el amor que se puede encerrar en él, que yo te lo recibiré como tú quisieras que fuere.»

Afectos y peticiones

¡Oh Dios, digno de infinito amor! ¿Qué más invenciones podrías encontrar para haceros amar de nosotros? No te bastó hacerte hombre y sujetarte a todas nuestras miserias. No fue suficiente a tu amor derramar toda tu sangre a fuerza de tormentos y apurar todas las amarguras de la muerte consumado de dolores en el patíbulo destinado a los reos más infames. Necesario fue que te rebajasen hasta ocultarte bajo las especies del pan, para convertirte en alimento nuestro y unírte a nosotros con estrechos lazos de amor. Dime, te pregunto de nuevo, ¿qué más invenciones podrías hallar para conquistar nuestro amor? ¡Desgraciados de nosotros si durante esta vida no te amamos, porque, al entrar en la eternidad, cuáles no serán nuestros remordimientos!

Jesús mío, no quiero morir sin amarte, y sin amarte con todas mis fuerzas.

Siento dolor por haberte causado tantos disgustos; me arrepiento de ello y quisiera morir de puro dolor.

Señor; ahora te amo ya sobre todas las cosas, te amo más que a mí mismo y te consagro todos los afectos de mi corazón. Tú, Señor, que me has dado estos sentimientos, dame la fuerza que necesito para ponerlos por obra.

Jesús mío, Dueño y Señor de mi corazón, fuera de ti ya nada quiero, desde que me has atraído a tu amor.

María, Madre de Dios, ruega a Jesús por mí y hazme santo. Tú, que a tantos has cambiado de pecadores en santos, haz de nuevo este prodigio.

LA CONFIANZA QUE DEBEMOS TENER EN EL AMOR QUE JESUCRISTO NOS HA MANIFESTADO EN TODO LO QUE HA HECHO POR NOSOTROS

Aun no había bajado a la tierra el Redentor del mundo, y ya ponía David en Él toda la esperanza de su salvación: *En tus manos, Señor, encomiendo mi alma; tú, Señor mío y Dios de toda verdad, me has redimido* (Sal 30,6). Pero después que vino al mundo y llevó a cabo la obra de la redención, ¡con cuánta más razón debemos poner en Jesucristo toda nuestra esperanza! Por eso, con mayor confianza, debe repetir cada uno de nosotros: *En tus manos encomiendo mi espíritu; Tú, Señor, Dios de verdad, me librarás*.

Si sobrados motivos tenemos para temer la muerte eterna, merecida por nuestros pecados, mayores y más fuertes razones tenemos para esperar la vida eterna, apoyados en los méritos de Jesucristo, que son de valor infinito, y más poderosos para salvarnos que lo fueron nuestros pecados para condenarnos. Habíamos pecado y nos habíamos hecho merecedores del infierno; vino el Redentor, cargó sobre sí todas nuestras maldades y las expió con sus padecimientos. En verdad, *Él hizo propios nuestros males y cargó con nuestras iniquidades* (Is 53,4).

En el mismo momento en que caímos en pecado, lanzó Dios contra nosotros sentencia de condenación eterna; mas nuestro amoroso Redentor con su sangre borró el decreto de nuestra condenación y lo fijó en la cruz para que, al levantar la vista para mirar la sentencia de nuestra condenación, renaciera en nuestro corazón la esperanza del perdón y de la vida eterna.

¡Y cuánto mejor clama en nuestro favor y por nosotros pide misericordia la sangre de Jesús que lo que clamaba contra Caín la sangre de Abel! *Os habéis acercado —dice San Pablo— a Jesús, mediador nuestro, y a la aspersión de la sangre, que habla mejor que la de Abel* (Hb 12,22). Que es como si dijera: Felices de vosotros, pecadores, que después de haber pecado podéis acudir a Jesús crucificado, quien ha derramado hasta la última gota de sangre para ponerse como mediador de paz entre Dios y los pecadores, y obtener de Él el perdón para vosotros. Si venganza claman contra vosotros vuestras iniquidades, a favor vuestro aboga la sangre del Redentor, y la divina justicia no puede menos de aplacarse a la voz de esta sangre.

Verdad es que de todas nuestras culpas hemos de dar estrecha cuenta al Juez Supremo; pero ¿quién será nuestro juez? Responde San Juan: *El Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo todo el poder de juzgar* (Jn 5,22). Consolémonos, pues, que el Eterno Padre puso nuestra causa en manos de nuestro mismo Redentor. Y por eso nos anima San Pablo: *¿Quién es el Juez que nos ha de condenar? Aquel mismo Salvador que por nosotros murió... y que ahora en el cielo intercede por nosotros* (Rm 8,34). Jesús, por no condenarnos a muerte eterna, se condenó a sí mismo a muerte ignominiosa, y no satisfecho con esto prosigue ahora en el cielo cerca del Padre siendo mediador de nuestra salvación. Y Santo Tomás de Villanueva anima al pecador, diciendo: «¿Qué temes, pecador si aborreces tu pecado? ¿Por qué desconfías? ¿Cómo te ha de condenar si te arrepientes, cuando murió para no condenarte? ¿Y te hará poco caso si te arrojas a sus pies, contrito, el que bajó del cielo para buscarte cuando huías?»

En vez del gozo, soportó la cruz

Y si por razón de nuestra flaqueza tememos sucumbir en los asaltos y asechanzas de nuestros enemigos, contra los cuales es necesario combatir, he aquí, según dice San Pablo, lo que tenemos que hacer: *Corramos, por medio de la paciencia, al combate que nos aguarda poniendo los ojos en el autor y consumidor de nuestra fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ofrecía, sobrellevó la cruz, sin hacer caso de la ignominia* (Hb 12,1).

Corramos, pues, con ánimo esforzado a la pelea, mirando a Jesús crucificado, que desde la cruz nos brinda su ayuda, nos promete la victoria y la corona. Si en el pasado caímos, fue porque por no haber mirado las llagas y las ignominias que nuestro Redentor padeció, tampoco pedimos su ayuda. Que si en adelante no dejamos de considerar lo que sufrió por nosotros, y lo rápido que viene en auxilio de los que acuden a El, a buen seguro que saldremos triunfantes de nuestros enemigos. Decía Santa Teresa con su ánimo esforzado: «Yo deseo servir a este Señor... No entiendo estos miedos de los que gritan ¡demonio, demonio!, donde podemos decir ¡Dios, Dios!, y hacerle temblar al infierno. Ya sabemos que no se puede mover, si el Señor no lo permite...» Por el contrario, decía la santa, que si no ponemos toda la confianza en Dios, de poco o ningún provecho será toda nuestra diligencia: «Buscaba remedio, hacía diligencias, más no debía entender que todo aprovecha poco si no quitamos del todo la confianza en nosotros y la ponemos en Dios» (Vida, cap. 8).

Grande confianza y amor deben inspirarnos los misterios de la Pasión del Salvador y su presencia en el Santísimo Sacramento del altar, misterios para nosotros increíbles si la fe no nos lo certificara. ¡Un Dios omnipotente se dignó vestirse de nuestra mortalidad, derramar toda su sangre y morir de dolor en un patíbulo infame!, y ¿para qué? ¡Para pagar la deuda de nuestros pecados y salvarnos a nosotros, rebeldes gusanillos! Y ¡querer dar después a tales gusanillos su mismo cuerpo, sacrificado en la cruz, y dárselo en alimento para unirse estrechamente a ellos! ¡Oh Dios, tales misterios debieran abrasar y consumir en amor todos los corazones de los hombres! Y ¿qué pecador, aunque haya empleado la vida en ofender a Dios, podrá desesperar del perdón, si llorando los pecados cometidos, contempla a un Dios tan enamorado de los hombres y tan inclinado a colmarlo de favores? Esto es lo que le hacía exclamar a San Buenaventura: «¿Cómo podrá negarme las gracias necesarias a la salvación Aquel que tanto ha hecho y sufrido para salvarme? Sí, iré a Él fundado en toda esperanza, pues no me negará nada quien por mí quiso morir».

Acerquémonos con confianza

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, a fin de recibir misericordia y hallar gracia para el tiempo oportuno (Hb 4,16). El trono de la gracia es la cruz de Jesucristo, donde colocó su trono para distribuir gracias y misericordias a los que a Él se encomiendan. Pero es necesario que acudamos pronto a pedírselas, ahora que nos es dado encontrar el oportuno remedio para salvarnos, porque tiempo vendrá en que no podamos hallarlo. Apresurémonos, pues, a abrazarnos con la cruz de Jesucristo; vayamos, pero apoyados en la mayor confianza; no nos turben nuestras miserias y flaquezas, que en Jesús crucificado encontraremos toda suerte de riquezas y de gracia. *En Él* —dice San Pablo— *habéis sido enriquecidos en todo* (I Co 1,5). Por los méritos de Jesucristo, todos los tesoros divinos han venido a ser herencia nuestra, y no hay gracia que podamos desear que, pidiéndosela, no la alcancemos.

Con su muerte nos alcanzó Jesucristo más bienes que males nos acarreó el demonio con el pecado. Y así dice San León: «Más hemos ganado por la gracia de Cristo, que habíamos perdido por envidia del demonio». *Allí donde abundó el delito, sobreabundó la gracia* (Rm 5,15). La gracia superó con creces al delito. Y así nos animó el Salvador a esperar por sus méritos todo tipo de gracias y la forma con que habíamos de hacerlo: *En verdad, en verdad os digo, cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre os la concederá* (Jn 16,23). Pedid —dice— cuanto deseéis, pero pedidlo al Padre *en mi nombre*, y yo os prometo que vuestra oración será atendida. ¿Cómo podría el Padre negarnos gracia alguna después de habernos dado a su propio Hijo, a quien ama como a sí mismo? *El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas?* (Rm 8,32). Todo, no hay excepción: el perdón de los pecados, la perseverancia final, el amor de Dios, la perfección, el cielo, todo. Pero hay que pedírselo. *Rico y generoso es el Señor para todos los que le invocan* (Rm 10,12).

Os compré con mi sangre

Viene bien poner aquí algunos pasajes de las cartas de San Juan de Ávila, donde trata de la gran confianza que debemos tener en los méritos de Jesucristo:

«No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es mediador Nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa del pecado mortal. ¿Tan pronto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo por nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor?... No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia

»El negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo, y a nuestros pecados llamó suyos y pidió perdón de ellos sin haberlos cometido; y con entrañable amor pidió a los que a Él se quisiesen llegar, fuesen amados como si para Él lo pidiera; y como lo pidió, lo alcanzó, porque por querer de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que, o hemos de ser Él y nosotros amados, o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos en Él con la fe y el amor. Antes, por ser él amado, lo somos nosotros, y con justa causa; pues más pesa Él para que nosotros seamos amados que nosotros pesamos para que sea Él aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo que aborrece a los pecadores que se convierten a Él.

»Y como el muy amado dijo a su Padre: «O quiere bien a éstos o quiere mal a mí; porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados y porque sean incorporados en mí», venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, y perdonados, y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor. Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores acongojada, pensando que Dios se ha olvidado, provee el Señor de consuelo

diciendo en el profeta Isaías: *¿Por ventura puede olvidarse la madre del niño de sus entrañas? Pues si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrita.*

»Por tanto, no te escandalices ni turbes por las cosas que te vienen, pues todo viene dispensado por las manos del que por ti, y en prueba de su amor, se dejó clavar en la cruz. Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa me puede atemorizar cuanto Él asegurar... Cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que me acusen y me pongan lazos, hombres que me espanten y me persigan; amenácenme con el infierno y pónganme mil peligros delante; que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar viéndome tan apreciado, que fue Dios dado por mí.

»¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las olas tempestuosas de su corazón, huyen de ti!... ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso Pastor! ¡Qué engañado está quien en ti y de ti no se fía si quiere enmendarse y servirte!... Y por esto dijiste: *Yo soy, no queráis temer, Yo soy aquel que mata y da la vida, meto a los infiernos y los saco.* Meto en tribulaciones y desolaciones, que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, les alivio y recreo y doy vida... Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo, Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, sino para más engrandeceros si a Mí quisierais servir, porque fuisteis con gran precio comprados...

»¿Cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al encuentro de los que me buscaban para maltratarme? Me ofrecí a sogas y cadenas, que me lastimaban, y ¿me negaré a los brazos y corazones de los cristianos, donde descanso?... No volví la cara al que me hería, ¿y la volveré al que viene a adorarme? ¡Qué poca confianza es ésta, que viéndome por perros despedazado por amor de los hijos, están los hijos dudosos de si los amo, amándome ellos! ¿A quién desprecié que me quisiese? ¿A quién desamparé que me llamase? ¿De quién hui que me buscase?».

Si crees que el Padre Eterno te dio a su Hijo, ten también por seguro que te dará lo demás, que es infinitamente menos que el Hijo. No pienses que Jesucristo se ha olvidado de ti, pues en memoria de su amor te ha dejado la mayor prenda que tenía, que no es otra que Él mismo presente en el Sacramento del Altar.

Afectos y peticiones

¡Oh Jesús mío y amor mío, cuán firme esperanza me infunde vuestra Pasión! ¿Cómo puedo yo desesperar alcanzar perdón de mis pecados, alcanzar el cielo y todas las gracias necesarias para mi salvación, si considero que sois el Dios omnipotente que por mi derramó toda su sangre?

Jesús mío, mi esperanza y mi amor, tú, para que yo no me perdiera, quisiste perder tu vida. Te amo sobre todo bien, Dios y Redentor mío. Te has dado a mí por entero, y yo pongo en tus manos mi voluntad y con todo mi corazón quiero exclamar: Te amo, Jesús, te amo. Este será el grito de toda mi vida; y en el trance de la muerte quiero, suspirando, repetir estas dulces palabras: «Dios mío, te amo», y con ellas quiero empezar el amor eterno, que durará para siempre, sin dejar ya de amarte por toda la eternidad.

Y porque te amo, me duele sobre todo mal el haberte ofendido. ¡Desgraciado de mí, que por no perder un placer momentáneo te he perdido, mi bien infinito! Esta pena me atormenta sobre todas las demás, pero me consuela pensar que, siendo como eres bondad infinita, no rehusarás recibir a un corazón que te ama. ¡Ojalá pudiera morir por ti, que por mí quisiste morir!

Amado Redentor mío, en ti tengo cifrada la esperanza de alcanzar la eterna salvación y, en la vida presente, la perseverancia en tu amor, porque tengo el firme propósito de pedírtela cada día. Dame, por los méritos de tu amarguísima Pasión, la perseverancia en la oración. Esto es lo que también te pido y espero de ti, Reina mía, María.

LO OBLIGADOS QUE ESTAMOS A AMAR A JESUCRISTO

¿Quién se resistirá a amarle?

Por ser Jesucristo verdadero Dios tiene sobrado derecho a nuestro amor; mas por el afecto que nos ha manifestado, ha querido el Señor ponernos en la estrecha obligación de amarlo, siquiera en agradecimiento a lo que ha hecho por nosotros. Nos amó sobremanera para ganarse todo nuestro amor. «¿Para qué nos ama Dios —se pregunta San Bernardo— sino para ser de nosotros amado». Ya antes nos lo había dicho Moisés: *Y ahora, Israel, ¿qué es lo que el Señor reclama de ti, sino que temas al Señor, tu Dios, y lo ames?* (Dt 10,12). De ahí el primer mandamiento que el Señor nos impuso: *Amarás al Señor, tu Dios, de todo corazón* (Dt 6, 5).

Y San Pablo afirma que el amor es la plenitud de la ley: *El cumplimiento de toda la ley es el amor* (Rm 13,10). ¿Quién, pues, mirará a un Dios que muere crucificado por su amor y se resistirá a pagarle amor con amor? Bien alto claman las espinas, los clavos, las llagas, la cruz, la sangre preciosa pidiendo que amemos a quien tanto nos amó. Harto pequeño es un corazón para amar a un Dios tan enamorado de nosotros, ya que para compensar el amor de Jesucristo se necesitaría que otro Dios muriese por su amor. Y si Jesucristo quiso dar su vida por nosotros, no fue para que gastemos la nuestra en satisfacer caprichos, sino para que la empleemos en servicio de Aquel que dio la suya por nosotros. Así lo afirma San Pablo: *Cristo murió por nosotros, para que los que*

viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos (II Co 5,15).

No te olvides de la gracia hecha por tu fiador, pues dio por ti su vida (Ecclo 29, 20). No te olvides de tu fiador, que en satisfacción de tus pecados quiso pagar con su muerte la pena por ti debida. ¡Cuánto agrada a Jesucristo que nos acordemos frecuentemente de su Pasión y cuánto siente que la echemos en olvido! Si uno hubiera sufrido por su amigo injurias, golpes y cárceles, ¡qué pena le embriagaría al saber que el favorecido no hace nada por recordar tales padecimientos, de los que ni siquiera quiere oír hablar! Y, al contrario, ¡cuál no sería su gozo al saber que su amigo habla a menudo de ello con ternura y agradecimiento! De igual modo se complace Jesucristo con que nosotros evoquemos con agradecimiento y amor los dolores y la muerte que por nosotros padeció.

Antes que el Cielo bajase a la tierra, suspiraban ya por Jesucristo todos los Patriarcas de la antigüedad y le saludaban con el título del *Deseado de las naciones*. ¿Cuánto más debemos nosotros desearlo y amarlo ahora que vive entre nosotros y que sabemos cuánto ha hecho y padecido para salvarnos, hasta el punto de sufrir por nuestro amor todas las amarguras de la muerte de cruz?

Con este fin instituyó el sacramento de la Eucaristía la víspera de su muerte, recomendándonos que, cuantas veces comiéramos de su carne, hiciésemos memoria de su muerte: *Tomad y comed, este es mi cuerpo... Haced esto en memoria mía (I Co 11, 24)*. Por eso ruega la Iglesia: *¡Oh Dios!, que bajo este admirable Sacramento nos dejaste el memorial de tu Pasión, ¡Oh sagrado banquete en que se recibe a Cristo y se renueva la memoria de su Pasión!* Por aquí podemos entender cuán agradecido nos queda Jesucristo si con frecuencia recordamos su Pasión, ya que si mora con nosotros en el sacramento del altar, es para que de continuo renovemos con alegría el recuerdo de todo lo que por nosotros padeció y crezca de esta manera nuestro amor para con Él. Llamaba San Francisco de Sales al Calvario *monte de los amantes*, porque no es posible acordarse de este monte y dejar de amar a Jesucristo, que quiso en él morir por nuestro amor.

Te ama con entrañable amor

¡Oh Dios mío!, y ¿cómo hay hombres que no aman a un Dios que tanto ha hecho para ser de ellos amado? Antes de la Encarnación del Verbo podía el hombre dudar si Dios le amaba con verdadero amor; pero ¿cómo dudar ahora, que el Hijo de Dios ha venido y ha muerto por amor a los hombres? «Mira, oh hombre — exclama Santo Tomás de Villanueva—, mira aquella cruz, contempla aquellos dolores y la afrentosa muerte que por ti padeció Jesucristo; tantos y tan grandes testimonios de amor, no dejan lugar a duda de que Él te ama y te ama con entrañable amor. Testigo de ello es la cruz, testigos los dolores, testigo la muerte amarga que por ti sufrió». Y San Bernardo dice que clama la cruz y dan voces las llagas del Redentor para darnos a entender el amor que nos profesa.

Gran empeño ha tenido Jesucristo en inventar medios para inclinarnos a su amor. Si quería, por salvarnos, dar la vida, sobrábale con creces haber sido envuelto en la general matanza que decretó Herodes contra los Inocentes. Pero no, antes de morir quiso llevar durante treinta y tres años una vida llena de penas y trabajos, queriendo en el transcurso de ella, y para cautivarnos nuestro amor, manifestársenos en muchas y variadas formas. Y primero le vimos nacer pobre en el portal de Belén; luego, jovencito, en un taller, y al final, como reo ajusticiado en la cruz. Pero aun antes de morir en ella quiso pasar por circunstancias que inspiraban compasión y todo por nuestro amor. En el huerto de los Olivos le vimos con su corazón acongojado y bañado su cuerpo en sudor de sangre. Le vimos en el pretorio de Pilatos con sus carnes despedazadas a fuerza de los azotes; después, tratado como rey de burla, le pusieron en sus manos una caña por cetro, en sus espaldas un manto andrajoso y roto, y en su cabeza una corona de espinas. Sobre sus hombros colocaron una pesada cruz que por las calles de la ciudad llevó hasta el lugar de su muerte. Finalmente, le vimos padecer en el madero de la cruz colgado de tres clavos. Pues bien: ¿no merecerá nuestro amor un Dios que para conquistar el nuestro tanto ha sufrido y trabajado?

La caridad no sólo es la reina de todas las virtudes, sino que donde ella reina trae consigo todas las demás y las endereza todas

a unir al hombre con Dios. Oficio propio de la caridad es unir al hombre con Dios: *Yo amo a los que me aman. Si alguno me ama, mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él* (Jn 14,23). La caridad, además, comunica fuerzas para hacer y sufrir grandes cosas por Dios: *Fuerte es el amor como la muerte* (Cant 8, 6). San Agustín dice que nada hay tan duro que con el fuego del amor no se ablande. No hay cosa, por difícil que se la suponga, que no sea vencida por el fervor de la caridad; porque, como añade San Agustín, en aquello que se ama, o no se siente el trabajo, o el mismo trabajo se ama.

«Cuando el amor de Dios —dice San Juan Crisóstomo— se apodera de un alma, engendra en ella insaciable deseo de trabajar por el amado; de tal manera, que por muchas y grandes obras que haga, y por mucho tiempo que emplee en su servicio, todo le parece nada, y anda siempre gimiendo y suspirando de hacer tan poco por Dios; y si en su mano estuviera dar la vida por Él y anonadarse por su gloria, aún no tendría cumplido gozo. Todo lo que hace lo tiene por cosa sin provecho, porque el amor, enseñándole por una parte lo que Dios merece, le declara por otra, con luz clarísima, cuán defectuosas son sus obras, todo lo cual es para ella confusión y quebranto, al conocer la bajeza y poco valor de sus acciones ante la majestad de Señor tan poderoso».

Sólo una cosa es necesaria

¡Qué errados y fuera del camino andan los que cifran la santidad en cosa que no sea amar a Dios! «Algunos cifran la perfección —dice San Francisco de Sales— en la austeridad de vida; otros, en la oración; quiénes, en la frecuencia de sacramentos, y otros, en el reparto de limosna; mas todos se engañan, porque la perfección estriba en amar a Dios de todo corazón, pues las restantes virtudes, sin la caridad, son sólo un montón de escombros». Y si en este santo amor no somos perfectos, culpa nuestra es, pues no acabamos de entregarnos por completo a Dios.

Dijo un día el Señor a Santa Teresa: «¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí.» ¡Ojalá que todos entendieran esta verdad, que *sólo una*

cosa es necesaria! (Lc 10,42). No es necesario hacerse rico, ni ganarse la estima de los demás, ni llevar una vida confortable, ni escalar las dignidades, ni ganar reputación de sabio; una sola cosa es necesaria: amar a Dios y cumplir su voluntad. Para este único fin nos creó y conserva la vida, y solamente por este camino llegaremos un día a conquistar el cielo. *Ponme como sello sobre tu corazón y como sello sobre tu brazo* (Cant 8, 6). Esto lo dice el Señor a todas las almas esposas suyas, que le pongan en su corazón como sello, y como señal en su brazo, a fin de que vayan a Él dirigidas todas las acciones y deseos. Dice que le pongan *sobre el corazón*, para que no entre en él más amor que el suyo; y que le pongan *sobre el brazo*, para que en todo lo que haga no se proponga otro fin que agradarle a Él. Y ¡cómo corren a pasos agigantados en la senda de la perfección los que en todas sus obras no pierden de vista a Jesús crucificado y no tienen otro fin que hacer su beneplácito!

Caracteres del verdadero amor

Este ha de ser nuestro afán, amar de verdad a Jesucristo. Los maestros de la vida espiritual nos describen los caracteres del verdadero amor, y dicen que el amor es *temeroso*, porque lo único que teme es desagradar a Dios; es *generoso*, porque puesta su confianza en Dios, lánzase a empresas difíciles trabajos por la gloria divina; es *fuerte*, pues vence los desordenados apetitos, y aun de las más violentas tentaciones y desolaciones más tenebrosas sale siempre triunfador; es también *obediente*, porque a la menor inspiración inclínase a cumplir lo que entiende ser voluntad de Dios; es *puro*, porque sólo tiene a Dios por objeto y lo ama porque merece ser amado; es *ardoroso*, que querría encender en todos los corazones el fuego del amor y verlos abrasados en divina caridad; es *embriagador*, pues hace al alma andar fuera de sí, como si no viera ni sintiera las cosas terrenas, pensando sólo en amar a Dios; es *unitivo*, porque logra unir con apretado lazo de amor la voluntad de la criatura con la del Creador; es *suspirante*, porque vive el alma llena de deseos de abandonar este destierro para volar a unirse perfectamente con Dios en la patria celestial, para allí amarle con todas sus fuerzas.

Pero nadie mejor que San Pablo, el gran apóstol de la caridad, para declararnos cuáles son sus caracteres y en qué consiste su práctica: *Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, seré como metal que suena, o como címbalo que retumba. Y si tuviere don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada. Y si repartiere todos mis bienes a los pobres y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha. La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora, no obra precipitada y temerariamente, no se ensoberbece, ni es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal de nadie; no se alegra de la injusticia, antes se goza con la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta; la caridad no pasa jamás (I Co 13,1-4).*

En el transcurso del presente libro consideraremos los diversos caracteres de la caridad, para ver si reina verdaderamente en nosotros el amor que debemos a Jesucristo, y examinaremos las virtudes en que principalmente nos debemos ejercitar para conservar y aumentar en nosotros este santo amor.

Afectos y peticiones

¡Oh dulce Corazón de Jesús, qué desgraciado es el corazón que no os ama! Tú moristeis en la cruz por amor de los hombres sin sentir alivio alguno, y ¿cómo después de ello pueden los hombres vivir sin acordarse de ti?

¡Oh amor divino, oh ingratitud humana! Mirad, hombres, al inocente Cordero de Dios que agoniza en la cruz y muere por vosotros, para pagar así a la justicia divina por vuestros pecados y atraeros a su amor. Mirad cómo, a la vez, ruega al Eterno Padre para que os perdone. Contempladlo y amadle.

¡Ah Jesús mío, qué pocos son los que os aman! Y yo, cuántos años he pasado sin acordarme de ti, ofendiéndote tantas veces con mis pecados. Amado Redentor mío, no es tanto el infierno que merecí el que me hace derramar lágrimas, cuanto el amor que me habéis mostrado.

Dolores de Jesús, ignominias de Jesús, amor de Jesús, imprimíos en mi corazón, para que herido siempre con vuestro dulce recuerdo continuamente me abrase en amor divino. Os amo Jesús mío; os amo, sumo bien mío; os amo, mi amor y mi todo; os amo y quiero amaros siempre. ¡Oh Señor!, no permitáis que os abandone y vuelva a perderos. Hacedme todo vuestro, os lo suplico por los merecimientos de vuestra Pasión y muerte, en la cual tengo puesta toda mi confianza. ¡Oh María, Reina mía!, también en vuestra intercesión confío. Haced que ame a Jesús y a ti también, Madre y esperanza mía.

QUIEN AMA A JESUCRISTO SUFRE CON GUSTO LOS TRABAJOS DE LA VIDA

La caridad es sufrida

Es esta tierra lugar de merecimientos y, por lo mismo, lugar de padecimientos. Nuestra casa es el cielo donde el Señor nos tiene preparados descanso y felicidad eternas. Poco es el tiempo que en este destierro hemos de pasar; pero en este corto tiempo nos vemos cercados de innumerables trabajos.

El hombre, nacido de mujer, vive corto tiempo y está lleno de miserias (Job 14,1). Todos por necesidad tenemos que padecer en este mundo; ya seamos justos o pecadores, no podemos menos de cargar con la cruz. Quien la lleva con paciencia se salva; y, por el contrario, quien la lleva con impaciencia, se pierde. «Las mismas aflicciones —dice San Agustín— a unos los conducen a la gloria, y a otros los conducen al infierno». En el crisol de la tribulación se divide la paja del grano; el que en las tribulaciones se humilla y se sujeta a la voluntad de Dios, es grano destinado para el cielo; pero el que se ensoberbece y se irrita, alejándose por este motivo de Dios, es paja que arderá en el infierno.

Conformes a la imagen de su Hijo

Si queremos alcanzar una sentencia feliz en el gran día en que se juzgue nuestra salvación, será preciso que nuestra vida haya sido en todo conforme con la vida de Jesucristo. *Porque todos aquellos que desde la eternidad Dios escogió para su gloria,*

determinó que fuesen conforme a la imagen de su unigénito Hijo (Rm 8,29). Para esto se propuso el Verbo eterno venir al mundo, para darnos ejemplo con su vida y enseñarnos a llevar con paciencia las cruces que Dios nos manda: *Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas* (I P 2,21). Para esforzarnos al combate quiso Él padecer; la vida de Cristo fue vida de ignominias y de penas. Por eso Isaías llamó a nuestro Redentor *despreciado, varón de dolores, abandonado de los hombres* (Is 53,3), tratado como el último de todos. Sí, porque la vida de Jesucristo estuvo saturada de trabajos y dolores.

Así como Dios ha tratado a su amado Hijo, de la misma manera tratará al que ama y al que adopte como hijo. *El Señor a quien ama, castiga, y azota a todo aquel que recibe por hijo* (Hb 12, 6). De ahí que dijera un día a Santa Teresa: «Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos». Y por eso la santa, cuando se veía más apretada de trabajos, decía que no los cambiaría por todos los tesoros del mundo.

Quien padece amando a Dios dobla la ganancia para el cielo. San Vicente de Paúl solía decir que el no penar en esta tierra debe reputarse como gran desgracia; y añadía que una congregación o persona que no padece y es de todo el mundo aplaudida, está ya al borde del precipicio. Por esto, el día que San Francisco de Asís pasaba sin algún trabajo por Cristo, temía que Dios le hubiera dejado de su mano. Escribe San Juan Crisóstomo que cuando el Señor concede a alguno el favor de padecer por Él, le da mayor gracia que si le diera el poder de resucitar a los muertos; porque, en esto de obrar milagros, el hombre se hace deudor de Dios, pero en el padecer, se hace Dios deudor del hombre.

A quién ama da mayores trabajos

La paciencia perfecciona la obra (St 1,4), es decir, no hay cosa que más agrade a Dios que el contemplar a un alma que con paciencia e igualdad de ánimo lleva cuantas cruces le manda, pues esto es obra del amor, hacerse el amante una misma cosa con el amado. Dice San Francisco de Sales que «todas las llagas del Redentor son como bocas para enseñarnos cómo hemos de padecer trabajos por Él. Sufrir con constancia por Cristo, he ahí el

atajo seguro para llegar a la santidad». Quien ama a Jesucristo desea ser como Él: pobre, despreciado, humillado. Vio San Juan a los bienaventurados *vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos*. La palma es emblema del martirio, si bien no todos los santos sufrieron el martirio. ¿Cómo, pues, todos llevan esas palmas? Responde San Gregorio que todos los santos fueron mártires, o a manos del verdugo o trabajados por la paciencia; de suerte, añade el Santo, que nosotros sin hierro podemos ser mártires, con tal que nuestra alma se ejercite en la paciencia.

En el amar sufriendo consiste el mérito de un alma que ama a Jesucristo. Esto fue precisamente lo que el Señor dijo a Santa Teresa: «¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, y en padecer, y en amar... Ya ves mi vida toda llena de padecer... Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos y a éstos responde el amor... Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores». Y añade la santa: «Pues creer que admite Dios a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos es disparate» (*Cam. de perf.* c. 28). Y en otro lugar dice: «Mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes» (*Vida* c. 30) «Y aunque haya más tribulaciones persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por Él, todo es para mayor ganancia».

Se apareció un día Nuestro Señor a Bautista Varanis y le dijo que «eran tres los favores que Él sabía hacer a sus amantes: el primero, no pecar; el segundo, el obrar el bien, y el tercero, más perfecto, padecer por amor de Él». Por esto mismo, santa Teresa decía «que el Señor, en recompensa de una obra emprendida por honra y gloria suya, acaba por enviar algún trabajillo». Por ello, los santos daban en sus contrariedades gracias a Dios. San Luis, rey de Francia, hablando de la esclavitud padecida por él en Turquía, decía: «Me gozo y doy gracias a Dios, más por la paciencia que entre las prisiones me ha concedido, que si hubiera conquistado toda la tierra». Y Santa Isabel, reina de Hungría, cuando a la muerte de su esposo fue expulsada con su hijo de sus Estados, abandonada de todos, entró en una iglesia de franciscanos e hizo cantar un *Te Deum* en acción de gracias por el singular favor que Dios le dispensaba, hallándola digna de padecer por su amor.

Como buen soldado de Cristo

Decía San José de Calasanz que «para ganar el cielo todo trabajo es pequeño». Ya antes lo había dicho San Pablo: *«Tengo por cierto que todos los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria eterna que se ha de manifestar en nosotros»* (Rm 8,18). *«Por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable»* (II Co 4,17). *«Si por Cristo padecemos, reinaremos con El»* (II Tm 2,12). No hay premio sin mérito y no hay mérito sin el ejercicio de la paciencia: *«Soporta las fatigas como buen soldado de Cristo»* (II Tm 2, 3).

Gran pena da el comprobar cómo muchos, cuando se trata de bienes terrenos, procuran conseguir lo más que pueden; pero cuando se trata de los bienes eternos, se contentan con tener un rinconcito en el paraíso». No han obrado así los santos, sino al contrario.

El que con más paciencia sufre, goza también de más tranquila paz. Dice San Felipe Neri: «El atribulado que todo lo lleva con paciencia, goza de un cielo anticipado; y el que no sufre con paciencia, sufre de un infierno anticipado». Al tratar de esto, decía Santa Teresa quien abraza las cruces que Dios le envía, le resultan suaves de llevar, y no le cansan». Estando San Francisco de Sales durante algún tiempo asediado de toda suerte de tribulaciones, dijo: «Desde hace algún tiempo las adversidades y secretas contradicciones que experimento me han comunicado una paz tan suave, que no tiene igual, y son presagio de la próxima y estable unión de mi alma con Dios, la cual en toda verdad es la única ambición y el único anhelo de mi corazón». Verdad es de todos conocida que no hay paz para el que lleva una vida desordenada; y sólo el que vive unido a Dios y haciendo su santa voluntad gozará de cumplido gozo. Cierta religioso misionero de Indias, asistiendo a un condenado que se hallaba en el patíbulo, le oyó decir: «Sepa Padre, que yo fui de su Orden; mientras observé con fidelidad las Reglas, llevé una vida sin mezcla de amargura; pero cuando comencé a relajarme, enseguida sentí pena y trabajo en todo, de tal manera, que abandonando la religión, me entregué a mis desenfrenadas pasiones, que al fin me han arrastrado a este estado miserable en que me ve. Le digo esto para que mi ejemplo

pueda servir a otros de escarmiento». El venerable Padre Luis de la Puente decía sobre esto: «Si quieres vivir en perpetua y tranquila paz, toma lo dulce de esta vida por amargo, y lo amargo por dulce.» Así es de hecho, porque las dulzuras, aunque agraden a los sentidos, dejan tras de sí amargos remordimientos de conciencia por la complacencia desordenada que en ellas se tiene. Mientras que los trabajos, cuando se llevan son aceptados pacientemente como venidos de la mano de Dios, tórnanse dulces y queridos a las almas que están enamoradas de Él.

Padecer amando

Nos tenemos que persuadir que en este valle de lágrimas no es posible que goce de verdadera paz de corazón sino el que sobrelleva los padecimientos y se abraza gustoso con ellos para agradar a Dios; que tal es la herencia y estado de corrupción que nos dejó el pecado original. La condición de los justos en la tierra es padecer amando, mientras que la de los santos en el cielo es gozar amando. A los pies del Crucifijo tendríamos que poner estas palabras: *Así se ama*. No es tanto el padecer, cuanto la voluntad de padecer por amor de Jesucristo, la más cierta señal para ver si un alma le ama. «¿Y qué más ganancia —decía Santa Teresa— que tener algún testimonio de que contentamos a Dios? Pero la mayoría de los hombres se asusta con sólo oír el nombre de la cruz, de la humillación y de las penalidades. Sin embargo, no faltan almas amantes que cifran todo su contento en padecer, y andan como inconsolables cuando les faltan afrentas y trabajos. «Sólo mirar a Jesús crucificado —decía cierta persona— me infunde tal amor a la cruz, que me parece que no podría ser feliz sin padecimientos». Este es el consejo que Cristo da a quien desea seguir sus pasos: *Lleve su cruz de cada día y sígame* (Lc 9,23). Pero hay que tomarla y seguirlo, no por fuerza y a despecho, sino con humildad, paciencia y amor.

¡Cuánto agrada a Dios el que humildemente y con paciencia se abraza con las cruces que le envía! Decía San Ignacio de Loyola que no hay leña tan a propósito para encender y conservar el fuego del amor de Dios como el madero de la cruz, es decir, el amarlo en medio de los sufrimientos. Cierta día Santa Gertrudis

preguntó qué cosa podía ofrecer al Señor que le fuese más agradable y Él le dijo: «Mira, hija, no hay cosa que yo reciba con más gusto que el que sufrieras con igualdad de ánimo todas las tribulaciones que te saliesen al paso». Por eso decía San Juan de Avila: «Más vale en las adversidades un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias de bendiciones y prosperidades». Y con todo, los hombres ignoran todavía el valor de la cruz llevada por Cristo. Si conociésemos el mérito del padecer por Dios, nos robaríamos las ocasiones de padecer.

Es imposible llegar a la unión con Dios sin las adversidades, porque por medio de ellas se extinguen de nuestra alma todas nuestras malas inclinaciones. Y, por esto, las injurias, desprecios, enfermedades, pérdidas de parientes y de amigos, nos son sumamente necesarias. De donde resulta, según San Juan de la Cruz, que el alma que anhela ser toda de Dios «antes busca lo desabrido que lo sabroso; y más se inclina a padecer, que al consuelo... y a las sequedades y aflicciones, que a las dulces comunicaciones», y así ha de abrazar ávidamente todas las mortificaciones voluntarias, y con mayor avidez aún y amor las involuntarias, porque éstas son más queridas de Dios». De ahí que llegase a decir Salomón: *Mejor es ser sufrido que héroe* (Prov 16, 32).

San Francisco de Sales decía que «las tribulaciones que nos vienen de la mano de Dios o de los hombres por beneplácito de Dios, son siempre más preciosas que las que son hijas de nuestra propia voluntad; porque es ley general que donde menos lugar tiene nuestra voluntad, más contento hay para Dios y provecho para nuestras almas.» Razón por la cual afirmaba Santa María de Pazzis no haber cosa en el mundo, por amarga que fuese, que no la sufriera alegremente, pensando que procede de la divina mano. Y así fue, porque, en los no pequeños trabajos que tuvo que sufrir, bastábale traer a la memoria ser voluntad de Dios, para recobrar la paz y tranquilidad.

Roguemos, pues, al Señor que nos halle dignos de amarlo; que, si le amamos perfectamente, todos los bienes terrenos se nos harán humo y lodo, al paso que las ignominias se nos tornarán en suavísimos deleites. En este sentido decía San Juan Crisóstomo decía: «Luego que la persona ha llegado al perfecto amor de Dios,

vive como si estuviese sola sobre la tierra; no se cuida más de la gloria ni de las ignominias; desprecia las tentaciones y trabajos, y pierde el gusto de las cosas terrenas. No encontrando ayuda ni reposo en las cosas del mundo, corre el alma sin tregua ni descanso tras el amado, sin que haya estorbo que la detenga, porque ya trabaje, coma, vele, duerma, en cuanto haga o diga, su anhelo único es hallar al amado; que en él está su corazón por estar en él su tesoro».

Afectos y peticiones

Querido Jesús mío y tesoro mío, por las ofensas que os hice no merezco disfrutar de vuestro amor, mas por vuestros merecimientos os ruego que me hagáis digno de él. Os amo sobre todas las cosas, y me duele de todo corazón de haberos despreciado en el pasado y arrojado de mi alma. Pero ahora os amo más que a mí mismo, os amo con todo mi corazón, ¡oh bien infinito! y no tengo otro deseo que amaros con más perfecto amor. No permitáis, Dios mío, que yo responda con ingratitud a tanta bondad vuestra. Quiero emplear los años que quedan de vida en amaros y en complaceros. ¡Oh María, esperanza mía! Vuestro Hijo atiende siempre vuestras súplicas: rogadle por mí, y alcanzadme la gracia de amarlo perfectamente.

EL QUE AMA A JESUCRISTO PRACTICA LA MANSEDUMBRE

La caridad es benigna

Vencer el mal a fuerza de bien

El espíritu de mansedumbre es propio de Dios: *Mi espíritu es más dulce que la miel* (Eccli 24,27). Por eso el alma enamorada de Dios ama a todos los que Dios ama, como son nuestros prójimos; y así con voluntad amorosa y conforme a sus fuerzas busca el modo de ayudar, consolar y dar gusto en cuanto está en su mano.

San Francisco de Sales, maestro de mansedumbre, decía: «La humilde mansedumbre es la virtud de las virtudes que Dios tanto nos recomienda; y por eso es preciso practicarla siempre y en todo lugar.»

Esta mansedumbre debe practicarse con los pobres especialmente, quienes de ordinario, sólo por serlo, son ásperamente tratados por los hombres. Debe, asimismo, practicarse con los enfermos, los cuales, aquejados como se ven por sus dolencias, están mal asistidos. Y más particularmente ha de practicarse la mansedumbre con los enemigos, tal como lo enseña San Pablo: *Procura vencer el mal a fuerza de bien* (Rm 12,21). Con el amor se ha de triunfar del odio, y de la persecución se ha de salir vencedor con la mansedumbre; este es el camino que siguieron los santos y por eso llegaron a ganarse el afecto de sus más encarnizados enemigos.

«No hay cosa —decía San Francisco de Sales— que tanto edifique al prójimos como el trato afable y amoroso». Y por eso este santo obispo siempre andaba con la sonrisa en los labios; y sus maneras y modales, sus palabras y gestos, respiraban benignidad; hasta el extremo que San Vicente de Paúl decía de él que era el hombre más benigno que había conocido, y que con sólo mirarlo creía ver la copia fiel de la bondad de Jesucristo. Hasta cuando tenía que negar lo que su conciencia no lo permitía conceder, de tal manera se mostraba benigno, que los solicitantes, a pesar de ver frustrado su intento, se marchaban contentos y aficionados a su persona. Con todos era benigno, con los superiores, con los iguales, con los inferiores, con los de la casa y con los de fuera, muy diferente de aquellos que en expresión del mismo Santo «parecen ángeles fuera de casa, y dentro son diablos». Nunca se quejaba de las faltas de los criados y familiares, rara vez los amonestaba, y si lo hacía, era siempre con palabras blandas y suaves. Lo cual, por cierto, es muy digno de alabar en los que tienen autoridad, que deben con todos ser suave y benigno; y cuando señalan una ocupación, deben más bien rogar que mandar. Decía San Vicente de Paúl: «No hallarán los superiores mejor modo de ser obedecidos que siendo afables y benignos».

En la corrección, caridad

Hasta en la corrección de los defectos debe el que gobierna resplandecer la templanza; que no es lo mismo corregir con energía que reprender con aspereza. A veces habrá que corregir con rigor y energía, cuando se trata de graves faltas, y máxime si son reincidentes; pero aun entonces guardémonos de corregir con enojo y aspereza, porque el que reprende con ira hace más daño que provecho. Si en alguna ocasión fuese necesario dar al culpable severa reprensión, para que se dé cuenta de la gravedad de su falta, es necesario, al menos, al final de la reprensión dejarle, como dicen, con la miel en la boca, dirigiéndole palabras apacibles y cariñosas. Se impone sanar las heridas, a ejemplo del samaritano del Evangelio, con vino y aceite. «Así como el aceite —dice San Francisco de Sales— flota sobre los demás líquidos, así es necesario que en todas nuestras acciones sobrenade la benignidad». Y si la persona ha de sufrir la corrección está turbada

y alborotada, en este caso conviene aplazar la reprensión hasta que se le vea sereno; de lo contrario, sólo se lograría irritarle más. Cuando la casa arde, es una gran imprudencia echar más leña al fuego.

No sabéis a qué espíritu pertenecéis (Lc 9,55). Así hablaba Jesucristo a Santiago y Juan cuando le pidieron que castigara a los samaritanos por haberlos expulsado de su país. «¿Cómo? —dice Jesús— ¿Qué espíritu es éste? No es, por cierto, el mío, todo blandura y suavidad, pues no vine a perder las almas, sino a salvarlas. Y vosotros, ¿intentáis que pierda a los samaritanos? Callad y no me dirijáis tal súplica, porque repito que ése no es mi espíritu.

Y en verdad, ¡con que dulzura trató Cristo a la mujer adúltera! *Mujer, ninguno te ha condenado; yo tampoco te condeno. Anda y desde ahora no peques más* (Jn 8,9-11). Se contentó con amonestarla que no volviese a pecar y la despidió en paz. ¿Con qué benignidad también buscó la salvación de la samaritana? Comenzó pidiéndole de beber, y luego le dijo: *¡Si supieras quién es el que te pide de beber!* (Jn 4,10). Y acabó manifestándole claramente que era Él el Mesías deseado.

Además, con cuánta dulzura procuró la conversión del Judas el traidor, hasta admitirle a comer con Él en el mismo plato, lavarle los pies y amonestarle caritativamente en el mismo acto de la traición: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* (Lc 22,48).

Y para convertir a Pedro, que por tres veces había renegado de Él, ¿qué hace? *Y volviéndose el Señor, miró a Pedro* (Lc 22,61). Le miró con tal ternura que obró su conversión; de tal modo que Pedro, mientras vivió, no dejó de llorar la injuria hecha a su Maestro.

¡Cuánto más se logra con la afabilidad que con la severidad! «No hay cosa más amarga que la nuez —decía San Francisco de Sales—; pero una vez confitada es dulce y suave al paladar». Esto pasa también con la corrección; aunque desagradable en sí, hecha con caridad y amorosas palabras, se vuelve dulce y muy provechosa. Decía de sí mismo San Vicente de Paúl que en el gobierno de su Congregación no se acordaba de haber corregido a

nadie ásperamente, fuera de tres veces que se creyó en el deber de obrar así, de lo que siempre se había arrepentido, pues le había resultado contraproducente, al paso que siempre que había corregido con dulzura había conseguido lo que pretendía.

Siempre amable

San Francisco de Sales, con su trato amable, conseguía cuanto pretendía, hasta llevar a Dios a los pecadores más obstinados. Igual hacía San Vicente de Paúl, que solía decir a los suyos: «La afabilidad, el amor y la humildad tienen una fuerza maravillosa para conquistarse los corazones e inducirlos a abrazar hasta lo más repugnante a la naturaleza». Cierta día encomendó a uno de sus misioneros la conversión de un gran pecador; mas el Padre, por más esfuerzos que hizo, no consiguió nada, por lo que rogó al Santo le dirigiera él algunas palabras; hízolo así San Vicente y lo convirtió. El pecador en cuestión afirmaba después que le había cautivado el corazón la singular dulzura y caridad del P. Vicente. Por eso el Santo no podía tolerar que sus misioneros tratasen a los penitentes con aspereza, asegurándoles que el demonio se sirve del rigor para llevar las almas al infierno.

Hay que practicar la benignidad con todos, en toda ocasión y en todo tiempo. Advierte San Bernardo que hay algunos de trato suave mientras las cosas marchan como una seda, mas si se atraviesa cualquier contrariedad, se encienden súbitamente y comienzan a echar fuego como el Vesubio. A estos tales se les puede llamar carbones encendidos, aun cuando están ocultos entre cenizas. Quien quiera santificarse ha de ser como el lirio entre espinas, que por más que nazca entre ellas, no deja de ser lirio, siempre suave y deleitable. El que ama a Dios, conserva siempre la paz del corazón y la traduce hasta en el rostro, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad, como cantó el cardenal Petrucci:

*Ve en torno suyo al mundo,
que en perpetua mudanza gira ansioso;
mas en su interior, reina
profundo retiro misterioso,
y, allí unida a Dios, vive en reposo.*

En las adversidades se conoce a los hombres. San Francisco de Sales amaba tiernamente a la Orden de la Visitación, que tantos trabajos que había costado. A menudo la vio a pique de perderse, al embate de las persecuciones que sobre ella se desencadenaban; mas nunca el Santo perdió la paz, y hasta se alegraba de la destrucción de la Orden si al Señor agradara; entonces fue cuando dijo: Desde hace algún tiempo las adversidades y contradicciones que experimento me han hecho gozar de tan tranquila paz, que no tiene semejante, y es presagio de estar ya cercano el día de la estable unión de mi alma con Dios, único anhelo de mi corazón.»

Cuando nos acontezca tener que responder a quien nos trate mal, vigilémonos para responder siempre con dulzura, porque *una respuesta blanda aplaca la ira* (Prov 15,1). Una respuesta suave basta para apagar un incendio de cólera. Cuando nos sintamos turbados, lo mejor es callar; porque entonces no nos parecerá mal decir la primera palabra que nos viniere a la boca; pero, calmada la pasión, veremos que tantos fueron los pecados, cuantas palabras brotaron de nuestros labios.

Y aun cuando caigamos en alguna falta, también entonces nos es necesaria la mansedumbre; pues irritarse contra sí, después de una falta, no es humildad, sino refinada soberbia, como si no fuéramos más que flaqueza y miseria. Decía Santa Teresa: «En esta humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien; todo parece lo pone Dios a fuego y sangre.» (Vida, c. 30). Airarnos contra nosotros después del pecado es un pecado mayor que el otro cometido, y que traerá consigo no pocos más, pues nos hará abandonar las devociones, la oración, la comunión, y, si practicamos estos ejercicios, será con menguado provecho. San Luis Gonzaga decía que como en el agua turbia no se ve, eso lo aprovecha el demonio para sus pescas. Cuando el alma está turbada, no reconoce a Dios ni lo que procede hacer. Entonces, por tanto, después de la caída en cualquier defecto, es cuando hay volverse a Dios confiada y humildemente, pidiéndole perdón y diciéndole con Santa Catalina de Génova: «Estas son las flores de mi vergel.» Os amo con todo mi corazón, me arrepiento de haberos disgustado y no quiero volver a hacerlo; en vuestra ayuda confío.

EL QUE AMA A JESUCRISTO SOLAMENTE ENVIDIA A LOS QUE AMAN MÁS A ESTE SEÑOR Y NO A LOS GRANDES DEL MUNDO

La caridad no es envidiosa

La caridad no es envidiosa, tal como dice San Gregorio: «No envidia a nadie porque al no apetecer nada de lo que hay en la vida presente, no sabe envidiar a los afortunados de la tierra». Hay dos clases de envidia, una buena y otra mala. Esta última se entristece ante los bienes temporales que otros poseen en este mundo. Por el contrario, la envidia santa es aquella que en vez de envidiar, se compadece de los grandes de este mundo, de los que viven entre honores y placeres terrenales. Únicamente busca y desea a Dios, y sólo desea amarlo con todo su corazón; por esto anda santamente envidiosa de los que le vencen en el amor.

Éste es el único fin en la tierra de los que están tan enamorados de Dios, que les hace exclamar: *Llagaste mi corazón, hermana y esposa mía, llagaste mi corazón con una sola mirada tuya* (Ct 4,9). El mirar de la esposa significa el único fin que ha de tener el alma en cuanto piense y obre, que es agradar a Dios. Los mundanos en sus acciones miran las cosas con muchos ojos, esto es, con muchas intenciones desordenadas, de agradar a los hombres, conquistar honores, acumular riquezas, o al menos complacerse en sí mismos, en tanto que los santos no tienen más que la mira de agradar a Dios en todas sus acciones y repiten con David: «¿Quién sino tú hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada...; roca y parcela mía Dios por

siempre.» (Sal 72, 25-26). Y ¿qué otra cosa he de querer, Dios mío, sino sólo a ti, en este mundo; a ti, que eres mi tesoro y el único Señor de mi corazón. «Conserven para sí sus riquezas terrenas los ricos —decía San Paulino—; guárdense sus reinos los monarcas, que, Tú sólo, Jesús mío, sois mi tesoro y mi corona.»

Nótese que no basta hacer buenas obras, sino que hay que hacerlas bien. Para que nuestras acciones sean buenas y perfectas, es preciso hacerlas con el recto fin de agradar a Dios. Tal fue la gran alabanza que se dio a Jesucristo: *Todo lo ha hecho bien.* (Mc 7, 37). Acciones habrá muy dignas de alabanza, pero porque se ordenan a otro fin que la gloria de Dios, serán de poco o de ningún valor ante Él. Según sea la rectitud de nuestra intención, así Dios tendrá por buenas y recompensará nuestras obras. Pero ¡cuán difícil es hallar una acción hecha puramente por Dios! Es el maldito amor propio el que nos echa a perder toda o la mejor parte del fruto de nuestras buenas acciones. ¡Cuántos hay que se fatigan haciendo buenas obras, y al cabo poco o nada recogen para el cielo, porque no tienen por única mira a Dios, sino más bien la gloria mundana, los intereses o la vanidad de la ostentación, o, por lo menos, su natural inclinación!

Es sentencia del Señor: *Guardaos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres, para ser vistos de ellos, porque, de lo contrario, no tendréis premio de vuestro Padre que está en los cielos. En verdad os digo que estos tales ya han recibido su paga* (Mt 6,1-5). Los que se fatigan por dar contento a sus gustos naturales, tienen ya recibida su paga; paga, sin embargo, exigua, que en breve se convierte en humo y se desvanece, sin que quede provecho alguno. De esta forma, los que trabajan, mas no para complacer a Dios, echan sus tesoros en saco roto y cuando quieren abrirlo, lo hallan vacío y falto de todo. Y acontece que si después de tantos trabajos no logran el apetecido resultado, se inquietan y desaniman; señal es ésta de que no lo hacían únicamente por Dios: porque quién obra sólo por Él no se turba, aunque no consiga lo que esperaba, porque actuó con la recta intención de agradar a Dios, y eso sí lo logró.

He aquí algunas señales para conocer si uno en sus actuaciones busca puramente la gloria de Dios: 1ª No turbarse cuando no se alcanza lo que buscaba, porque, no siendo esto del

agrado de Dios, tampoco es conforme a su voluntad. 2ª Alegrarse del gran fruto alcanzado por otros como si uno mismo lo hubiera hecho. 3ª No desear un cargo más que otro, aceptando gustoso el que le indique la obediencia. 4ª No buscar, después de realizar el trabajo, el agradecimiento o la aprobación de los demás; antes al contrario, viéndose criticado y censurado, no turbarse, cifrando su alegría en haberlo hecho todo puramente por Dios. Y si por ventura se reciben alabanzas mundanas, no vanagloriarse, sino responder a la vanagloria como respondió el P. Juan de Avila: «Ni por ti la hago, ni la dejo de hacer, pues al Señor he ofrecido cuanto haga, piense o diga. Tarde venís, vanagloria, que ya está dado a Dios.»

Si tenemos la dicha de hacer algo por Dios, ¿qué más podemos querer? La mayor felicidad a que puede aspirar una criatura es dar gusto a su Creador. El que desea ser santo no debe alimentar en su corazón otro deseo que el de agradar a Dios. No tiene precio la cosa más pequeña que se hace, si va por amor de Dios. Y con razón, porque cuanto se hace para agradar a Dios es pura caridad que a Él nos une y nos alcanza bienes eternos.

Pureza de intención

La pureza de intención es como la alquimia celestial que cambia el hierro en oro, esto es, las acciones más triviales y humildes, como comer, trabajar, reposar, recrearse, hechas por Dios, las convierte en oro de amor divino.

Se cuenta que cierto solitario, antes de ejecutar cualquier obra, se detenía unos segundos y dirigía los ojos al cielo. Preguntado porque lo hacía, respondió: «Es que procuro asegurar la puntería»; queriendo con esto indicar que así como el ballestero antes de lanzar la flecha fija la puntería para asegurar el blanco, así también él, antes de ejecutar cualquier acción, ponía la mira en Dios, para que fuese del divino agrado. Así debíamos hacer nosotros también antes de empezar cualquier obra, ordenar y enderezar nuestra intención a Dios con el fin de agradarle; y después de comenzar la obra, de vez en cuando, debemos renovar la intención dirigiéndola toda a Dios.

Quienes en sus acciones no buscan más que la voluntad de Dios, gozan de la santa libertad de espíritu los hijos de Dios. Este

espíritu les inclina a abrazarse con todo lo que saben es del agrado de Jesucristo, sin tener en cuenta los celos de amor propio o el respeto humano. El amor a Jesucristo comunica a sus amadores una total indiferencia, de tal forma que se les hace todo igual, lo dulce y lo amargo; con igual paz se emplean en las cosas grandes que en las pequeñas; en lo que les mortifica, lo mismo que en lo que les halaga; les basta entender que en esto agradan a Dios.

Muchos hay, por el contrario, que quieren ponerse al servicio de Dios, pero en tal empleo, en aquel lugar, con determinados compañeros y en ciertas circunstancias; y de otro modo, o no le sirven, o le sirven de mala gana. Estos tales, en vez de disfrutar de la libertad de espíritu, están atados con las cadenas del amor propio y, por tanto, poco o ningún mérito tiene de cuanto hacen. Viven en perpetua turbación, porque el suave yugo de Cristo se les torna pesada carga. Los verdaderos seguidores de Cristo sólo ponen su dicha en hacer lo que a Él le place y porque a Él le place; cuanto quiera, donde quiera y como quiera Jesucristo; ya les quiera emplear en obras honrosas o bien en oficios despreciables. Esto es amar a Jesucristo con puro amor y en esto debiéramos emplear todas nuestras fuerzas, combatiendo los desordenados apetitos del amor propio, ansioso siempre de lucimientos en cosas grandes y de mucha honra y conformes a nuestros gustos naturales.

Incluso debemos despegar nuestro corazón de todos los ejercicios espirituales cuando el Señor quiere emplearnos en otras cosas de su gusto. Si nos inquietamos cuando la caridad o la obediencia nos obliga a dejar las acostumbradas devociones, estemos persuadidos de que tal inquietud no proviene de Dios, sino que es cosa del demonio o del amor propio. Demos gusto a Dios, aunque en ello nos vaya la muerte: ésta ha sido la primera máxima de los santos.

Afectos y peticiones

En vuestras manos pongo, Señor, todo mi corazón. Pero ¡oh Dios mío!, ¿qué corazón es éste que me atrevo a ofrecerte? Fue creado para amarte, pero en lugar de amarte, muchas veces se ha rebelado contra Ti. Me duele, Redentor mío, haberte menospreciado, y a toda costa me resuelvo a amarte y obedecerte

en todo. Con tu divina gracia, quiero emplear mi vida en adelante para amarte siempre, sumo Bien mío. ¡Oh María, Madre mía! Acéptame como siervo tuyo y haz también que Jesucristo me reciba como tal.

**EL QUE AMA A JESUCRISTO EVITA LA TIBIEZA Y
PONE LOS MEDIOS PARA ALCANZAR LA
PERFECCION, YA SEA CON: 1º EL DESEO, 2º LA
RESOLUCIÓN, 3º LA MEDITACIÓN, 4º LA COMUNION, 5º
LA ORACION.**

La caridad no obra precipitadamente ni temerariamente

La lucha contra la tibieza

La caridad, deseosa de ir siempre adelante en el amor de Dios, no admite nada que no sea recto y santo; y como quiere la perfección, aborrece la tibieza con que sirven a Dios ciertas almas, con gran riesgo de perder la caridad, la gracia divina, el alma y todo.

I. De la tibieza

Hay dos clases de tibieza. La primera es inevitable, y la segunda es la que se puede evitar. La *inevitable* es aquella de la cual ni los santos se vieron exentos, y abarca todos los defectos y faltas que cometemos sin plena voluntad y tan sólo por nuestra frágil naturaleza, como las distracciones en la oración, las inquietudes interiores, las palabras inútiles, la curiosidad vana, los deseos de bien parecer, cierta sensualidad en el comer o en el beber, algunos movimientos de la concupiscencia no reprimidos al momento y cosas semejantes.

Estos defectos debemos evitarlos en cuanto esté de nuestra parte; pero por razón de nuestra flaca naturaleza, viciada por el pecado, es imposible evitarlos por completo. Una vez cometidos, debemos, sin embargo, detestarlos y aborrecerlos, porque no son del agrado de Dios. Pero al hacerlo, debemos guardarnos de caer por ello en turbación y desaliento, porque, como dice San Francisco de Sales, «los pensamientos que nos angustian no vienen de Dios, que es príncipe de la paz, sino que provienen del demonio, o del amor propio, o de la estima que de nosotros mismos tenemos».

Estos pensamientos, pues, que nos inquietan, debemos rechazarlos, sin hacer caso de ellos. Dice el mismo Santo que los defectos indeliberados, así como se cometen indeliberadamente, involuntariamente se borran también con sólo un acto de dolor o un acto de amor. Al igual que el fuego consume las pajas, un fervoroso acto de amor a Dios consume todas las imperfecciones del alma. El mismo efecto produce la Sagrada Comunión, según el Concilio de Trento, que llama a la Eucaristía *remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas*. Aunque tales defectos no dejen de serlo, con todo, no impiden la perfección, porque en esta vida miserable nadie puede llegar a la suma de la perfección, la cual solamente se consigue en el cielo.

La tibieza que impide llegar a la perfección es la *evitable*, cuando se cae en pecados veniales deliberados, porque estos pecados cometidos a cara descubierta, se podrían evitar perfectamente, ayudados de la divina gracia, aun en la vida presente. De aquí que Santa Teresa dijese: Pecado muy de advertencia, por chico que sea, Dios nos libre de él». Tales son, por ejemplo, las mentiras voluntarias, las murmuraciones leves, las imprecaciones, los resentimientos manifestados con la lengua, las burlas del prójimo, las palabras picantes, el alabarse y andar tras la estima propia, los rencores que guardamos en el corazón, la afición desordenada a personas del otro sexo. Por esto decía Santa Teresa: «Oh!, que quedan unos gusanos, que no se dan a entender hasta que... nos han roído las virtudes». Y en otro lugar advierte: «Miren que por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros por donde entren las muy grandes».

Temamos, pues, cometer tales pecados deliberados, porque ponen a Dios como en la necesidad de privar al hombre de su socorro, de sus inspiraciones y de sus consuelos espirituales. De aquí nace que el alma se da a las cosas espirituales con tedio y con trabajo, por lo que comienza a abandonar la oración, la Comunión, las visitas al Santísimo Sacramento, las novenas, y, finalmente, con toda facilidad lo dejará todo, como ha sucedido a muchos.

Esto significa aquella amenaza del señor a los tibios: «*¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por ser tibio, ni caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca*» (Ap 3,15). Choca chocante, dice: *¡Ojalá fueras frío!*; pues, ¿qué? ¿Vale más ser frío, es decir, privado de la gracia, que tibio? Sí; en cierta manera es preferible estar frío, porque el frío puede fácilmente enmendarse, aguijoneado por el remordimiento de la conciencia, en tanto que en la tibieza se hacen las paces con los pecados, sin cuidarse ni pensar siquiera en mudar de vida; y por esto es casi imposible su curación. Hay personas que pactan con sus faltas, de donde proviene su ruina, especialmente cuando se trata del amor propio, de buscar agradar y alcanzar prestigio, de acumular riquezas, de faltar a la caridad con los próximos, o de relacionarse poco honestamente con personas del otro sexo. Grande riesgo corren estas almas de que los cabellos se conviertan en gruesas cadenas que las arrastren al infierno; en todo caso, no se santificarán y perderán la corona que Dios les tenía preparada de haber sido fieles a la gracia. El pajarillo, libre del lazo que lo sujetaba, presto toma vuelo y se remonta por los aires; igual acontece al alma libre de todo apego a las cosas de la tierra; vuela hacia Dios, en tanto que un solo hilillo que la sujete bastará para estorbarla subir al cielo. ¡Cuántas personas espirituales no llegan a la santidad por no esforzarse en dejar ciertas aficioncillas!

Todo este daño proviene del poco amor que se tiene a Jesucristo. Algunos hay que andan como engolfados en su propia estima; otros que se irritan si las cosas no les sale como deseaban; unos regalan su cuerpo por razones de salud; estos dan entrada en el corazón a afectos terrenos, y el interior lo tienen siempre disipado, ávidos de escuchar y saber mil cosas ajenas al servicio de dios y sólo conformes con sus gustos; los hay que no saben

sufrir la más mínima desatención, y de ahí que se turben, abandonen la oración y el recogimiento, y unas veces se muestran alegres, otras tristes e impacientes, según vayan o no las cosas conforme a sus inclinaciones o estado de ánimo. Estos no aman a Jesucristo, o lo aman con menguado amor, y lo que hacen es desacreditar la verdadera devoción.

II. Remedios contra la tibieza

Pero, y quien ha caído en tan miserable estado de tibieza, ¿qué deberá hacer? Ciertamente que es harto difícil ver al alma tibia recobrar su antiguo fervor, mas también es cierto que el Señor dijo *que lo que a los hombres es imposible, es posible al poder de Dios* (Lc 18,27). El que ruega y emplea los medios a ello conducentes, presto alcanza lo que desea. Cinco son los medios para salir de la tibieza y adelantar en la perfección, a saber: 1º, desearla; 2º, resolverse a ello; 3º, la meditación; 4º, la comunión frecuente; y 5º, la oración.

III. El deseo de la perfección

El primer medio, por tanto, para salir de la tibieza es el *deseo de la perfección*. Son los deseos de santidad a manera de alas que nos hacen remontar el vuelo sobre la tierra, dándonos fuerzas y alivio para andar por el camino de la santidad. El que verdaderamente desea la perfección, va siempre adelante, sin darse punto de reposo y, si no se cansa, al fin llegará. Por lo contrario, los que no tienen este deseo volverán atrás, y cada día serán más imperfectos. Dice San Agustín que en los caminos de Dios, no ir adelante es retroceder. Quien no se esfuerza por ir adelante en lo comenzado, presto verá que vuelve atrás, arrastrado por la corriente de la corrompida naturaleza.

En grave error están quienes sostienen que Dios no exige que todos seamos santos, porque *la voluntad de Dios es vuestra santificación* (1 Ts 4,3). Dios quiere que todos seamos santos y cada uno según su estado; el religioso como religioso, el seglar

como seglar, el sacerdote como sacerdote, el casado como casado, el comerciante como comerciante, el soldado como soldado, y así de los demás estados y condiciones.

Santa Teresa de Jesús sobre esto dice: «Que siempre vuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vendrá a que el Señor os dé gracia para que lo sean las obras». Ayuda harto tener altos pensamientos, para que nos esforcemos a que lo sean las obras» (*Camino de perf.* c. 5). Y en otro lugar dice: «Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea pronto, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor.» Y, en confirmación de lo dicho, atestiguaba tener experiencia de que las personas animosas en poco tiempo aprovechan mucho. «Y no penséis —proseguía— que hacen falta nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad.» «Mas que le vean (en el Santísimo Sacramento) y comunicar sus grandezas y dar de sus tesoros, no quiere sino a los que entiende que mucho lo desean, porque éstos son sus verdaderos amigos». «Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno.» Dios no regala sus especiales gracias y favores sino a los que han deseado con ansía su amor». «Porque quiere y es amigo de almas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí» (*Vida* c. 13).

Necesario es, por tanto, tener ánimo esforzado y generoso, porque bueno es el Señor para los que le buscan de todo corazón. Ni siquiera nuestros pecados pasados pueden impedirnos alcanzar la santidad, si de verdad la deseamos. Prosigue Santa Teresa: «Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerles entender mal lo que es la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos y querer imitar a los santos y desear ser mártires.» (*Vida* c. 13)

Todas las cosas —dice San Pablo— contribuyen al bien de los que aman a Dios (Rm 8,28) y aun los pecados cometidos pueden cooperar a nuestra santificación, en cuanto su recuerdo nos hace más humildes y agradecidos, a la vista de los favores que Dios nos otorga, después de haberle ofendido. Yo nada puedo, debe decir el pecador, nada merezco, más que el infierno; pero

tengo a un Dios infinito en misericordia, y que tiene empeñada la palabra de oír al que le pide. Pues me libró de la eterna condenación y quiere ahora que sea santo, ofreciéndome para ello su ayuda, bien puedo llegar a serlo, no ciertamente con mis fuerzas, sino con su ayuda que me conforta: *Todo lo puedo en Aquél que me conforta* (Flp 4,13). Cuando experimentemos excelentes deseos, esforcemos al punto el ánimo y, poniendo a Dios por fiador, llevémoslo presto en práctica; y si después surgiere en el camino emprendido cualquier impedimento, resignémonos a la voluntad de Dios. El querer ha de prevalecer sobre todo nuestro buen deseo por bueno que sea. &

La resolución

El segundo medio para alcanzar la santidad es la resolución de darse a Dios por entero. No basta desear, si al deseo no viene a juntarse una inquebrantable resolución de alcanzarla. Al perezoso todo se le va en deseos, pero nunca se resuelve a tomar los medios para alcanzar la santidad propia de su estado. Dice para sí: «Ah, si estuviera yo retirado en un monasterio y no en casa; entonces sí que me daría del todo a Dios...» Y entre tanto no puede soportar a tal persona, ni una contradicción, anda distraído, cae en mil faltas de gula, de curiosidad y de soberbia; y después anda suspirando: ¡Ay, si yo tuviera... si pudiera yo!... San Francisco de Sales decía: «No apruebo que una persona comprometida ya por un deber o vocación se pare a desear otro género de vida, ni se meta en actividades incompatibles con su estado de vida; porque esto disipa el corazón, y le hace andar flojo y tibio a lo que está obligado».

Lo que hace falta es desear la santidad y con varonil resolución tomar los medios para ello. «El demonio tiene gran miedo a almas determinadas», decía Santa Teresa. «El alma que en este camino... comienza a caminar con determinación... tiene andado gran parte del camino, y no tenga miedo de tornar atrás, aunque más tropiece, porque va comenzando el edificio en firme fundamento » (*Vida* c 11).

Nuestra primera resolución debe ser determinarnos a morir antes de cometer un pecado deliberado, por leve que sea. Por más

esfuerzos que hagamos, sin la gracia de Dios, no alcanzaremos victoria sobre las tentaciones; pero también es cierto que Dios espera que hagamos por nuestra parte algún esfuerzo para intervenir Él después con su gracia, sacándonos victoriosos de nuestra flaqueza. Esta determinación, a la vez que deshace los tropiezos que hallamos en nuestro camino, nos da mucho ánimo y fortaleza, porque nos certifica que gozamos de la amistad de Dios. Según testimonio de San Francisco de Sales, «la prueba más segura que podemos tener de estar en gracia, no consiste en que sintamos amor por El, sino en el sincero y total abandono de todo nuestro ser en sus manos, y en la inquebrantable resolución de no consentir jamás en ningún pecado, sea leve, sea grave». Esto es lo que llamamos delicadeza de conciencia, que no es lo mismo que ser escrupuloso. Lo primero es indispensable para llegar a la santidad; pero ser escrupuloso es un defecto muy dañino.

Es necesario determinarnos a escoger lo más perfecto, no sólo lo que más agrada a Dios. Hay que comenzar por una seria y determinada resolución de hacer a Dios total entrega de nosotros, renovando de vez en cuando esta misma determinación, sin pararse nunca ni decir basta.

Lo que tienes que hacer, hazlo pronto y no esperes al día de mañana. ¿Quién te prometió que mañana podrás hacerlo? Porque en la otra vida se acabó el tiempo de obrar bien y merecer; después de la muerte lo hecho, hecho está. «Hoy comienzo a servir a Dios»: este debe ser nuestro lenguaje, obrar como quien no ha hecho bien alguno hasta ahora; porque todo cuanto por Dios hacemos nada es, ya que a todo ello estamos obligados por Él. Resolvámonos, pues, todos los días a comenzar a ser todo de Dios. No nos detengamos a mirar lo que hacen los demás, y cómo lo hacen, puesto que contados son los que de verdad se dan a la santidad. Necesario es renunciar a todo para ganarlo todo. «Somos tan tardos —dice Santa Teresa— de darnos del todo a Dios, que, como su Majestad no quiere que gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos» (Vida c. 11). Y en verdad, ¿qué vale lo que podemos hacer por Jesucristo en comparación de lo que Él por nosotros ha hecho, dándonos su sangre y su vida?. «Se te dio por entero, sin reservarse nada para Sí», dice San Juan Crisóstomo. Si Él por completo se dio a

nosotros, no hay razón para que con Él tengamos reserva alguna. *Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos* (2 Co 5,15).

La meditación

El tercer medio para alcanzar la santidad es la *oración mental*. El que no medita las verdades eternas, de forma excepcional podrá llevar vida de cristiano. Al que no medita le falta la luz divina y anda entre tinieblas. Las verdades de la fe no se ven con los ojos del cuerpo, sólo los del alma las ven y las contemplan cuando las medita. Quien no medita, no las ve y anda a tientas, y envuelto en tinieblas fácilmente se aficiona a las cosas de aquí abajo con desprecio de las eternas. Además, en la oración vemos nuestras imperfecciones. «La oración —dice San Bernardo— gobierna los afectos de nuestro corazón y encamina hacia Dios nuestras obras». Pero sin meditación nos apegamos a la tierra, tras ellos van las obras, y todo anda turbado y descompuesto. Decía Santa Teresa, que el que abandona la oración «en breve se convertirá en bestia o en demonio».

Renunciar a la meditación es renunciar al amor de Jesucristo, ya que la oración es una hoguera que enciende y conserva la llama de la santa caridad. Quien no tiene frecuente oración, se priva del lazo que le une con Dios, de forma que no le será difícil al demonio, encontrándola fría y privada del amor divino, que la arrastre. Por el contrario, decía Santa Teresa, «si el alma persevera en la oración, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, al fin, tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación» (*Vida* c. 8). Y más adelante vuelve a repetir: «Y el que no deja de andar e ir adelante (en la oración), aunque tarde, llega» (*Vida* c. 19). De la meditación brotan los santos pensamientos, en ella se fortalecen los grandes deseos y se forman propósitos inquebrantables de entregarse del todo a Dios. «Si no hay mucha oración —decía San Luis Gonzaga— tampoco será mucha la perfección».

Pero no hay que ir a la oración para gustar las dulzuras del amor divino; quien este fin pretenda, miserablemente perderá el tiempo. Se debe orar sólo para agradar a Dios, es decir, para

conocer cuál es su voluntad y pedirle las gracias necesarias para cumplirla. La oración que se hace sin consuelos sensibles es la más provechosa para el alma. ¡Desventurado el que deja la oración porque no gusta de sus dulzuras! Ya Santa Teresa decía que el alma que deja la oración no necesita demonios que la arrastren al infierno, pues por sí misma se encamina a él.

En la oración mental el alma se ejercita en pensar siempre en Dios; «que el verdadero amante, en todas partes, ama y siempre se acuerda del amado», decía Santa Teresa. Por eso, las personas de oración siempre tratan de hablar de Dios y del amor que les tiene, logrando así ganar nuevos corazones a su amor.

De este ejercicio de la oración nace también el deseo de la vida solitaria, para conversar a solas con Dios y conservar el recogimiento interior aun tratando negocios exteriores necesarios. Las personas de oración deben amar la soledad y no derramarse en cosas vanas e inútiles, sino perderán el espíritu de recogimiento, que es un gran medio para tener el alma unida con Dios. *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa* (Ct 4,12). Que así debe ser el alma que es esposa de Jesucristo; huerto cerrado a todas las criaturas, que no dé entrada a extraños pensamientos que no sean de Dios y por Dios. Los corazones disipados no pueden ser santos.

¿Cómo ha de durar la caridad si no da Dios la perseverancia? ¿Cómo la dará Dios si no la pedimos? ¿Cómo la pediremos si no hay oración?... Por tanto, sin oración no hay comunicación con Dios para conservar las virtudes adquiridas ni para adquirir las perdidas. El que no medita, no advierte las necesidades de su alma, desconoce los riesgos que corre su salvación, ignora los medios que debe emplear para vencer las tentaciones; y no entendiendo la necesidad que tiene de orar, dejará la oración, y, dejándola, se perderá.

En cuanto al asunto de las meditaciones, es muy útil meditar en los novísimos: la muerte, el juicio, el infierno, el cielo. Principalmente se ha de meditar en la muerte, imaginándose estar tendido en la cama dando el último suspiro, abrazado con el Crucifijo y próximo a franquear las puertas de la eternidad. Pero para un verdadero amante de Jesucristo, que debe ir siempre creciendo en su amor, no hay pensamiento más eficaz que meditar

en la Pasión del Redentor: *Me amó y se entregó a la muerte por mí* (Ef 5,2). Las llagas del Crucificado de continuo están despidiendo flechas de amor, que van a herir los corazones, aunque sean más duros que la piedra.

La Comunión frecuente

El cuarto medio para alcanzar la santidad y perseverar en la amistad de Dios es comulgar con frecuencia. «Ayuda más poderosa para alcanzar la perfección no encuentro yo como comulgar con frecuencia», decía Santa Teresa. La Eucaristía es remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales. Da al alma inclinación a la virtud y facilidad grande en practicarla, a la vez que le infunde una gran paz interior. Y, sobre todo, inflama en el amor divino, al darse Jesucristo por entero a nosotros y estrecharnos a Él con cadenas de santo amor. Por eso dijo San Juan de Avila: «Oficio de demonios es alejar a las almas de la santa comunión».

Importa mucho acercarnos al banquete eucarístico convenientemente preparados. La primera preparación es abstenerse de todo pecado deliberado. Segundo, ejercitarse mucho en la oración mental, y tercero, mortificar los sentidos y pasiones. Es necesario, además, para que la Santa Comunión cause maravillosos efectos, que después de comulgar gastemos largo rato en acción de gracias. «El tiempo que corre después de la Comunión es tiempo de hacer fortuna y acumular tesoros de gracia para el cielo», decía San Juan de Avila. No hay tiempo más a propósito para inflamarse en el fuego de caridad como el tiempo que sigue a la Comunión. «No suele su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje», decía Santa Teresa.

Cuando el confesor exhorta a ciertas almas desanimadas a comulgar con más frecuencia, responden: —*Pero, Padre, si soy indigna*—. Pero, ¿no sabes que mientras menos veces comulgues, más indigna te haces de este divino manjar? Porque no comulgando, los defectos crecen y disminuyen las fuerzas. Las imperfecciones, cuando no son voluntarias, no estorban para comulgar. —*Sí, pero en el pasado he vivido una mala vida*— Y ¿no sabes que el que más enfermo está, mayor necesidad tiene de

médico y remedio? Pues Jesús en el Santísimo Sacramento es médico y medicina. Jesucristo quiere ser deseado. «Tiene sed de que de Él tengamos sed», dice San Gregorio Nacianceno. Y por cierto que sólo este pensamiento: hoy he comulgado, mañana tengo que comulgar, trae al alma en vela para no caer en faltas y buscar en todo la voluntad de Dios. —*Qué quiere, Padre, no siento fervor*— Si hablas de fervor sensible, ten entendido que no es necesario, ni Dios lo da siempre; basta tener el fervor que supone una voluntad resuelta a entregarse del todo a Dios y a ir creciendo en amor divino. El que se abstiene de comulgar por no sentir la devoción que quisiera, se parece al que no se acerca al fuego por estar frío.

Ayuda también mucho para alimentar en el alma el fuego del amor el hacer muchas veces al día la Comunión espiritual, tan recomendada a todos los fieles por el Concilio de Trento. «La Comunión espiritual consiste —según Santo Tomás— en un ardiente deseo de recibir a Jesús Sacramentado». El modo de hacerla es decir: *Creo, Jesús mío, que realmente estáis en el Santísimo Sacramento del altar; os amo y deseo recibiros; venid a mí; me abrazo estrechamente contigo, y os suplico que no permitáis que jamás me separe de ti*. Esta Comunión espiritual se puede hacer muchas veces al día.

La oración

¿Qué mayor prueba de amor puede dar un amigo a otro para decirle: pídemme, amigo mío, cuanto quieras, que yo te lo daré? Esto es lo que nos dice el Señor: *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis* (Mt 7,7). El que ora a Dios, cuanto quiere alcanza. «Si de tu parte no falta la oración, ten por seguro que tampoco apartará Dios de ti su divina misericordia», dice San Agustín. Si somos pobres en gracias y virtudes, culpa nuestra es. ¿Qué compasión no nos dará un mendigo que teniendo un señor muy rico y poderoso, dispuesto a concederle cuanto quiera, a condición de que se lo pida, y él por no pedir lo que tanto necesita quiere vivir en perpetua miseria? *Rico es el Señor para todos los que le invocan* (Rm 10,12).

La oración no sólo es útil, sino necesaria para alcanzar nuestra eterna salvación. La razón es sencilla: sin el auxilio de la

gracia es imposible alcanzar la salvación; y este auxilio Dios solamente lo concede al que se lo pide. Y como las tentaciones y peligros son continuos, continua ha de ser también nuestra oración. Nos lo ha dicho Cristo Nuestro Señor: *Es preciso orar siempre y no desfallecer* (Lc 18,1). El Señor quiere darnos sus gracias, pero quiere que le forcemos e importunemos con nuestros ruegos; como es bondad infinita quiere dispensarnos sus beneficios y, cuando se ve importunado por un alma, es tanto el gozo que recibe, que en cierto modo le queda obligado.

Si queremos pues perseverar hasta la muerte en la gracia de Dios es preciso que andemos siempre pidiéndole que nos socorra: ¡Jesús mío, misericordia! ¡No permitáis que tenga la desgracia de separarme de ti! ¡Ayudadme, Dios mío! ¡Ven, oh Dios, en mi ayuda! Señor, apresúrate a socorrerme! Este tiene que ser nuestro grito, sobre todo, en tiempo de tentación; no obrar así es caminar al precipicio.

Debemos tener gran confianza en la oración porque nos lo ha prometido Dios: *Pedid y recibiréis* (Jn 16,24). «Empeñando su palabra —dice San Agustín— se hizo deudor nuestro». Cuando encomendamos a Dios nuestra necesidad, es preciso que tengamos confianza cierta de ser escuchados y de alcanzar cuanto pedimos: *Todo cuanto pidieréis, creed que lo recibiréis y se os dará* (Mc 11,24). Pero dirá alguno: *Yo soy pecador y no merezco ser oído*. A lo que responde Jesús diciendo: *Todo el que pide, recibe* (Lc 11,10). Dice *todo* sin excepción, sea justo o pecador. La eficacia de la oración no se apoya en nuestros merecimientos, sino en la misericordia de Dios, que se ha comprometido a oír a quien le pide. Y para quitar a nuestras oraciones toda sombra de temor, nos dice Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo, que cualquier cosa que pidieréis al Padre en mi nombre os la concederá* (Jn 16,23). Pero notemos aquellas palabras *en nombre mío*, o lo que da lo mismo, en nombre del Salvador, que es como decir que las gracias que pedimos han de ser aquellas que miran a nuestra eterna salvación; y por eso hemos de advertir aquí que no entran en la promesa divina los favores temporales; estos, cuando son útiles a la salvación eterna, Dios los concede; y cuando no, los niega. Por lo mismo, cuando pedimos gracias temporales, hemos de pedir las bajo condición, y en cuanto han de servir de ayuda a nuestra alma;

pero si se trata de alcanzar gracias espirituales, ya no debe haber condición, sino confianza, y confianza cierta, diciendo: Padre eterno, en nombre de Jesucristo, libradme de esta tentación; dame la santa perseverancia, abridme las puertas del cielo...

En fin, cuando oremos a Dios, no nos olvidemos de encomendarnos también a María, dispensadora de todas las gracias. «Dios —dice San Bernardo— es quien da la gracia, pero la concede por mano de María. Busquemos la gracia, pero busquémosla por María». Si María ruega por nosotros, estemos seguros de ser oídos, porque sus oraciones son siempre de Dios bien acogidas y jamás quedan desatendidas.

Afectos y peticiones

¡Oh Jesús, amor mío!, quiero santificarme para complacerte a Ti y amaros mucho en esta y en la otra vida. Yo nada puedo, pero Tú que queréis sea santo, lo podéis todo. Siento ya, que por efecto de vuestra gracia, mi alma suspira por Ti y a nadie busca sino a Ti. No quiero seguir viviendo para mí; queréis que sea todo vuestro, y yo también lo quiero. Tú eres bondad infinita, que tanto me habéis amado; sois amante excesivo y amable. ¿Cómo, pues, podré yo amar a otro sino a Ti? A todos los bienes del mundo antepongo vuestro amor. No desconfío de llegar a la santidad, aunque en los años pasados os he ofendido, porque sé muy bien que si habéis muerto es para perdonar al pecador que se arrepiente. Os amo ahora con todo mi corazón y mi mayor dolor es haberos ofendido. Ya no quiero ser más mío, sino vuestro. Disponed de mi como os plazca. Acepto, por complaceros, cuantas tribulaciones queráis enviarme: enfermedades, dolores, angustias, pobreza, persecuciones y desconsuelos; todo lo acepto para daros gusto. Acepto también la muerte que queráis enviarme, con todas las cruces que la han de acompañar; bástame que me concedáis la gracia de amaros con todo mi corazón. Ayuda y fuerza os pido para que pueda reparar, en los días que me restan de vida, las amarguras que en lo pasado os he causado.

¡Oh Reina del Cielo y Madre de Dios, abogada poderosa de los pecadores, en ti pongo mi confianza!

EL QUE AMA A JESUCRISTO NO SE ENSOBERBECE CON SUS BUENAS CUALIDADES, SINO QUE SE HUMILLA Y SE COMPLACE EN VERSE DE LOS DEMÁS HUMILLADO

La caridad no es jactanciosa

El fundamento: la humildad

El soberbio es como un globo lleno de aire, que a sí mismo se considera cosa grande, pero de hecho su grandeza se reduce a un poco de viento; roto el globo, todo se desvanece. Quien ama a Jesucristo es verdaderamente humilde y no se engríe con sus cualidades personales, porque sabe que cuanto tiene es don de Dios; y de sí, si algo tiene, es la nada y el pecado. Por consiguiente, cuanto más señaladas mercedes recibe de Dios, más se humilla al considerarse tan indigno y a la vez tan favorecido de Dios.

Hablando Santa Teresa de las singulares gracias que de Dios recibía, dijo: «Dios las tiene conmigo, como se hace con una casa que se apuntala cuando amenaza ruina». Cuando un alma recibe una visita amorosa de Dios sintiendo en sí lágrimas y gran ternura de corazón, guárdese muy bien de creer que todo aquello es recompensa y premio de sus buenas obras, humíllese entonces más y tenga por cierto que si Dios la regala, es para que no le abandone. Por el contrario, si por tales mercedes se dejase llevar de la vanidad, juzgándose más favorecida porque es más fiel que

los demás en el servicio de Dios, esta falta de humildad sería suficiente para que la privase de sus favores y regalos.

Dos son las cosas más necesarias para conservar una casa: el fundamento y el techo. El fundamento en el edificio de nuestra santidad debe ser la humildad, reconociendo que nada somos y que nada valemos. Y el techo, el favor de Dios en el cual únicamente hemos de confiar. Cuanto más favorecidos nos veamos de Dios más debemos nosotros humillarnos, porque cuanto más indigna se confiesa un alma, tanto más Él la enriquece de gracias.

Cuando un alma se duele de verdad de haberle ofendido, olvida Él todas las injurias que recibió: *Si el impío hiciere penitencia de todas cuantas maldades cometió, Yo no me acordaré más* (Ez 18,21). «No penséis haber dado un paso en el camino de la perfección —decía Santa Teresa— si no os tenéis por el último de los hombres y no apetecéis ser pospuesto a todos ellos».

El soberbio fiase de sus fuerzas y por eso cae; mientras que el humilde, porque confía sólo en Dios, aunque le asalten las más vehementes tentaciones, se mantiene firme y no sucumbe.

No basta sentirse en poco. Quien va diciendo que es el mayor pecador del mundo y, apenas los otros le menosprecian, se indigna, da a entender que su humildad es pura palabrería, más no de corazón. Según San Ignacio de Loyola: «La humildad consiste en gozarse de cuanto resulta en nuestro propio desprecio». Notar que dice *gozarse*; porque aun cuando sintamos resistencia cuando nos desprecian, por lo menos en espíritu, debemos alegrarnos.

Y ¿cómo es posible que un alma que ama a Jesucristo no se goce en los desprecios, viendo a su Dios y Señor aguantando las bofetadas y salivazos en su rostro durante su Pasión? Se apareció un día el Señor con la Cruz a cuestas a San Juan de la Cruz y le pregunto qué deseaba; y el santo respondió: «Padecer, Señor, y ser por tu causa despreciado».

¿Qué hemos de pensar de una persona que ora, ayuna, se mortifica, pero no acaba de sobrellevar con tranquilidad una afrenta o una palabra que le hiere? Que es, ni más ni menos, como caña hueca, vacía de humildad y de virtud. «Pues tanto horror tienes —dice Tomás de Kempis— a las humillaciones, señal es de que no

estás muerto al mundo, ni eres humilde, ni tienes a Dios ante tus ojos. Quien a Dios no tiene siempre delante, a la menor palabra de censura que oye se turba y pierde la paz». No tienes valor para sufrir por Dios bofetadas y heridas, soporta al menos una palabra que te mortifica.

¡Cuánto bien hace un alma que a los desprecios responde con palabras de bondad, para aplacar al ofensor, o no responde, ni se lamenta con los demás, sino que permanece con rostro sereno, sin rastro alguno de amargura!

Lo que dicen los otros será oído; lo que dices tú, no será atendido; pedirán los otros y recibirán; pedirás tú y no recibirás; otros serán muy honrados, de ti no se tendrá cuenta; a los otros encargarán éste o aquel negocio; tú serás tenido por hombre sin provecho. Por estas pruebas hace pasar Dios a sus servidores para ver hasta dónde llega el renunciarse a sí mismo.

A los humildes los llama Jesucristo bienaventurados; pero no tiene Él por tales a los que el mundo estima, alaba y honra por sus cualidades, saber o autoridad, sino a los aborrecidos, perseguidos y calumniados por el mundo. *Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldigan y os persigan, y digan con mentira toda suerte de injurias contra vosotros; alegraos entonces y gozaos, porque grande es la recompensa que en los cielos os aguarda* (Mt 5,11).

Dejarse corregir

De especial manera debemos practicar la humildad cuando nos corrijan de algún defecto. Personas hay que se parecen a los erizos; mientras no se les toca, parecen apacibles y mansos; pero en cuanto les dicen que esto y aquello está mal hecho, de pronto enseñan todas sus púas, responden con destemplanza, diciendo que no es verdad lo que se dice, o qué razón sobrada han tenido obrar así; que no hay para que amonestarles de aquella manera; en una palabra, miran como a enemigo a quien les reprende, imitando a los que se irritan contra el médico porque les hace sufrir al curarles la llaga. El humilde, cuando le corrigen, llora el error cometido. El soberbio, cuando es reprendido, gime también, pero

gime porque aparece su pecado; por eso pierde la serenidad, por eso responde y se revuelve contra el que lo amonesta.

He aquí la excelente regla de conducta que dio San Felipe Neri para cuando uno se ve acusado: «El que verdaderamente quiere hacerse santo no debe jamás excusarse, aun cuando sea falsa la imputación que le hacen». Solamente esta regla padece una excepción, y es cuando la defensa se juzga necesaria para atajar un escándalo. Con no excusarse comienza a conquistarse la libertad de espíritu, sin cuidarse después si hablan bien o mal de él.

Afectos y peticiones

¡Oh Verbo encarnado! os ruego, por los méritos de vuestra santa humildad que os hizo abrazar tantas injurias por amor nuestro, que me libres de la soberbia y me comuniquéis una partecita de vuestra humildad. Quisiera, por amor vuestro, verme despreciado y abandonado de todos, pero sin Ti nada puedo. Os amo, y propongo sufrir por Ti afrentas, persecuciones, traiciones, dolores, sequedades y desamparos. Dadme deseo de complaceros, fervor para amaros, paz en los trabajos y en todas las adversidades, resignación y paciencia. También lo espero todo de ti, Reina y Madre mía, María, refugio de pecadores.

EL QUE AMA A JESUCRISTO SÓLO AMBICIONA POSEER A JESUCRISTO

La caridad no es ambiciosa

Huir de las alabanzas

El que ama a Jesucristo no busca la estima de los hombres; su único deseo lo tiene puesto en gozar de Dios, su único amor. Muchas personas hay que parecen santas, pero son al propio tiempo idólatras de su propia estimación; exteriormente aparentan mucha virtud, pero interiormente ambicionan ser alabadas de todos por lo que hacen y, a falta de quien las alabe, se alaban a sí mismas, queriendo parecer mejores que las demás. Y si por ventura les hieren la honra propia, pierden la paz, descuidan sus devociones y no descansan hasta haber recobrado el buen nombre, que creyeron perdido. Muy de otra manera obran los que verdaderamente aman a Dios, que no sólo evitan decir palabras que aumenten su propia estima, sino que se entristecen cuando otros los alaban, y se gozan cuando son tenidos en poco en el concepto de los hombres.

Razón le sobraba a San Francisco de Asís cuando decía: «Tanto soy y no más de cuanto soy delante de Dios.» ¿Qué importa ser tenido en mucha estima de los hombres, si a los ojos de Dios somos menospreciables criaturas? ¿Qué nos va, por el contrario, en ser por el mundo despreciados, si a los ojos de Dios somos agradables y muy queridos? «Ni las alabanzas de adulador

remedian el mal estado de nuestra conciencia, ni las deshonras de los calumniadores son poderosas para herir la propia conciencia» (San Agustín). ¿Qué más da ser culpado de los hombres, si delante de mi Creador estoy sin culpa? Si nos tenemos por malos, ¿por qué pretendemos que los otros nos tengan por buenos?

¡Cuánta seguridad encuentran en la vida oscura y retirada los que de corazón quieren amar a Jesucristo! Ejemplo de esto nos ha dado Él mismo viviendo por espacio de treinta años oculto y olvidado en un taller. El gusto de aparecer ante los hombres y de que se hable bien de nosotros, es un mal que, haciéndonos olvidar a Dios, corrompe nuestras acciones más puras, y es el vicio más dañoso a nuestro adelantamiento espiritual.

Para ello, pasar inadvertido

El que quiera, pues, adelantar en el amor a Jesucristo debe ahogar en su corazón el amor al prestigio y gloria del mundo. Pero ¿cómo dar el golpe de muerte a la propia estimación? No hay mejor medio que ocultarse para no ser conocido de nadie, evitando ser tenidos en algo a los ojos de los hombres. Y, sobre todo, evitando mandar y dominar a los demás. Prefería Santa Teresa que ardiese el monasterio con todas las religiosas antes de ver entrar en él tan maldita ambición. Y tenía mandado que si una religiosa ambicionase ser superiora, fuese arrojada del monasterio. La honra y gloria que debe apetecer una persona de espíritu, no debe ser otra que el verse pospuesta a todos y tener horror de ser preferida a las demás. *Cada uno, por humildad, mire como superiores a los otros* (Flp 2,3), como decía San Pablo. En una palabra: el que ama a Dios, fuera de Él nada debe ambicionar.

Afectos y peticiones

¡Oh Jesús mío!, poned en mi corazón la noble ambición de daros gusto, y haced que me olvide de todas las criaturas y de mí mismo. ¿De qué me sirve ser amado de todo el mundo si no lo soy de Ti, único amor de mi corazón? En vuestras manos pongo todo cuanto tengo y cuanto soy, y no deseo más que amaros y complaceros. Esta es mi única ambición. Destruid en mí toda

ambición de bienes terrenales. Quiero ser del todo vuestro. Queréis que sea santo, Tú puedes hacer que lo sea, en Ti confío. En vuestra protección también confío, soberana Madre de Dios, María.

EL QUE AMA A JESUCRISTO DESPRENDE SU CORAZÓN DE TODO LO CREADO

La caridad no es interesada

Amarle sobre todas las cosas

El que de todo corazón quiere amar a Jesucristo debe vaciarlo de todo lo que, no siendo Dios, nace del amor propio. Esto significa *no buscar sus intereses*, olvidarse de sí, no buscar más que a Dios. Esto mismo pide el Señor de cada uno de nosotros cuando dice: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón* (Mt 22,37). Dos cosas son necesarias para amar al Señor de todo corazón: vaciarlo de todo lo terreno y llenarlo de su santo amor. «La parte de amor que damos a las criaturas —dice San Felipe Neri— se la arrebatamos a Dios.» Pero, ¿cómo se purifica el corazón de las cosas de la tierra? Por la mortificación y desprendimiento de las criaturas.

El engaño de algunos está en que quieren hacerse santos, pero a su manera; quieren amar a Jesucristo, pero siguiendo sus gustos, sin renunciar a sus diversiones, sin dejar el lujo y los placeres. Aman a Dios, pero si no logran tal empleo, viven en perpetua turbación; y pierden la paciencia si no curan si están enfermos. Aman a Dios, pero no muere en ellos el deseo de riquezas, honores, de ser tenidos por sabios y de mejor condición que los demás. Estas personas rezan y comulgan, pero por estar su corazón llenos de gustos terrenos, no sacan provecho. Estos son incapaces de oír al Señor, y así se lo dijo un día a Santa

Teresa: «A muchas almas hablaría Yo, pero el mundo a sus oídos les hace tanto ruido, que no pueden percibir mi voz». El que tiene su corazón lleno de cosas mundanas, se hace incapaz de oír las amorosas voces del Señor que le llama. ¡Qué fácil es que, cegado por ellas, deje de amar a Jesucristo, y por no perder los bienes pasajeros de esta vida pierda en la eternidad el bien infinito que es Dios. «Justo es —dice Santa Teresa— que el que anda perdido por los bienes del mundo se pierda él en ellos.»

Tiberio César, según refiere San Agustín, quería que Jesucristo fuese contado en el número de los dioses del imperio; pero el Senado se negó a admitirlo, diciendo que era un Dios soberbio, que sólo quería para sí las adoraciones, sin admitir compañía. Y decía verdad; quiere ser Dios adorado y amado sin rival, no por orgulloso, sino porque lo merece, y por el amor que nos tiene. Como Él nos ama con amor infinito, quiere todo nuestro amor, y por esto no puede tolerar que otros compartan con Él un corazón que por entero lo quiere para sí. ¿Por ventura no merece Jesucristo todo nuestro amor?

Muchos hay que quieren verse libres de los lazos que los tienen cautivos a la tierra, para volar a Dios, y de hecho volarían muy alto en la santidad, si se desprendiesen por entero de las criaturas, pero porque conservan en su corazón alguna aficioncilla desordenada que no se esfuerzan en romper, andan gimiendo siempre y lamentándose sin alzarse un palmo sobre la tierra de sus miserias. Dice San Juan de la Cruz: «Cualquiera de estas imperfecciones en que tenga el alma asimiento y hábito, es tanto daño para poder crecer e ir adelante en la virtud... Porque ¿qué más da que un ave este atada a un hilo delgado que a uno grueso? Porque aunque sea delgado, asida estará a él en tanto que no lo quebrare para volar... Por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, asimiento o afición, nunca pueden llegar al puerto de la unión perfecta, que no estaba más que en dar un buen vuelo y acabar de romper aquel hilo de asimiento... Es mucho de sentir que Dios les haya hecho romper otros cordeles más gruesos de pecados y vanidades, y por no desasirse de una niñería... dejan de ir adelante y llegar a tanto bien» (*Subida al Monte Carmelo* c 11).

El alma que quiere tener a Dios por suyo debe darse a Dios, de suerte que pueda cantar con la Esposa: *Mi amado todo para mí*,

y yo toda para mí amado (Ct 2,16). Jesucristo, por el amor que nos tiene, quiere todo nuestro amor, y no está satisfecho si no lo tiene todo entero. Es necesario, pues, pedir a Dios, como David: *Crea en mí, oh Dios, un corazón puro* (Sal 50,12). De no hacerlo así, jamás seremos del todo suyos: *El que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo* (Lc 14,33). Por eso los antiguos Padres del desierto, cuando venía un joven a ponerse debajo de su obediencia, comenzaban por preguntarle: «¿Traes, hijo, corazón vacío, para que lo pueda llenar el Espíritu Santo?». Es necesario decir al Señor con ánimo esforzado y generoso: Os prefiero, Señor, a todo otro bien: a la salud, a las riquezas, a las alabanzas, a la ciencia, a las consolaciones espirituales y aun a las gracias que de Ti pudiera recibir. Dadme los dones que queráis, pero sólo a Ti quiero.

Un corazón vacío de aficiones terrenales, pronto lo colmará Dios. Porque el corazón humano no puede vivir sin amar, o se inclina al Creador, o a las criaturas. Para conquistar el todo hemos de dejarlo todo. Perder los bienes de la tierra, que pronto se acaban y no llenan el corazón, para conquistar el sumo y eterno bien que es Dios.

Se cuenta que, paseando cierto día un anacoreta en el desierto, se encontró con el príncipe que andaba de caza. El príncipe le preguntó quién era y qué hacía, a lo que respondió el anacoreta: «Y vos, señor, ¿qué venís buscando por este desierto?» Contestó el príncipe: «Yo ando a caza de animales» «Pues yo —replicó el anacoreta— voy a caza de Dios.» Y dicho esto prosiguió su camino. Esto es lo que nos debe interesar: ir en busca de Dios, para amarle y averiguar su voluntad para cumplirla, desechando todas las criaturas de nuestro corazón.

¿Qué son las grandezas y riquezas del mundo, sino humo y vanidad, que con la muerte desaparecen? Dichoso aquel que con verdad puede decir: «Todo, Dios mío, lo he dejado por amarte; Tú sólo eres mi amor y Tú sólo me bastas.»

«Cuando una casa es presa de las llamas se arrojan todos los muebles por la ventana» —decía San Francisco de Sales—; es decir, que cuando un alma se entrega totalmente a Dios, entonces procura despojarse de todos los apegos del mundo. El amor de Dios es como un ladrón que felizmente nos despoja de todo, para

dejarnos en posesión de solo Dios. *Aunque el hombre, en recompensa de este amor, dé todas las riquezas de su casa, lo reputará en nada* (Ct 8,7). El amor de Dios, cuando se apodera de un corazón, lo embriaga y lo saca tan fuera de sí que le hace olvidar todo lo creado. El hombre embriagado está como muerto y sin sentido, no ve, no oye, no habla; así le acontece al alma embriagada en el amor de Dios, ha como perdido el gusto para las cosas terrenales, y todo su afán es amar y complacer a Dios. ¿para qué riquezas, dignidades y bienes del mundo? Tú, Dios mío, sois todo mi bien, mi herencia y mi tesoro.

Para llegar, pues, a la perfecta unión con Dios es necesario un total desprendimiento de las criaturas; y concretando, lo primero que debemos hacer es despojarnos del afecto desordenado a los parientes. *Si alguno quiere venir en pos de Mí y no aborrece a su padre y a su madre, a los hijos y a los hermanos y hermanas, y también a su propia vida, no puede ser mi discípulo* (Lc 14,25). Si un joven es llamado por Dios a la vida religiosa, y sus padres se oponen, está obligado a obedecer a Dios, y no a los padres. Pero dirá alguno: ¿no puede salvarse este joven sin entrar en la vida religiosa? ¿Acaso se condenan todos los que viven en el mundo? A esto he de responder que los que no son llamados por Dios a la vida religiosa, cumpliendo con las obligaciones de su estado, se salvarán en el mundo; pero los llamados por Dios y que no obedecen a sus llamamientos, podrán sin duda salvarse, pero difícilmente se salvarán porque les faltarán los auxilios especiales que Dios les tenía preparados en la vida religiosa. El que no obedece al divino llamamiento está en la Iglesia como un miembro dislocado, que no sin grandes trabajos podrá hacer su oficio y alcanzar, por consiguiente, su salvación. Aunque se puede salvar, lo hará con muchísima dificultad.

En este negocio de la vocación, no ha de consultarse a los parientes, porque en esto no son amigos, sino enemigos. Tampoco están obligados a pedir su consentimiento, sobre todo, si hay fundadas sospechas de que injustamente les negarán la petición, o que pondrán trabas a su vocación. Santo Tomás de Aquino, San Pedro de Alcántara, San Francisco Javier y muchos otros más entraron en la vida religiosa sin previo conocimiento de sus padres.

Lo que más importa es desasirnos de nosotros mismos, es decir, de nuestra propia voluntad. Quien se vence a sí mismo, fácilmente vencerá las demás repugnancias. «Véncete a ti mismo», tal era el consejo que San Francisco Javier solía dar a todos. Y Jesucristo dijo: *El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo* (Mt 16,24). En esto está cuanto debemos hacer para llegar a la santidad, negarnos a nosotros mismos y no seguir la propia voluntad. *No corras detrás de tus apetitos y pasiones y sepárate de tu voluntad propia* (Si 18,30). Si todos los hombres hiciesen guerra a su propia voluntad ninguno se condenaría. Tal es la malicia de la propia voluntad, que aun las buenas acciones las hace defectuosas. ¡Desventurado aquel que vive esclavo de su propia voluntad! Anhelará tener muchas cosas, que nunca podrá alcanzar; querrá, por el contrario, huir de las cosas que le mortifican, y no podrá y tendrá que pasar por ello. *¿De dónde nacen las riñas y peleas entre vosotros? ¿No es por ventura de vuestras pasiones, las cuales hacen guerra en vuestros miembros? Codiciáis y no lográis* (St 4,1). La primera guerra la levanta el apetito de goces sensuales; apartémonos de las ocasiones, mortifiquemos los ojos, encomendémonos a Dios, y el combate cesará. La segunda tiene su origen en el ansia de riquezas; abracémonos con la pobreza y cesará la guerra. La tercera nos viene de la ambición de ser estimado; amemos la humildad y la vida escondida, y no habrá más guerra. La cuarta y más desastrosa batalla es la que nos presenta la voluntad propia; resignémonos en todo lo que nos sobrevenga de Dios y cesará la guerra. Cuando se ve a una persona con semblante turbado y triste, no tiene otra causa —dice San Bernardo— que el no poder dar gusto y contento a su voluntad. Es necesario amar a Dios como Él quiere que le amemos, no como a nosotros se nos antoje. Dios quiere nuestra alma despojada de todo, para poderla unir consigo y colmarla de su santo amor. Todo lo quiere para Sí.

Muchas personas espirituales quisieran llegar a la unión con Dios, pero como no aceptan las contrariedades que Dios les envía, nunca la alcanzarán. Las adversidades, desprecios, padecimientos, tentaciones... y todo lo que nos es contrario, son cosas sumamente necesarias para que, combatiendo contra nosotros mismos, las convirtamos por amor de Dios de amargas en suaves y deleitosas,

llegando así a la unión con Él. San Juan de la Cruz dice que «le es necesaria al alma para llegar a la divina unión con Dios, pasar esta noche oscura de mortificación, de apetitos y negación de los gustos de todas las cosas... y para mortificar y apaciguar las cuatro pasiones naturales... procure siempre inclinarse, no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido, no andar buscando lo mejor de las cosas sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez y pobreza».

En definitiva, quien ama verdaderamente a Jesucristo tiene todo su afán en agradarle en todo tiempo, en todo lugar y en toda ocasión. Para alcanzarlo debemos de continuo estar en guardia sobre nuestro corazón y purificarlo de todo otro amor que no sea por Dios. ¿Qué debe hacer para ser todo de Dios?: 1º, Evitar cuanto le desagrada a Dios y hacer lo que más le agrada; 2º, aceptar sin excepción cuanto venga de su mano, por desagradable y dificultoso que sea, y 3º, entre la voluntad de Dios y la suya, dar siempre la preferencia a la de Dios.

Afectos y peticiones

¡Oh Dios mío y mi todo! A pesar de mis ingratitudes y negligencias, seguís convidándome con vuestro amor. Ya no quiero resistir por más tiempo. Para ser todo vuestro no quiero vivir más para mí mismo. Mi alma está enamorada de Ti y por Ti sólo suspira. Y ¿cómo pudiera amar otra cosa después de haberos visto morir de dolor en una cruz por salvarme? ¿Cómo podría no amaros con todo mi corazón? Dadme fuerza y valor para seros siempre fiel, que conozca lo que debo sacrificar en mí, y añadid a mi voluntad fortaleza para que os obedezca en todo. Venid Jesús mío y tomad posesión de cuanto soy y tengo, de todos mis sentimientos y afectos. Con poseerte a Ti tengo bastante. ¡Oh María, Madre de Dios! Obtenedme la santa perseverancia.

EL QUE AMA A JESUCRISTO NO SE IRRITA CONTRA EL PRÓJIMO

La caridad no se irrita

Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29). Nuestro amado Redentor fue llamado *Cordero de Dios*, no sólo por el sacrificio que había de consumir en la cruz para satisfacer por nuestros pecados, sino también por la mansedumbre que manifestó en toda su vida, y sobre todo, en el tiempo de la Pasión. Cuando en casa de Caifás recibió la bofetada que le descargó el ministro del Pontífice, tratándole a la vez de imprudente, diciéndole: *¿Así respondes al Pontífice?*, Jesucristo mansamente respondió: *Si hablé mal, muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?* (Jn 18,22-23). Esta mansedumbre la siguió ejercitando hasta la muerte, y estando pendiente de la cruz, cuando le blasfemaban y escarnecían, Él pedía al eterno Padre que los perdonase: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen* (Lc 22,34).

¡Qué agradables son a Jesucristo los corazones mansos, que aunque les afrenten y les hagan burla, los calumnien y maltraten, no se irritan ni contra los que les injurian, ni contra los que les persiguen! Les está prometido de modo especial el paraíso: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* (Mt 5,4). La posesión de este reino eterno les está reservada y no a los orgullosos, que se complacen en la estimación del mundo. Los mansos, además, en este mundo disfrutarán de anticipada paz. Los santos, lejos de alimentar rencor contra quien les persigue, les

cobran más amor, y en premio de su paciencia les concede el Señor su paz interior. «Con las personas que decían mal de mí — escribe Santa Teresa— no sólo no estaba mal con ellas, sino que me parece que les cobraba amor de nuevo». Tan grande mansedumbre no puede haber sino en un alma humilde, hasta el punto de tenerse por merecedora de todo desprecio y deshonra. Los orgullosos, al contrario, tienen formado de sí muy buen concepto y se creen dignos de todo honor, son siempre iracundos y vengativos.

Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones en Cristo Jesús (Flp 4,7). Pero para obtener esta paz es necesario estar como muertos en el Señor. Un muerto, por más que le maltraten y pisoteen, no siente nada; pues así el manso y humilde de corazón, estando como muerto, debe pasar por todos los desprecios que le sobrevengan. Quien ama de corazón a Jesucristo, pronto llega a este estado, porque conforme en todo con la voluntad de Dios, acepta con la misma paz y ánimo igual las cosas prósperas como las adversas, las consolaciones como las aflicciones, las injurias como las alabanzas. Ésta era la manera de obrar de San Pablo, y por eso decía: *Estoy rebosando de gozo en medio de todas mis tribulaciones (2 Co 8,4).* Feliz y mil veces dichoso quien alcanza este grado de perfección; goza de una continua paz. ¿Qué vale todo el mundo comparado con la paz de corazón? ¿Qué valen todas las riquezas cuando el alma vive inquieta y no hay paz en el corazón?

En suma, para vivir siempre unidos con Dios preciso es que hagamos todas las cosas con tranquilidad, sin desazonarnos por cualquier adversidad que nos sobrevenga. No habita el Señor en los corazones turbados. San Francisco de Sales nos enseña: «Jamás os dejéis dominar de la cólera ni le abráis con ningún pretexto la puerta de vuestro corazón, porque una vez introducida en él no está ya en vuestra mano arrojarla cuando os plazca, y ni aun ponerle freno.»

Los remedios contra la cólera son: 1º, combatirla al punto y distraer la mente con otra cosa sin réplica alguna; 2º, imitar a los apóstoles que, cuando vieron el mar agitado por la tormenta, recurrieron a Dios, que puede amansar los ímpetus del corazón; 3º, si por flaqueza habéis dejado penetrar la ira en vuestro corazón,

esforzaos por recobrar la calma y procurad después ejercitaros en actos de humildad y mansedumbre con la persona contra la cual os enojasteis. Todo esto hay que hacerlo con suavidad y sin violencia, porque es cosa que mucho importa no empeorar la llaga. Decía San Francisco de Sales que él tuvo que trabajar durante toda su vida para vencer dos pasiones que más le dominaban: la cólera y el amor a las criaturas. Para sofocar la pasión de la ira necesitó doce años de lucha para someterla; en cuanto al amor a las criaturas, venció esta pasión dirigiendo hacia Dios todos sus afectos. Y por este camino vino el santo a gozar de una paz interior tan cumplida, que aun por de fuera se vislumbraba, con el rostro sereno casi siempre y con la sonrisa en los labios.

Cuando uno, en la contradicción, se siente agitado y colérico, se imagina hallar la paz y el sosiego desfogando la ira con acciones o a lo menos con palabras; pero se engaña porque, después de haberse dejado llevar de la ira, se hallará más turbado que antes. La ira suele dominar al que ama tibiamente a Jesucristo; mas en el corazón del que ama verdaderamente a Dios, si entra por sorpresa, pronto es arrojada. No queriendo más que lo que Dios quiere, tiene siempre lo que desea, y por eso vive tranquilo y siempre igual de ánimo. La voluntad de Dios lo tranquiliza en todas las adversidades que le suceden, y a todos sin excepción trata con mansedumbre.

No es medio muy a propósito, para extinguir el fuego de ira encendido en el pecho del prójimo, una respuesta también inflamada en ira, porque fuego con fuego no puede extinguirse. Replicará alguno que no es de sentido común usar de cortesías y afabilidad con un imprudente que sin razón te ofende. A eso responde San Francisco de Sales «que debemos ejercitarnos en la mansedumbre, no sólo en lo que es lo razonable, sino también en lo contrario a ella.»

En estos casos hemos de procurar responder con blandura, que este es el modo de extinguir el fuego. *Porque la respuesta blanda quebranta la ira* (Pr 15,1). Y cuando el ánimo está turbado no hay mejor cosa que callar. Porque ofuscada la vista por la ira, no ve cosa derecha, pues la pasión es como un velo que se pone ante los ojos e impide discernir lo falso de lo verdadero. Cuando nos sintamos turbados, lo más seguro es callar, reservando la

respuesta para ocasión más oportuna, cuando el corazón esté ya tranquilo y reposado.

Mansedumbre también para cuando nos corrigen, señal de que vamos aprovechando en la santidad. Mansos también con nosotros mismos. Nos tienta el demonio y nos quiere hacernos creer que es cosa conveniente airarnos contra nosotros mismos cuando caemos en pecado; pretende con ello inquietarnos para que seamos incapaces de hacer cosa de provecho. «Tened por cierto —decía San Francisco de Sales— que cuantos pensamientos nos turban o inquietan, no vienen de Dios, que es príncipe de la paz, sino del demonio, o del amor propio, o de la estima que a nosotros nos tenemos. Por tanto, cuando nos asalta un pensamiento que nos quita la paz, debemos desecharlo al punto.»

Afectos y peticiones

¡Oh Jesús mío menospreciado! Con tu ejemplo nos has vuelto amables los desprecios. En adelante os prometo sufrir las afrentas por tu amor, ya que en esta tierra fuiste tan escarnecido por mi amor. ¡Mi Dios y mi todo! haced que no tenga otro cuidado que el de agradaros. Quiero ser todo tuyo, quiero sufrir todo por tu amor. ¡Virgen santa y Madre mía, María! Te amo y en ti confío; ayúdame con tu poderosa intercesión.

**EL QUE AMA A JESUCRISTO SÓLO QUIERE LO QUE
QUIERE JESUCRISTO**

**La caridad no piensa mal de nadie, no se alegra con la
maldad, sino que se goza con la verdad**

¿Qué queréis que haga?

La caridad va siempre unida a la verdad, y al saber que Dios es el único y verdadero bien, aborrece la iniquidad, por ser contraria a la divina voluntad. Sólo se complace en lo que Dios quiere. De aquí resulta que el alma enamorada de Dios se cuida poco de lo que los demás digan de ella, y sólo atiende a lo que es del agrado de Dios. Se esfuerza por cumplir con la verdad y no le importa lo que opinen de él.

Si queremos hacernos santos debemos renunciar a nuestra voluntad y abrazarnos con la divina. Hacer lo que Dios quiere y como Él lo quiere, en eso consiste la libertad de espíritu. Escribe Santa Teresa: «El que sólo busca agradar al amado, se goza con todo lo que agrada al amado. Tal es la fuerza del amor cuando es puro y perfecto. Ventajas propias, satisfacciones personales, todo lo echa en olvido, para dar en todo gusto al amado. Todo nuestro daño nos viene, oh Señor, de que no siempre tenemos los ojos fijos en Ti.»

¿Qué queréis, Señor, que haga? (Hch 9,6). Hacedme, Señor, conocer qué es lo que de mí queréis, que dispuesto estoy a hacerlo todo. Cuando queremos lo que Dios quiere, entonces es cuando

buscamos y queremos nuestro verdadero bien; porque Dios siempre quiere nuestro mayor bien.

Premia el Señor cualquier buen pensamiento que por darle gusto hayamos tenido, y no deja sin recompensa cualquier tribulación que con paz y alegría hayamos sobrellevado para conformarnos con su santa voluntad. Pero nuestra conformidad con la voluntad de Dios ha de ser entera y sin reserva, constante e irrevocable, que en esto está la suma de la santidad. Nuestra unión con Dios consiste en unir totalmente nuestra voluntad con la de Dios. Pero muchos decimos: *Os doy, Señor, mi voluntad*; pero, cuando nos sobreviene alguna contrariedad, no sabemos resignarnos a la voluntad divina y nos lamentamos de la mala fortuna que tenemos en este mundo.

Pongamos toda nuestra diligencia en tener unida nuestra voluntad con la de Dios, en todo lo que nos sucede, sea agradable o desagradable.

Personas hay parecidas a la veleta, que se mueven según sopla el viento. Si corre viento bonancible, conforme a sus deseos, andan mansas y alegres; pero si sopla viento contrario, y no vienen las cosas a la medida de su voluntad, se las ve tristes y con rostro airado; y por no hacerse santas llevan una vida desgraciada, porque en este mundo es más frecuente la tribulación que la prosperidad.

Acoger con alegría lo que nos manda

Recibir de la mano de Dios todas las cosas como vengan, es auxilio muy poderoso para conservar la paz de corazón y vivir tranquilos. ¡Bienaventurado el que vive así! Ni la prosperidad le ensalza, ni le abate la adversidad, porque tiene muy bien entendido que todo viene de la mano de Dios. La voluntad de Dios es la regla de su querer, y no hace más que lo que Dios quiere, y no quiere más que lo que Dios hace. No se afana por hacer muchas cosas, sino en hacer con perfección lo que entiende es del agrado de Dios; por esto las más pequeñas obligaciones propias de su estado las antepone a las acciones brillantes y gloriosas, considerando que éstas pueden deslizarle al amor propio, mientras que en las primeras ciertamente encuentra la voluntad de Dios.

Dios con igual amor y para nuestro mayor provecho nos manda las cosas adversas y las prósperas. ¿Cuándo nos arrojaremos en los brazos de nuestro amado Padre celestial, dejando a Él el cuidado de nuestra persona y de nuestros intereses, conservando únicamente para nosotros el deseo de agradarle? El alma perfecta, que vive en libertad de espíritu, según Santa Teresa «halla en esta vida toda la felicidad que se puede tener, porque no queriendo nada, lo posee todo.»

Muchos, por el contrario, se forjan una santidad conforme a sus inclinaciones: el que es melancólico, anhela la soledad; el activo, hacer muchas cosas; el de corazón generoso, ayudar a la gente. Unos se dan a hacer muchas oraciones vocales; otros a visitar devotos santuarios, y todos creen que en esto consiste la santidad. Verdad que estas cosas exteriores son fruto del amor a Jesucristo, pero no lo es menos que el verdadero amor consiste en conformarse con la voluntad de Dios, y por consiguiente, en renunciarse a sí mismo y buscar lo que es más agradable a Dios, porque Él así lo merece.

Otros quieren servir a Dios, pero en tal empleo, en aquel lugar, con tales compañeros y otras circunstancias semejantes; y, de no ser así, o abandonan lo que hacían, o lo hacen de mala gana. Estos tales no gozan de la santa libertad de espíritu, sino que se han vuelto esclavos del amor propio, y, por eso, poco mérito alcanzan en todo lo que hacen; al contrario, vivirán en perpetua turbación, porque aferrados a la propia voluntad, sentirán pesado el yugo de la Ley de Cristo. Los que aman con perfección a Jesucristo sólo buscan lo que a Él le agrada, y lo buscan cuando lo quiere, donde lo quiere, y en la manera que lo quiere Jesucristo; sea llevando vida oscura o humilde, o empleados en cargos de mucho prestigio; sea brillando u ocultos.

Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor! ¿Pues no hemos nosotros profetizado en tu nombre y lanzado en tu nombre los demonios y hecho muchos milagros en tu nombre? Jamás os he conocido, —les responderá el Señor— *apartaos de mí malditos al fuego eterno* (Mt 7, 22-23). Andad, que no os tengo por discípulos míos, ya que antes habéis preferido seguir vuestros apetitos que mi voluntad.

Dice Tomás de Kempis: «El que no está dispuesto a pasar por todo y a seguir en todo la voluntad del amado, no merece el nombre de verdadero amador». No podemos tener prueba más cierta de que damos gusto a Dios que abrazar con alegría las cruces que Él nos manda.

No sólo debemos recibir con resignación los padecimientos que directamente nos vengan de la mano de Dios, como las enfermedades, el poco talento, sino también los que indirectamente nos vienen de Él, y de los hombres directamente, como las persecuciones, los hurtos, las injurias; porque en verdad, todo nos viene de Dios. En cierta ocasión, fue injuriado David por un vasallo llamado Semeí, quien le maltrató no sólo de palabra, injuriándole también de obra, arrojándole piedras. Uno de los servidores quería cortar la cabeza al insolente, pero el santo rey le detuvo diciéndole: *Dejadle maldecir, que el Señor ha dispuesto permitirle que maldiga a David* (2 R 16,10). Como si dijera: El Señor le ha tomado por instrumento para afligirme y castigar mis pecados, y por eso permitidle que así me injurie.

La obediencia

¿Cuál es el medio más seguro para saber y acertar en lo que Dios pide de nosotros? No hay medio más cierto y seguro que seguir la obediencia de los superiores y director espiritual. *Mejor es la obediencia, que los sacrificios* (Si 4,17). Más agrada a Dios el holocausto que hacemos de nuestra propia voluntad, sujetándola a la obediencia, que todos los demás sacrificios que podamos ofrecerle. Porque, dándole obras buenas, le damos parte de lo nuestro; pero, dándole la voluntad, le damos cuanto tenemos.

Dice San Francisco de Sales: «Que cada uno tenga opiniones particulares, no es contrario a la santidad; pero lo que sí se opone es estar aferrado a ellas». No hay cosa más dura que quebrar este apego al propio parecer. Hay algunos tan atados a su propia voluntad, que, cuando se les impone alguna obediencia, aunque lo mandado vaya conforme a su parecer, porque tienen que ejecutar una obediencia, pierden el gusto y ganas de hacerla, porque su gusto está en hacer lo que les viene en gana.

Descuidar hacer una cosa mandada por la obediencia, para unirse a Dios en la oración, no sería más que separarse de Dios para unirse a su amor propio. Vale más una obra hecha por obediencia que cualquier otra cosa que nos podamos imaginar. Hemos de obedecer de buen grado, y no a la fuerza como esclavos.

Afectos y peticiones

¿Qué queréis, Señor, que haga? Decidme lo que de mí queréis, y dadme fuerza para cumplirlo. Disponed de mí y de todas mis cosas como más os agrade, que todo lo acepto. Me habéis amado hasta llegar a morir por mí, pues en compensación quiero amaros con todo mi corazón. Mi único anhelo es cumplir con vuestra voluntad. ¡Oh María, esperanza mía! Ayudadme con vuestra protección.

EL QUE AMA A JESUCRISTO TODO LO SUFRE POR SU AMOR, ESPECIALMENTE LAS ENFERMEDADES, LA POBREZA Y LOS DESPRECIOS

La caridad todo lo soporta

Las enfermedades

Dice San Vicente de Paúl: «Si conociésemos el precioso tesoro que consigo traen las enfermedades, las recibiríamos con aquella alegría con que se reciben los mayores beneficios.» Cuando San Francisco de Sales caía enfermo, exponía sencillamente su estado al médico, tomaba los remedios que le recetaba, por desagradables que fuesen, y después quedaba en paz, sin lamentarse de lo que padecía. ¡De qué diversa forma obran los que no son santos! Apenas alguna leve dolencia les incomoda, no se sacian de quejarse con todos, y querrían que día y noche estuvieran en torno suyo familiares y amigos compadeciendo sus males. «¡Oh hermanas mías —exclamaba Santa Teresa—, sabed sufrir un poquito por amor de Dios sin que lo sepan todas!»

Si el Señor nos envía una enfermedad, y permanecemos alegres, es que aceptamos su voluntad con pureza de intención. Aunque no podamos meditar por tener la cabeza cansada, no por eso podemos dejar de hacer actos de conformidad con la voluntad de Dios, actos de amor, de confianza, de acción de gracias y de resignación. ¿Qué oración más agradable a Dios que mirar de

cuando en cuando el Crucifijo ofreciéndole los trabajos que sufrís y uniendo lo poco que padecéis a los terribles dolores que Jesucristo padeció en la cruz? Quiero padecer con Aquél que ha querido padecer por mí amor dolores mucho más crueles que los míos. Estando un día padeciendo por la enfermedad, le dijo el Señor a Santa Teresa: «Mira estas llagas, que nunca llegarán hasta aquí tus dolores.» Y cuando estaba la santa afligida por alguna dolencia solía decir: «No me ha venido trabajo que mirándoos a Vos, Jesús mío, cuando estuvisteis delante de los Jueces, no se me haga bueno de sufrir.» Sólo por amor a Él se deben soportar en paz los dolores.

Los mártires sufrían con alegría los tormentos. Cuando San Procopio estaba en las manos del tirano le dijo: «Atórmame cuanto quieras; pero ten entendido que para los amadores de Jesucristo no hay cosa más agradable que padecer por su amor.» No eran insensibles a los tormentos ni habían perdido el juicio, que bien que sentían los dolores. Pero, porque amaban a Jesucristo, tenían en gran ganancia el sufrir y perderlo todo, aun la misma vida, por amor de Él.

En tiempo de enfermedad debemos sobre todo estar dispuestos a aceptar la muerte y el tipo de muerte que quiera Dios enviarnos. Pero dirá algún enfermo: «Yo he cometido muchos pecados y aún no he hecho de ello penitencia; quisiera todavía vivir, no por vivir, sino para satisfacer a la justicia divina antes de mi muerte.» Pero ¿quién te asegura que viviendo harás penitencia y no vivirás peor que antes? Ahora puedes esperar de la misericordia de Dios que te ha perdonado; ¿qué penitencia más meritoria puedes hacer que estar dispuesto a aceptar con resignación la muerte que Dios quiera enviarte? Por otra parte, si de verdad amamos a Dios, debíamos suspirar por verle en el cielo y amarle con todas nuestras fuerzas, puesto que nadie puede en esta vida amarle perfectamente, y si la muerte no nos abre la puerta no podremos entrar en aquella patria del amor.

La pobreza

Es preciso, en segundo lugar, ejercitar nuestra paciencia cuando sufrimos la pobreza, cuando uno se ve falto de bienes.

Decía San Agustín: «Quien no tiene a Dios, no tiene nada; quien a Dios posee, lo posee todo.» Quien a Dios posee y está unido con su voluntad divina, en Él encuentra todo género de bienes. Pobre se llama aquél que desea los bienes que no tiene; pero los que nada desean, y en su pobreza viven contentos, son completamente ricos. *No teniendo nada, todo lo poseen* (Co 6,10), porque cuando les falta todo se contentan con decir: «Dios mío, Vos sólo me bastáis». Si nos falta valor para despegarnos de todos los bienes de la tierra, contentémonos a lo menos con la condición y estado que Dios nos deparó, dirigiendo nuestras preocupaciones y trabajos, no a amontonar riquezas de la tierra, sino a buscar las del cielo, que son eternas e inmensamente más preciosas.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5,3). Se entiende por *pobres de espíritu*, los que se han despojado del deseo de bienes terrenos, viviendo alegres cuando tienen lo suficiente para alimentarse y cubrir su desnudez, como decía San Pablo: *Teniendo qué comer y con qué cubrirnos, contentémonos con esto* (I Tim 6,8). El pobre de espíritu nada posee y nada teme, siempre está alegre y vive siempre en la abundancia, y cuantas incomodidades sufre las pone todas al servicio del alma. El avaro tiene sed de lo terreno, como el mendigo, anda siempre hambreado, porque nunca llegan a saciarle los bienes que apetece. El pobre, por el contrario, como señor de todo, lo desprecia, porque nada desea.

Dijo un día Jesucristo a Ángela de Foligno: «Si la pobreza no fuera un bien, no la hubiera escogido Yo para mí, ni la hubiera dejado en herencia a mis escogidos.»

Dice San Pablo: *Los que pretenden enriquecerse caen en la tentación y lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, que hunden a los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición* (I Tm 6,9). ¡Infelices los que por los míseros bienes del mundo pierden a Dios, que es bien infinito! Cuando el emperador Licinio propuso a San Basilio, mártir, que si renegaba de Cristo le haría príncipe de todos sus sacerdotes, le respondió: «Decidle al Emperador que aunque me diera todo su imperio, nunca podría darme tanto cuanto me arrebataría quitándome a Dios.» Dios, pues, debe bastarnos, y los bienes que nos da; alegrémonos cuando nos veamos pobres y faltos de lo que

deseáramos tener, que en esto está el mérito. «No es la pobreza una virtud, sino el amor a la pobreza» (San Bernardo). Hay muchos pobres, pero, porque no se abrazan con la pobreza, nada merecen.

Este amor de verse despojados de todo deben tenerlo, sobre todo, las personas religiosas que han hecho voto de pobreza. Dice San Bernardo: «Hay muchos religiosos que se glorían del nombre de pobres, con tal que no les falte nada.» Estos tales quieren para sí el honor de la pobreza, pero no las incomodidades de ella. Dichosos los religiosos que despojados de todo por medio de la santa pobreza, pueden con verdad decir: *El Señor es el lote de mi heredad; mi heredad es preciosa para mí* (Sal 15,5-6).

De alguna manera entra también en la virtud de la pobreza el verse privado de parientes y amigos; y también en esto hay que ejercitar la paciencia. Algunos hay que, muriendo un pariente o un amigo, no saben recobrar la paz, se encierran para llorar, se dejan llevar a tales extremos de tristeza y se vuelven tan impacientes que no hay quien pueda aguantarlos. ¿Queréis saber a quién dan gusto estos con tanto derramar lágrimas y afligirse? ¿A Dios por ventura? A buen seguro que no, porque Dios quiere que nos resignemos a su santa voluntad. ¿Al alma cuya pérdida lloran? Tampoco, porque el alma a quien lloran, o está padeciendo en el infierno, y entonces tiene horror a su llanto, o está gozando de Dios en el cielo, y en este caso su deseo es que le den gracias al Señor por estar allí; y si está purgando sus culpas en el Purgatorio, lo único que les pide es que la encomienden a Dios y se conformen con la divina voluntad y adelanten en santidad, para que un día lleguen a ser compañeros de él en el cielo. ¿Para qué, pues, tanto llorar y suspirar?

Habiéndosele muerto un hermano a un religioso, y, estando rodeado de sus parientes, que no se cansaban de llorar, les dijo: «Reservemos estas lágrimas para cosas de mayor provecho, para llorar la muerte de Jesucristo, que es nuestro Hermano, nuestro Esposo y el que por nuestro amor murió en la cruz.» En tan dolorosas ocasiones sigamos el ejemplo del santo Job, el cual, al tener conocimiento de la muerte de sus hijos, con la pérdida de todas sus posesiones, plenamente resignado a la divina voluntad, dijo: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; se ha hecho todo lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (Jb 1,21).

Todo cuanto acaba de sucederme es porque Dios lo quiso, y por eso también lo quiero yo; sea por siempre bendito.

Los desprecios

En tercer lugar debemos ejercitarnos en la paciencia y probar que amamos a Dios sobrellevando con paz y alegría los desprecios que de los hombres recibimos. Cuando uno se da del todo a Dios, su Divina Majestad hace o permite que sea perseguido o ultrajado.

¡Cómo se consuelan los santos cuando son injuriados, viendo las ignominias que padeció Jesucristo! Puesto a considerar los desprecios que por mí padeció Jesucristo y, comparando mis afrentas con las tuyas, veo que las mías son nada, y entonces, saco fuerzas de Dios para sufrir en paz. Cuando las injurias, la pobreza, los dolores y las tribulaciones caen sobre un alma que no ama a Dios, le son ocasión para separarse más de Él; pero cuando caen sobre un alma que ama a Dios de verdad, son un lazo más estrecho que lo unen con Él y le obligan a amarle con más fervor.

Pero ¿por qué Dios nos trae tan trabajados con cruces y se goza en vernos atribulados, ultrajados, perseguidos y de tantas maneras maltratados del mundo? ¿Es acaso un tirano y de condición tan cruel, que se complace en vernos sufrir? No; Dios no es un tirano, ni tampoco es cruel, al contrario, es para nosotros todo piedad y amor. Por amor nuestro llegó hasta dar su vida por nosotros. Permite que padezcamos para nuestro bien, a fin de que, padeciendo en esta vida, nos veamos libres de padecer las penas de la otra. Sufriendo con paciencia y resignación, le damos alguna prueba de nuestro amor. *Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios* (Rm 8,28).

Además, cuando un trabajo nos aflige, ayuda mucho para llevarlo bien, pensar en el infierno que hemos merecido; porque toda pena, comparada con la del infierno, será inmensamente menor. Pero para sufrir con paciencia todo género de dolores, injurias y cosas que nos son contrarias, sobre todo, está la oración; con ella alcanzaremos la ayuda de Dios, que suplirá nuestra flaqueza.

Afectos y peticiones

¡Oh Dios mío!, estoy firmemente persuadido que sin padecer y sufrir con paciencia no lograré conquistar el cielo. De Ti me ha de venir la paciencia en el padecer. Resuelto estoy a soportar con alegría todo tipo de tribulaciones; pero apenas me acomete alguna pena, me entristezco y me desaliento; y si algo sufro, lo sufro sin merecimiento, sin amor, porque no sé padecer por complaceros. ¡Jesús mío!, por los méritos de vuestra paciencia en sobrellevar tantos trabajos por mi amor, dadme la gracia de sufrirlo todo por amor vuestro. ¡Oh María, Reina mía! Alcanzadme una verdadera resignación para soportar cuanto me queda por sufrir en esta vida y en la hora de mi muerte!

EL QUE AMA A JESUCRISTO CREE TODO LO QUE ÉL NOS HA ENSEÑADO

La caridad todo lo cree

Firmes en la fe

Una persona que ama da crédito a todo cuanto dice aquel a quien ama; y, por esto, mientras mayor es el amor que una persona tiene a Jesucristo, tanto más viva y firme es su fe.

Viendo el buen ladrón a Jesucristo muriendo en la cruz sin haber hecho mal, y que padecía con suma paciencia, comenzó a amarle; movido de este amor e iluminado por la luz divina, creyó en Él y confesó que era verdadero Hijo de Dios, suplicándole que se acordase de él cuando llegase a su reino.

Es la fe el fundamento de la caridad, y sobre ella está fundada; pero la caridad es la que perfecciona la fe; cree con más perfección el que con más intenso amor ama a Dios. La caridad hace que el hombre crea no sólo con el entendimiento, sino también con la voluntad.

Hay muchos que creen sólo con el entendimiento, pero no con la voluntad, como sucede a los pecadores que tienen buen conocimiento de las verdades de la fe; pero porque no quieren llevar una vida conforme a los mandamientos de Dios, son muy flacos en la fe. Porque si tuvieran una fe viva y creyesen que la gracia divina es el mayor de los bienes, y que no hay mayor mal que el pecado, ciertamente, cambiarían de vida. Por tanto, si hay

algunos que venden a Dios por los bienes pasajeros de este mundo, es o porque no tienen fe o la tienen muy amortiguada.

Aquel, por el contrario, que cree con el entendimiento y voluntad, no sólo cree, sino que cree con gusto y se goza en ello, por el amor que tiene a Dios. Cree con perfección y se afana por conformar su vida con las verdades que cree.

Haz para que creas

La debilidad de la fe de algunos tiene su origen en sus corrompidas costumbres. Quien tiene en poco la amistad de Dios, y la desprecia por no privarse de placeres prohibidos, quisiera que no hubiese ley que los prohibiese, ni sanción penal para el pecado; y por esto procura apartar el pensamiento de las verdades eternas de la muerte, del juicio y del infierno. Y como estas verdades le espantan y envenenan con amargura sus placeres, pone a trabajar su cabeza para buscar argumentos, por lo menos aparentes, con el fin de persuadirse y querer convencer de que Dios no existe, ni hay alma, ni infierno, para vivir y morir como bestia, que no tiene ley ni razón.

De las corrompidas costumbres brotan también tantos libros y sistemas de materialistas, de indiferentes, de socialistas, de deístas y naturalistas; los cuales unos niegan la existencia de Dios, otros ponen en tela de juicio su Providencia, diciendo que Dios, después de haber dado vida a los hombres, no se cuida de ellos, importándoles bien poco que le amen o le aborrezcan, se salven o se condenen; otros niegan la bondad de Dios, diciendo que a muchas almas las ha creado para el infierno, excitándolas Él mismo a pecar para que se condenen y vayan a maldecirle por eternidades sin fin en el infierno.

¡Oh ingratitud y perversidad de los hombres! Dios los ha creado, por su infinita misericordia, para hacerlos eternamente felices en el cielo; les ha iluminado con tantas luces de lo alto, les ha colmado con dones y beneficios, para que puedan alcanzar la eterna bienaventuranza. Con este mismo intento los ha redimido a costa de tantos dolores, sufridos con tanto amor, y ellos se esfuerzan en negarlo todo para vivir a su antojo y encenagados en el vicio. ¡Desventurados! Por mucho que hagan no podrán librarse

de los remordimientos de su conciencia y de los temores de la ira de Dios. Si renunciasen a sus vicios y se entregasen a amar a Jesucristo, entonces con firme y robusta fe creerían todas las verdades por Dios reveladas.

Quien de todo corazón ama a Jesucristo, siempre se acuerda de las verdades eternas, y bajo ellas dirige todas sus acciones. ¡Qué bien entiende el perfecto amador de Jesucristo aquel dicho del sabio: *Vanidad de vanidades y todo vanidad* (Si 1,2), que todas las grandezas humanas son humo; que la felicidad y el único bien es amar a su Creador y cumplir perfectamente su voluntad; que tanto somos y no más de cuanto somos delante de Dios; que de poco provecho sirve ganar todo el mundo si se viene a perder el alma; que todos los bienes de la tierra no pueden dar satisfacción cumplida al corazón del hombre; que esto sólo Dios lo puede hacer; en una palabra, que hemos de perderlo todo, para ganarlo todo.

Hay otros que creen, pero no tienen fe en todo. Jesucristo ha dicho: *Bienaventurados los pobres; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que se mortifican. Bienaventurados los que padecen persecución. Bienaventurados seréis cuando os maldigan y digan contra vosotros todo género de mal* (Mt 5,11). Este es el lenguaje que Jesucristo usa en el Evangelio. Pero ¿cómo de verdad creen en el Evangelio los que dicen: bienaventurados los ricos, dichosos los que no padecen y se entregan a toda clase de placeres; desventurados los que sufren persecución y son injuriados? De éstos hay que decir que o no creen en el Evangelio, o tan sólo en parte; porque el que cree totalmente en él, estima como honra y merced de Dios el ser pobre y enfermo, mortificado, perseguido y mal visto de los hombres. Esto cree y esto dice el que cree cuanto hay en el Evangelio y ama de corazón a Jesucristo.

Afectos y peticiones

¡Oh amado Redentor mío! Creo firmemente que sois el único bien, digno de ser amado. Creo que como Tú nadie me ha amado en el mundo, porque sólo el amor te llevó a morir lleno de dolores por mí. Creo que mi mayor fortuna es amaros y cumplir vuestra voluntad, en ésta y en la otra vida. Todo lo creo con firme y robusta

fe, y por esto renuncio a todo para entregarme totalmente a Ti. En Ti confío, bondad infinita, ya que del todo os habéis dado a mí en vuestra amarguísima Pasión y en el Santísimo Sacramento del altar. ¡Oh María, Madre de Dios y refugio de pecadores! A ti me encomiendo y en ti confío.

EL QUE AMA A DIOS LO ESPERA TODO DE ÉL

La caridad todo lo espera

La esperanza aumenta la caridad, y con la caridad se acrecienta la esperanza. Esperar en la bondad de Dios aumenta el amor a Jesucristo, porque desde el momento que esperamos algún bien de alguno, comenzamos a amarle. No pongamos la esperanza en las criaturas sino en Dios. El que tiene puesta toda su confianza en el Señor, tendrá la fortaleza de Dios. *Los que esperan en Dios adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, volarán y no desfallecerán* (Is 40,31). Así como el águila, mientras más remonta el vuelo más se aproxima al sol, así también el alma fortalecida con la confianza en Dios se desprende de la tierra para unirse a Dios con más estrecho lazo de amor.

También el amor aumenta la esperanza, ya que por la caridad llegamos a ser hijos de Dios, debido a los méritos de Jesucristo. Y si la caridad nos hace hijos de Dios, nos hace también herederos del cielo: *Si somos hijos también herederos* (Rm 8,17). Así los que aman a Dios andan siempre repitiendo: *Venga a nosotros tu reino*. De esta esperanza nace aquel reposo, nunca turbado, que gozan los santos y que les conserva en perpetua alegría en medio de las adversidades. La esperanza cristiana, según Santo Tomás, «es una espera tensa y cierta de la eterna bienaventuranza.» Se apoya en la promesa hecha por Dios de dar la vida eterna a sus fieles. El que ama suspira siempre por estar con la persona amada: *Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si encontraréis a mi amado, le digáis que desfallezco de amor* (Ct 5,8). El que ama mucho a

Jesucristo no puede vivir sin desear y esperar ir pronto al cielo a unirse con su amado Señor.

Entre los beneficios que dan los hombres se distingue la persona de la cosa que da; no se da a sí mismo sino sus bienes. Mientras que la principal merced que da Dios a los elegidos es a Sí mismo: *Yo seré tu galardón grande en demasía* (Gn 15,1). Por lo que desear el cielo es lo mismo que desear a Dios, que es nuestro último fin. Amemos a Jesucristo en este mundo cuanto podamos; suspiremos a cada momento por verle en el cielo para amarle allí con perfecto amor; que este sea el fin principal de nuestra esperanza, subir al cielo para amarle con todas nuestras fuerzas. No podemos amar a Jesucristo sin mezcla de imperfección, y sólo en el cielo, cuando cara a cara le contemplemos, nos veremos obligados a amarle con todas nuestras fuerzas.

Tan pronto como el alma entra en el cielo contempla sin velos la infinita belleza de Dios, y de pronto se siente presa y abismada en el amor. En aquel momento queda como perdida y sumergida en aquel mar infinito de la bondad de Dios, y entonces también, olvidada de sí y embriagada de amor, no sabe pensar en otra cosa que en amar a Dios. *Quedarán embriagados con la abundancia de tu casa y les darás a beber en el torrente de tus delicias* (Sal 35,9). En cada instante se da a Dios sin reserva, y Dios la abraza con infinito amor, y así apretada la tendrá por toda la eternidad. Este es el último fin que Dios en su misericordia nos tiene preparado en la otra vida; mientras que el alma no llegue a unirse perfectamente con Dios en el cielo, no puede hallar en la tierra reposo.

Aunque los santos en este mundo ardían en el amor de Dios, con todo, siempre estaban suspirando por el cielo. Decía San Pablo: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo* (Flp 1,23). «Tan alto es el bien que espero —decía San Francisco de Asís— que todo tormento se me torna dulzura.» Todos estos suspiros eran actos de perfecta caridad. Pero este gozar de Dios en el cielo no consiste tanto en recibir el gozo que Dios le da, cuanto en gozar del gozo de Dios, a quien el alma ama más que a sí misma.

Afectos y peticiones

¡Oh Dios mío, Creador y Redentor mío! Me habéis creado para el cielo, y yo, ofendiéndoos tantas veces, con gran descaro he renunciado al paraíso, sin temer el verme condenado. Sea por siempre bendita tu infinita misericordia, que, perdonándome, como lo espero, tantas veces me habéis librado de caer en el infierno. ¡Ojalá os hubiera siempre amado! Me consuela el que todavía me queda tiempo de amaros. ¿Cuándo llegará el día, Jesús mío, en que me vea libre del peligro de volver a perderos, el día en que consumiéndome en vuestro amor, a la vista de vuestra infinita belleza, os ame con todas mis fuerzas? Mi conciencia me quiere asustar diciéndome: ¿Cómo puedes tú pretender el cielo? Mas vuestros méritos, amado Redentor mío, son la esperanza mía. ¡Oh María, Reina del Cielo! Vuestra intercesión cerca de Dios es todopoderosa, en ti confío.

EL QUE AMA A JESUCRISTO ARDIENTEMENTE NO DEJA DE AMARLO EN MEDIO DE LAS TENTACIONES Y LAS DESOLACIONES DE ESPÍRITU

La caridad lo soporta todo

Las penas que más atormentan en esta vida a los que aman a Dios no son la pobreza, ni las enfermedades, ni las deshonras, ni las persecuciones, sino las tentaciones y desconsuelos espirituales. Cuando el alma goza de la amorosa presencia de Dios, entonces todo género de afrentas y dolores, y malos tratamientos de los hombres, lejos de abatirla, la consuelan, pues le dan ocasión de ofrecer a Dios alguna muestra de su amor. Pero cuando en la tentación se ve expuesta a perder la gracia de Dios y entre los desconsuelos le parece haberla ya perdido, ésta es una pena sobremanera amarga para los que aman de corazón a Jesucristo. Del mismo amor sacan fuerzas para sufrir con paciencia y seguir sin detenerse en el ya comenzado camino de la santidad. Y ¡cuánto progresan con estas pruebas!

Las tentaciones

Cuando el alma ama de veras a Jesucristo y se siente tentada a pecar y se expone a apartarse de Jesucristo, este tormento le es más amargo que todos los demás tormentos. No es Dios, sino el demonio y nuestras perversas inclinaciones las que nos solicitan al mal. *Dios no puede dirigirnos al mal, y así Él no tienta a nadie* (St

1,13). Con todo, el Señor a veces permite que las personas más favorecidas de Él sean afligidas con más violentas tentaciones.

Dios permite las tentaciones, en primer lugar, para que con ellas conozcamos mejor nuestra gran flaqueza y la necesidad que tenemos de la ayuda divina para no caer.

Cuando el alma se ve favorecida de Dios con espirituales consolaciones, créese ya poderosa para superar y enfrentarse a todos los asaltos de nuestros enemigos y para emprender cualquier cosa que entiende ser de su honra y gloria. Pero cuando se ve acometida por una violenta tentación que le pone al borde del precipicio y a punto de caer, entonces conoce su flaqueza y su impotencia para resistir, si Dios no la socorre. Esto le aconteció a San Pablo, que permitió el Señor fuese tentado con la tentación de la carne para que las grandes revelaciones con que le había favorecido no le ensoberbecieran.

En segundo lugar, Dios permite que seamos tentados, a fin de que vivamos más desprendidos de este mundo y deseemos con más ardor ir a gozar al paraíso. *¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado!* (Sal 119,5), y suspira la hora en que pueda de verdad decir: *Quebrado es el lazo y nosotros quedamos en libertad* (Sal 123,7). Quisiera el alma volar a Dios, pero mientras está en este mundo de continuo está expuesto a las tentaciones; este lazo no se rompe sino en la hora de la muerte. De aquí nace que las personas enamoradas de Dios suspiran por el momento de la muerte, que las sacará del peligro de perderle.

Quién resiste a la tentación sacará ganancia

En tercer lugar, Dios permite que seamos tentados para hacernos más ricos en merecimientos. *Porque eras del agrado de Dios menester fue que fueses probado por la tentación* (Tb 12,13). No por estar tentada debe temer estar en desgracia con Dios; al contrario, debe tener la más firme confianza de ser muy amada de Él. No son los malos pensamientos los que hacen perder a Dios, sino el consentimiento que a ellos damos. Por fuertes que sean las sugerencias del demonio, por vivas que sean las fantasías impuras que sacuden la imaginación, mientras no consintamos en ellas, lejos de manchar el alma, la vuelven más pura, más fuerte y más

acepta a Dios. No debe espantarnos que el mal pensamiento no abandone nuestra mente y prosiga atormentándonos, basta que lo aborrezcamos y procuremos arrojarlo de nuestra mente.

Fiel es Dios que no permitirá seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho (I Co 10,13). El que resiste a la tentación no sólo no pierde nada, sino que sacará ganancia y provecho.

Las aguas muertas y estancadas pronto se corrompen. Así, el que está sin tentaciones ni tempestades de trabajos corre el riesgo de perderse, ya sea complaciéndose en los propios méritos, ya pensando que ha llegado a la cumbre de la santidad; de esta forma pierde el temor, se cuida bien poco de encomendarse a Dios, no trabaja por alcanzar la salvación eterna. Pero cuando comienza a verse agitada de tentaciones con peligro de precipitarse en el abismo del pecado, entonces llama a Dios en su ayuda, acude a María, renueva los propósitos de morir antes que pecar, se humilla y se arroja en los brazos de la divina misericordia; de este modo logra alcanzar más fortaleza y se une a Dios más estrechamente.

No por esto hemos de desear tentaciones, antes debemos de continuo suplicarle a Dios que nos libre de ellas, que esto es lo que pedimos en el Padrenuestro: *Y no nos dejes caer en la tentación*. Pero cuando Dios permite que nos asalten, entonces, sin inquietarnos ni turbarnos, por feos y bajos que sean los pensamientos que nos acometen, pongamos toda nuestra confianza en Jesucristo, pidámosle su ayuda, que a buen seguro no nos ha de faltar para resistir. Abandónate en las manos de Dios sin temor, porque el que te mete en combate, ciertamente no te abandonará.

Medios para vencer las tentaciones

Muchos son los medios para vencer las tentaciones, pero lo más necesario y más seguro es el recurrir pronto a Dios, diciéndole con humildad y confianza: *Atiende, oh Dios, a mi auxilio; date, Señor, prisa en socorrerme* (Sal 69). Dios está obligado a prestarnos ayuda con tal que se la pidamos.

Jesús nos lo ha prometido: *Venid a Mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré* (Mt 11, 28). Venid a Mí

todos los que andáis fatigados luchando contra las tentaciones, que yo os daré fuerza. *Invócame en el día de la tribulación, Yo te libraré y tú me darás gloria* (Sal 49). ¿Quién le invocó y fue despreciado? *Invocaré al Señor con alabanzas y me veré libre de mis enemigos* (Sal 17,4). *Cerca está el Señor de todos los que le invocan* (Sal 144). *Rico es para remediar las necesidades de todos los que le invocan* (Rm 10,12).

El que acude a Dios en las tentaciones no sucumbe, especialmente en las tentaciones de impureza. *Y luego que llegué a entender que no podía ser continente, si Dios no me lo otorgaba, acudí al Señor y se lo pedí con fervor* (Sb 8,21).

En semejantes tentaciones de impureza (lo mismo de las tentaciones contra la fe) no es buena manera de combatir ponerse a luchar contra ellas cara a cara y a pecho descubierto, sino es menester desecharlas y resistirlas por medios indirectos, haciendo un acto de amor, o trayendo a la memoria los pecados pasados, o ejercitándose en una acción indiferente, que distraiga la atención. Tan pronto como advirtamos que se presenta un pensamiento sospechoso, hay que despacharlo, dándole, como dicen, con la puerta en las narices, y negarle la entrada en el alma, sin escuchar sus razones y pretensiones. Hay que sacudirlo como se sacude una chispa de fuego que se posa sobre la ropa.

Si penetró ya la tentación en el alma y ha dejado sentir los primeros movimientos clamad a Dios: *Sed, Señor, mi ayuda y fortaleza*. Invoquemos los nombres de Jesús y María, que tienen la particular virtud para disipar esta clase de tentaciones. Decía San Francisco de Sales que tan pronto como el niño divisa a lo lejos al lobo, corre a arrojarse a los brazos del padre o de la madre, y sólo allí se tiene por seguro.

Si la tentación prosigue molestándonos, guardémonos de inquietarnos y de airarnos por ello; en estos casos debemos resignarnos con humildad a la voluntad de Dios, que permite seamos atormentados por estos malos pensamientos. Sigamos invocando en nuestro auxilio a Jesús y a María. Grande ayuda es renovar la promesa hecha a Dios de sufrir toda suerte de trabajos y morir mil veces antes que ofenderle, sin dejar de pedir su ayuda. Cuando la tentación es tan fuerte que nos vemos en grave riesgo de consentir en ella, entonces debemos intensificar la oración,

acudir al Santísimo Sacramento, arrojarse a los pies del crucifijo, o de alguna imagen de la Virgen, y orar con más fervor, gemir y suspirar en demanda de socorro. Dios está pronto a oír al que le ruega y Él es el que nos da valor para resistir; mas también, a veces quiere el Señor que hagamos esfuerzos y supliendo Él después con su poder nuestra debilidad nos hará alcanzar la victoria. Ayuda también mucho descubrir la tentación al confesor. «Tentación descubierta es tentación medio vencida» (San Felipe Neri).

Hay que advertir que las personas que por mucho tiempo han llevado vida ejemplar y son temerosas de Dios y que están dudando de haber cometido una culpa grave, deben tener por seguro que no han perdido la gracia de Dios. Es moralmente imposible que la voluntad por mucho tiempo confirmada en el bien obrar, en un momento se cambie y consienta en pecado mortal sin saberlo claramente. Siendo como es el pecado tan horrible, no puede penetrar en el alma, que por tanto tiempo lo ha aborrecido, sin que a las claras se dé a conocer. Como dice Santa Teresa «nadie se perderá sin entenderlo».

Pero vuelvo a decir que entre todos los remedios para vencer las tentaciones, el más eficaz es acudir a Dios con la oración, y no cesar de rogarle mientras dure la tentación. De la oración depende todo nuestro bien, la perseverancia y, finalmente, la vida eterna. Sin la ayuda de Dios no tendremos fuerza para resistir, como enseña San Pablo: *Vestíos de las armas de Dios, para que podáis resistir a las asechanzas del demonio* (Ef 6,11). Y ¿qué tipo de armas son éstas? Él nos lo declara diciendo: *Dirigiendo a Dios con espíritu y fervor en todo tiempo continuas oraciones y plegarias, y con continuas súplicas con todo empeño* (Ef 6,18). Estas armas son la oración continua y fervorosa hecha a Dios, a fin de que nos ayude para no ser vencidos. *Es menester orar siempre y no desfallecer* (Lc 18,1). *Pedid y se os dará* (Mt 7,7). Por consiguiente, si queremos salvarnos, oremos siempre y encomendémonos a Jesucristo, nuestro Redentor, y de modo especial en el momento de la tentación. Encomendémonos también a María nuestra Madre, ya que como enseña San Bernardo «es voluntad de Dios que no recibamos gracia alguna, si antes no pasa por manos de María.»

Las sequedades de espíritu

«Es un engaño querer medir la devoción por las consolaciones que experimentamos. La verdadera devoción consiste en una voluntad firmemente resuelta de hacer cuanto es del agrado de Dios», dice San Francisco de Sales.

Dios se vale de estas sequedades de espíritu para unir a Sí más estrechamente a las almas. Uno de los mayores impedimentos que nos estorban la verdadera unión con Dios es el apego a nuestras desordenadas inclinaciones; por tanto, cuando quiere atraer Dios un alma a su perfecto amor procura despegarla de los afectos a los bienes creados. Y lo primero que le va quitando son los bienes temporales, los placeres, el dinero, los honores, los parientes, amigos y la salud corporal; con tales pérdidas le va desprendiendo de todo lo creado, hasta lograr ver puestos en Él todos sus afectos.

Para aficionarla después a cosas de espíritu, le comunica con larga mano todo género de consolaciones espirituales, con abundancia de lágrimas y caricias; con esto el alma procura desprenderse de los placeres sensuales, y hasta se entrega a penitencias. Pero como el alma se une a Dios más bien por los atractivos de los consuelos que siente que por la voluntad determinada de complacer a Dios, cree falsamente que, cuanto más gusto siente en los ejercicios piadosos, tanto más ama a Dios. De aquí resulta que, cuando le turban en algún ejercicio de piedad, en el cual tantas dulzuras encontraba, y tiene que emplearse en obras de obediencia o de caridad, o en el cumplimiento de los deberes de su estado, se inquieta y se turba; es éste un defecto muy universal de la miseria humana de ir buscando en todas sus acciones los propios gustos y satisfacciones. Y cuando el alma no halla en sus ejercicios de devoción las antiguas consolaciones, los abandona, o a lo menos los disminuye, y quitando hoy de aquí un tantico, y otro poquito mañana de allí, llega al fin a dejarlo todo. Es necesario persuadirse que el amor de Dios y la perfección no están en gustar esas ternuras y consolaciones, sino en vencer el amor propio y seguir la voluntad de Dios.

Cuando el Señor, en su misericordia infinita, nos hiciese sentir la presencia de su gracia, no hay que rechazar estos divinos

consuelos; aceptémoslos con agradecimiento, atentos siempre a no pararnos a poner en esas ternuras espirituales nuestro contento. Esforcémonos por desterrar de nuestro corazón esta complacencia en los consuelos y dulzuras sensibles; guardémonos de creer que Dios usa con nosotros de tales finezas porque le somos más fieles y generosos que los demás, pues semejantes pensamientos de vanidad obligarían al Señor a dejarnos en nuestra miseria. Estos tratos amorosos de Dios son puro efecto de su infinita bondad, y tal vez quiera fortalecernos de antemano para que llevemos en paciencia las grandes tribulaciones que nos tiene preparadas.

Cuando el alma está moralmente cierta de vivir en gracia de Dios, aunque privada de los placeres del mundo como de los de Dios, con todo, está contenta sabiendo que ama a Dios y es de Dios amada. Pero cuando Dios quiere purificarla para estrecharla más a Sí con puro y santo amor, ¿qué hace? Métela en el más amargo de todas las penas exteriores e interiores; le quita el conocimiento que pudiera tener de vivir en su gracia y amistad; ofusca su espíritu con tan densas tinieblas, en medio de las cuales parece que el alma no encuentra a Dios. A veces permite el Señor que le asalten terribles tentaciones de impureza, o pensamientos contrarios a la fe o de desesperación y aun de odio a Dios, figurándose que la ha desamparado y que no escucha sus ruegos. El alma no acierta a distinguir si hace frente a la tentación cuando debe, o bien si consiente en ella; con esto le aumenta el temor de haber perdido a Dios, y de que Dios por haber sido ella infiel en esta lucha contra las tentaciones, justamente la ha abandonado. Viéndose en este estado un alma que ama a Dios, no debe espantarse ni turbarse el director que la guía, porque estas tentaciones no son actos de voluntad y, por consiguiente, no son pecados. Porque si les preguntáis, en lo más terrible y espantoso de su abandono, si a sabiendas hubieran osado cometer el más leve pecado venial, con resolución os responderán que estarían prontas a morir no una, sino mil veces, antes que disgustar a Dios deliberadamente con pecado venial. Dice Santa Teresa: «Con sequedad, disgusto y desagrado prueba el Señor sus más fieles servidores; mas no deje el alma jamás la oración, y así se determine, aunque por toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la Cruz. Tiempo vendrá que se lo pague por

junto» (Vida c. XI). Puesta el alma en esta pena y tormento, debe humillarse y diga: Aquí me tenéis, Señor; si queréis tenerme por toda mi vida en este estado de desconsuelo, dame gracia para ello; me contento con amaros, y disponed de mí según vuestro agrado. Confiemos en Dios, que como dice Santa Teresa, nos ama más de lo que nosotros mismos nos amamos.

Afectos y peticiones

¡Jesús, esperanza mía, amor mío y único amado de mi alma! Indigno soy de gozar de vuestros consuelos y ternuras; reservadlas para aquellas almas puras e inocentes que siempre os han amado. Yo, pecador, no las merezco, ni os las pido; sólo os pido me permitáis que os ame y que cumpla toda mi vida vuestra voluntad, y después disponed de mí como os plazca. Os amo, sumo bien mío, os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo. Acabad, Señor mío, la obra comenzada, dadme fuerza para vencer las tentaciones. Quiero ser todo vuestro, no quiero vivir ya para mí, sino para Vos, Creador mío, Redentor mío, mi amor y mi todo. ¡Oh María, esperanza de pecadores! Tú, que tan poderosa sois delante de Dios, mucho confío en vuestro poderoso valimiento; por el amor que tenéis a Jesús, ayudadme a hacerme santo.

VIRTUDES DECLARADAS EN ESTA OBRA, QUE DEBE PRACTICAR EL QUE AMA A JESUCRISTO

I. Es preciso sufrir con paciencia todas las tribulaciones de la vida: las enfermedades, los dolores, la pobreza, la pérdida de la hacienda, la muerte de los parientes, las afrentas, las persecuciones y todo género de adversidades. Los trabajos que Dios en esta vida nos envía son señales del amor que nos tiene y del deseo que siente por salvarnos en la otra. Más agradan a Dios las mortificaciones involuntarias que nos manda, que las que por nuestra voluntad nos escogemos.

En la enfermedad procuremos resignarnos totalmente al divino querer, que esto más que ninguna otra devoción es lo que complace a Dios. Si entonces la mente no puede ejercitarse en la meditación, tengamos fija, a lo menos, la mirada en Jesús crucificado, ofreciéndole todos los afectos y padecimientos y uniéndolos a los que Él por nosotros padeció en la Cruz. Y cuando nos anuncien la terrible nueva de la muerte, aceptémosla con paz. «Heme aquí, Señor; quiero todo lo que Tú quieres». Resignémonos también en la muerte de los parientes y amigos. «Dios lo quiere, también lo quiero yo.» En lugar de gastar el tiempo en llorar la muerte de los parientes, que es cosa sin provecho, empleémosle en orar por sus almas, ofreciendo a Jesucristo el dolor que por su pérdida sentimos.

Esforcémonos en sobrellevar con paz y con ánimo tranquilo los desprecios y afrentas. Al que con palabras injuriosas nos habla, respondámosle con blandura; pero cuando interiormente nos sintamos agitados, mejor es sufrir callando, hasta haber recobrado la paz. Entre tanto no nos lamentemos con otros de las afrentas

que hemos recibido, ofreciéndolas a Jesús en silencio, en retorno de las muchas que por nosotros padeció.

II. Seamos mansos y amables con todos, sean superiores o inferiores, parientes o extraños; y de modo especial con los pobres y enfermos, y más aún con los que nos miran con malos ojos. En el reprender los defectos de otro, vale más la afabilidad que todas las razones. Guardémonos, pues, de corregir, cuando nos sentimos enojados, porque siempre en este caso la reprensión será más amarga, bien sea por lo que se dice, bien por la manera de decirlo. Guardémonos también de reprender al delincuente cuando está irritado; de lo contrario, la corrección, lejos de hacerle entrar en sí, le exasperará más.

III. No envidiemos a los grandes del mundo sus riquezas, ni los honores, ni dignidades, ni los aplausos que reciben de los hombres. Envidiemos a aquellos que con más perfección aman a Jesucristo, que viven ciertamente más contentos que todos los monarcas del mundo. Demos gracias a Dios por habernos dado a conocer la vanidad de los bienes de la tierra, por los cuales tantos miserables se pierden. En todas nuestras acciones y pensamientos no busquemos la propia satisfacción, sino el agradar a Dios; y por esto no hay que turbarse cuando las cosas no salen a la medida de nuestro deseo; y cuando hemos acertado, guardémonos de buscar los aplausos de los hombres. Si murmuran de nuestras acciones, no hagamos cuenta de ello, consolándonos con haber obrado no por agradar a los hombres, sino para contentar a Dios.

IV. Los medios principales para alcanzar la perfección son los siguientes:

1.º Huir de todo pecado deliberado por leve que sea; más si por desgracia cometemos alguna falta, no nos enojemos contra nosotros y no nos impacientemos; lo mejor es arrepentirse sin perder la paz, haciendo un acto de amor a Jesucristo, con la promesa de no volver más a cometerla, pidiéndole para ello su ayuda y favor.

2.º Desear alcanzar la perfección a que llegaron los santos y padecer todo género de trabajos por amor de Jesucristo; y si este deseo no tenemos, pidámosle a Dios que por su bondad nos lo

conceda; porque si no deseamos con verdadero deseo el hacernos santos, no adelantaremos un paso en este camino.

3.º Tener una verdadera resolución de llegar a la perfección. Quien no tiene este firme propósito obrará con flaqueza y sin vigor, y ante una dificultad no sabrá hacerse fuerza y violencia; por el contrario, un alma de firme resolución, con la ayuda de Dios, que nunca nos falta, sale siempre victoriosa.

4.º Hacer cada día un largo rato de oración; y, sin una necesidad urgente, no abandonarla jamás por el tedio, sequedad o desasosiego que se sienta.

5.º Comulgar frecuentemente, y más de una vez a la semana, según la obediencia que tenga del director espiritual. Lo mismo se entiende de la mortificación exterior, porque tales mortificaciones, hechas contra la obediencia, o gastan la salud o son motivo de vanagloria. Y por eso es necesario que cada cual tenga un director espiritual, para que vaya todo regulado por la obediencia.

6.º Orar de continuo, encomendándonos a Jesucristo en todas las necesidades; recurrir a la intercesión del santo Angel de la Guarda; a nuestros santos patronos y singularmente a la Madre de Dios, por cuya intercesión nos concede el Señor todas sus gracias. Todo nuestro bien depende de la oración. Es necesario pedir cada día a Dios la perseverancia en la divina gracia, porque el que la pide, la alcanza; porque el que no la pide, no la alcanza y se condena. También hemos de pedir a Jesucristo su santo amor y la perfecta conformidad con su voluntad; y cuantas gracias pidamos, pidámoslas por los méritos de Jesucristo. Desde por la mañana, al levantarnos, debemos comenzar a pedir esto, y después en la oración mental, en la comunión y en la visita al Santísimo, y, en fin, por la noche, en el examen de conciencia. Pero en el momento de la tentación conviene pedir a Dios su favor para resistir, particularmente cuando la tentación es contra la castidad, invocando sin cesar en nuestra ayuda los dulcísimos nombres de Jesús y María. El que ora, vence; el que no ora, es vencido.

V. En cuanto a la humildad, no deben envanecernos ni los honores, ni el talento, ni tampoco los otros dones naturales, y mucho menos los espirituales, pensando que todos son mercedes de Dios. Debemos considerarnos como los peores, y, por lo mismo,

alegrarnos de vernos despreciados, y no hacer como hacen algunos, que se dicen los más despreciables entre todos, y después exigen que se les trate mejor que a nadie. De aquí resulta que debemos aceptar las reprensiones con humildad y sin excusarnos, aun cuando seamos injustamente acusados, con tal que no sea necesaria la defensa para evitar escándalos.

Guardémonos de querer figurar y buscar las alabanzas de los hombres. Para ello ayuda mucho traer siempre a la memoria aquella máxima de San Francisco de Asís: «Tanto somos y no más de cuanto somos delante de Dios». Es más humilde aquél que con mayor alegría se abraza con las humillaciones.

VI. Desprender nuestro corazón de todas las cosas creadas. Quien tiene alguna afición a las cosas de la tierra, jamás podrá volar a Dios y unirse todo a Él. Cuanto ponemos nuestro amor en alguna criatura, otro tanto le robamos a Dios. Despreciamos también el respeto humano y la vana estimación de los hombres, y, sobre todo, hagamos guerra a nuestra propia voluntad; que fuerza es dejarlo todo para ganarlo todo.

VII. No hay que enojarnos jamás por cualquier contratiempo; y si alguna vez nos dejamos sorprender de la ira, encomendémonos luego a Dios, y nada hagamos ni digamos hasta haber calmado la cólera. Por eso es cosa de gran provecho prepararnos de antemano en la oración a todos los encuentros que puedan sobrevenirnos. No olvidemos lo que de sí decía San Francisco de Sales: «Nunca me enojé sin que tuviera después que arrepentirme.»

VIII. Toda la santidad está cifrada en amar a Dios, y el amor a Dios consiste en cumplir con su santa voluntad. Por tanto, es preciso resignarnos a todo lo que Dios fuere servido enviarnos, y abrazar con ánimo sereno todos los sucesos, sean prósperos o adversos, que Dios dispone; ésta y no otra es la santidad que Dios pide de nosotros. A esto deben encaminarse nuestras oraciones, a fin de que Dios nos preste su auxilio para cumplir su santa voluntad.

IX. Dos son los remedios contra las tentaciones: la resignación y la oración. La resignación porque si bien las tentaciones que nos incitan al pecado no vienen de Dios, las permite, sin embargo, para

nuestro bien; y por esto hemos de guardarnos de la ira, por molestas que sean, sometiéndonos entonces a la voluntad de Dios, que las permite; y para vencerlas, armémonos con el arma de la oración. Los malos pensamientos no son pecados, por perversos que sean, que sólo en consentir en ellos está el pecado. Jamás el infierno alcanzará victoria sobre nosotros si con devoción invocamos los santos nombres de Jesús y de María. Cuando la tentación nos asalta, es ayuda muy poderosa renovar los propósitos hechos de morir antes que ofender a Dios; hacer muchas veces la señal de la cruz, y descubrir la tentación al confesor.

X. En las sequedades y desconsuelos espirituales: 1º Humillarnos, confesando que así merecemos ser tratados, 2º ponernos en las manos de Dios abandonándonos a su divina bondad. Cuando Dios consuela, debemos prepararnos para la tribulación, que generalmente suele venir tras los consuelos.

XI. Para vivir siempre bien debemos grabar siempre en nuestra mente estas máximas generales de vida eterna:

- Todas las cosas de esta vida, el gozar y el padecer, tienen fin, sólo la eternidad jamás se acaba.
- En el trance de la muerte, ¿de qué sirven todas las grandezas del mundo?
- Todo cuanto nos viene de la mano de Dios, sea próspero, sea adverso, todo es bueno y para nuestro bien.
- Sin Dios no puede haber verdadera paz.
- Solamente es necesario amar a Dios y salvar el alma.
- Una sola cosa tenemos que temer: el pecado.
- Quien pierde a Dios, lo pierde todo.
- El que ora, se salva.
- Cueste Dios lo que costare, jamás nos saldrá caro.
- Toda la pena es ligera, para quien ha merecido el infierno.
- Todo lo sufre el que mira a Jesucristo puesto en cruz.
- El que sólo a Dios quiere, es rico y señor de todos los bienes.

